

COMMUNIO



Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Un martes de febrero, Martín Aldecoa recibe un sobre con el membrete de una congregación religiosa. La carta es breve, redactada con la cortesía impersonal que las instituciones piadosas reservan para comunicaciones de este tipo: la hermana Teresa Romero había fallecido en paz el doce de julio del año anterior. Su nombre aparecía en la lista de personas a quienes Teresa había pedido que se notificara en caso de su muerte.

Martín tiene ochenta años. La notificación llega con siete meses de retraso burocrático. Se entera de que el amor de su vida murió hace más de medio año.

Lo que sigue no es el relato de un amor frustrado. Es el relato de un amor completamente realizado dentro de una estructura de limitaciones que dos personas eligieron construir con toda deliberación durante treinta y siete años: encuentros espaciados cada dos meses, conversaciones de profundidad extraordinaria, una intimidad emocional e intelectual total que se detenía antes del punto donde habría requerido traicionar algo que ambos consideraban más valioso que la consumación misma.

Teresa era religiosa. Martín era académico. Ninguno de los dos era víctima de las circunstancias. Ambos veían con claridad absoluta lo que el otro era, lo que entre ellos existía, y lo que era posible e imposible construir dadas sus vidas reales. Y eligieron construir exactamente lo que podían construir con honestidad, sin pretender que podían construir otra cosa.

"Lo que propongo es comunión sin posesión. Presencia sin invasión. Amor sin mentira sobre lo que ese amor puede y no puede ser dadas nuestras circunstancias reales."

Décadas después, una académica llamada Ifigenia encuentra en el sótano de una biblioteca universitaria una caja de madera con ciento cuarenta y tres cartas. Comienza a leer.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela no contiene escenas de violencia, sexualidad explícita ni situaciones de crisis emocional aguda. Lo que contiene es más exigente que todo eso: requiere del lector la disposición a habitar la lentitud reflexiva de dos personas que eligieron la profundidad sobre la intensidad, y a acompañar esa elección durante cuatro décadas sin esperar giros dramáticos ni resoluciones convencionales.

Communio no es una novela de amor en el sentido que la mayoría de las novelas de amor entienden el término. Es una novela sobre lo que el amor puede ser cuando se niega a mentir sobre sus propias condiciones de posibilidad.

Audiencia recomendada: Lectores de narrativa literaria europea, aficionados a Henry James, Coetzee, o Marilynne Robinson. Personas que han amado de maneras que no encontraban nombre en los diccionarios de afectos disponibles. Quienes han elegido alguna vez la integridad sobre la comodidad y saben lo que eso cuesta.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctor en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

Communio es la novela más literariamente ambiciosa de su catálogo y la que más se aleja de su registro habitual. Rangel Abud, que en otras obras trabaja con el melodrama rural, la sátira institucional o la comedia histórica, demuestra aquí una capacidad para la prosa contemplativa y el análisis emocional sostenido que sitúa esta novela en una categoría distinta.

La estructura elegida —prólogo desde el final, doce capítulos cronológicos, epílogo desde la distancia académica— no es un artificio sino la consecuencia lógica del argumento de la novela: que solo se puede ver con claridad lo que significó algo cuando ese algo ha terminado definitivamente. El narrador de Martín y la investigadora Ifigenia comparten esa perspectiva tardía que la novela propone como la única honesta.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: *Communio* Autor: Salvador Rangel Abud Idioma: Español Extensión: Aproximadamente 40,357 palabras Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo Género: Novela literaria / Narrativa de intimidad / Drama intelectual Año: 2026 Protagonistas: Martín Aldecoa, Teresa Romero, Ifigenia (académica) Período narrativo: Aproximadamente 1944-2020 Formato disponible: Digital de distribución libre bajo licencia Creative Commons

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que rara vez se formula con honestidad: ¿puede el amor ser completo si no se consume?

La respuesta fácil es no. La respuesta romántica convencional es que el amor sin consumación es amor frustrado, amor a medias, amor que espera una oportunidad futura o que se lamenta de las circunstancias que lo impiden. Toda la industria cultural —novelas, películas, canciones— trabaja sobre la suposición implícita de que el amor busca naturalmente la mayor proximidad posible y que los límites sobre su expresión son siempre restricciones lamentables.

Martín y Teresa me interesaban precisamente porque demostraban que esa suposición es demasiado simple. Aquí hay dos personas que alcanzan una

intimidad total —conocimiento mutuo completo, reconocimiento sin reservas de quien el otro es en lo más profundo— y la alcanzan precisamente porque mantienen límites que impiden ciertos tipos de proximidad que habrían complicado o corrompido la claridad de ese reconocimiento.

No están usando los límites como defensa contra la vulnerabilidad. Los están usando como la estructura misma que hace posible un tipo de intimidad que no podría existir sin esa estructura específica.

Lo que me pareció más difícil de escribir, y también lo más necesario, fueron los capítulos del envejecimiento. Esa parte de la novela donde el drama ya no es la crisis vocacional ni la tentación de transgredir los límites, sino simplemente el paso del tiempo sobre dos personas que siguen siendo fieles a lo que eligieron ser. Esa fidelidad cotidiana, repetida durante décadas sin gestos heroicos ni reconocimiento externo, me parece la forma más genuina del amor que esta historia propone.

La palabra del título es latina y litúrgica, y eso es deliberado. *Communio* en la tradición cristiana designa la participación en algo sagrado que no se posee sino que se recibe y se comparte. Me pareció el término más preciso para lo que Martín y Teresa construyeron: una participación mutua en lo que el otro era, sin pretender poseerlo.

Salvador Rangel Abud Xalapa, Veracruz 2026

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo licencia © **Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).**

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador Rangel Abud, "Communio"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

amor no convencional, amor contenido, intimidad intelectual, vida religiosa, vocación, disciplina emocional, envejecimiento, correspondencia epistolar, novela literaria, amor platónico, límites y deseo, integridad personal, narrativa contemplativa, España, religión y amor

TEMAS PRINCIPALES

El amor como elección ética. La novela propone que el amor más profundo no es el que busca la mayor proximidad posible sino el que elige la forma que puede sostenerse con integridad. Martín y Teresa no están siendo impedidos de amarse más completamente; están eligiendo activamente la forma de amor que les permite mantener la honestidad sobre quiénes son.

La limitación como condición de posibilidad. El argumento central de *Communio* invierte la lógica habitual: los límites no obstaculizan la intimidad sino que la constituyen. Sin la estructura de restricciones que ambos mantienen con tanto cuidado, la claridad del reconocimiento mutuo no habría sido posible.

La profundidad de las reflexiones emotivas como sustancia narrativa. La novela no avanza mediante eventos dramáticos sino mediante el acompañamiento sostenido de dos interiores que piensan, sienten y eligen. Los capítulos del envejecimiento —deliberadamente lentos, deliberadamente contemplativos— son el corazón de la obra, no su periferia.

La perspectiva tardía como única honesta. Tanto el prólogo de Martín a los ochenta años como el epílogo de Ifigenia décadas después comparten la misma posición: solo se puede ver con claridad lo que significó algo cuando ese algo ha alcanzado su forma definitiva. La novela construye estructuralmente ese argumento.

La invisibilidad como consecuencia necesaria. Martín y Teresa construyeron algo extraordinario que nadie más reconoció como lo que era, que no tuvo nombre social ni reconocimiento público, que existió en los márgenes de las categorías establecidas. La novela honra esa invisibilidad en lugar de lamentarla.

CITAS DESTACADAS

"Lo que propongo es comunión sin posesión. Presencia sin invasión. Amor sin mentira sobre lo que ese amor puede y no puede ser dadas nuestras circunstancias reales."

"Supo con certeza absoluta que Teresa había sido el amor de su vida, no a pesar de la distancia y la renuncia sino precisamente por ellas, porque ella lo había visto completamente sin idealizaciones y él la había visto a ella con la misma claridad implacable."

"Lo que sentía era algo más complejo y más difícil de nombrar, una mezcla de alivio y pérdida que se negaba a resolverse en una emoción simple."

"Habían creado algo que era tan genuino en su esencia como cualquier matrimonio convencional pero que funcionaba según una lógica completamente diferente, una forma de amor que se realizaba plenamente en su propia imposibilidad de consumarse."

"La disciplina mucho más difícil de estar regularmente en presencia de lo que uno desea y aun así elegir conscientemente mantener los límites que impiden la consumación de ese deseo porque consumarlo sería traicionar algo que se valora aún más."

"El mundo no sabría nunca los nombres de Martín Aldecoa y Teresa Romero. Pero había existido."

COMPARACIONES LITERARIAS

"Las cartas de amor de una monja portuguesa" (Cartas portuguesas): La correspondencia como forma de amor total que existe precisamente en su imposibilidad de completarse de otra manera. Pero donde las Cartas Portuguesas son lamento, *Communio* es aceptación.

"El maestro y Margarita" de Bulgákov en su dimensión espiritual: No en el género sino en la convicción de que algunas formas de amor trascienden las categorías sociales disponibles y exigen ser reconocidas en sus propios términos.

"Stoner" de John Williams: La novela más cercana en registro. Ambas son retratos de vidas académicas donde lo esencial ocurre en el interior y donde la lentitud de la prosa es el argumento. Ambas proponen que una vida puede ser completamente vivida aunque no encaje en ningún modelo de éxito convencional.

"Las memorias de Adriano" de Marguerite Yourcenar: La voz contemplativa de alguien que mira hacia atrás desde el final y ve con una claridad que solo el término definitivo otorga. El Martín del prólogo comparte con Adriano esa perspectiva de quien ya no necesita defenderse de nada.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Teresa propone una relación que "no tiene nombre en ningún diccionario de afectos humanos." ¿Tiene usted algún nombre para lo que Martín y Teresa construyeron? ¿Considera que la ausencia de nombre es una pérdida o una forma de libertad?

La novela propone que los límites que Martín y Teresa se impusieron no fueron obstáculos sino la condición de posibilidad de su intimidad. ¿Le parece esa proposición convincente? ¿O cree que estaban renunciando a algo que habría valido la pena tomar?

Ifigenia decide no publicar la correspondencia aunque su publicación podría beneficiar a otros. ¿Comparte esa decisión? ¿Qué dice sobre la relación entre la privacidad de lo íntimo y el valor público de los ejemplos extraordinarios?

Los capítulos del envejecimiento son deliberadamente lentos y reflexivos. ¿Cómo vivió usted esa lentitud como lector? ¿Como acompañamiento o como demora?

La novela termina con Ifigenia pensando en "cuántas otras relaciones extraordinarias habían existido sin dejar registro." ¿Qué relaciones de ese tipo conoce usted, en su propia experiencia o en la de personas cercanas?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA: Rangel Abud, S. (2026). *Communio*. Internet Archive. [URL]

Formato MLA: Rangel Abud, Salvador. *Communio*. 2026. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago: Rangel Abud, Salvador. Communio. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2026. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud Ubicación: Xalapa, Veracruz, México Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras disponibles en Internet Archive: "El Descubrimiento del Milenio" (2026), "El Jardín de los Recuerdos" (2026), "Proyecto Pandora" (2026), "Amor efímero... pero eterno" (2026), "Espérame, América, que ahí te voy" (2026), "El secreto de María" (2026), "El paciente impaciente" (2026), "Amor sin Destino" (2025), "Donde el aire ya no alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "Los Incendiaros de Papel" (2025), "La Última Ovación" (2025), y más de cuarenta títulos adicionales.

MENSAJE FINAL

Hay formas de amor que el mundo no sabe nombrar. Que existieron en silencio, que no dejaron registro público, que no encajaron en ninguna categoría disponible y que por eso permanecen invisibles para la historia que solo documenta lo que tiene nombre.

Esta novela es un testimonio de que esas formas existen. De que dos personas pueden verse con claridad absoluta, reconocer la profundidad de lo que comparten, y elegir construir exactamente lo que pueden construir con honestidad sin pretender que pueden construir otra cosa.

No es una historia de renuncia. Es una historia de integridad.

No es una historia de amor imposible. Es una historia de amor que encontró su forma posible y la habitó durante treinta y siete años con una fidelidad que no necesitó testigos ni reconocimiento para ser real.

El mundo no supo los nombres de Martín y Teresa. Pero existieron. Y eso, como dice Ifigenia al final, es suficiente.

Eso es, de hecho, todo lo que el amor honesto puede aspirar a ser.

Publicación digital de distribución libre Creative Commons BY-NC-ND 4.0
2026

COMMUNIO

ÍNDICE

PRÓLOGO: La certeza tardía

CAPÍTULO 1: El primer encuentro

CAPÍTULO 2: La segunda vez

CAPÍTULO 3: Los encuentros casuales

CAPÍTULO 4: El reconocimiento

CAPÍTULO 5: La carta

CAPÍTULO 6: Los años contenidos

CAPÍTULO 7: La crisis

CAPÍTULO 8: El envejecimiento

CAPÍTULO 9: La separación necesaria

CAPÍTULO 10: Las últimas cartas

CAPÍTULO 11: La notificación

CAPÍTULO 12: La continuación

EPÍLOGO: El hallazgo

PRÓLOGO

LA CERTEZA TARDÍA

La carta llegó un martes por la tarde, en sobre blanco con el membrete de la congregación impreso en tinta azul desvaída, de esa que usan las instituciones religiosas que no tienen presupuesto para renovar su papelería cada década. Martín Aldecoa la reconoció antes de abrirla, no porque esperara correspondencia de las hermanas sino porque llevaba suficientes años en este mundo como para saber que los sobres oficiales de entidades piadosas rara vez traen buenas noticias. La dejó sobre la mesa del comedor durante casi una hora, junto al plato del almuerzo que había preparado sin hambre, mientras miraba por la ventana hacia la calle donde la luz de febrero caía con esa cualidad particular del invierno europeo que hace que todo parezca más nítido y más lejano al mismo tiempo.

Cuando finalmente la abrió, usando el cuchillo de la mantequilla porque nunca había tenido abrecartas y a sus ochenta años no iba a empezar a preocuparse por esos detalles, encontró exactamente lo que había anticipado desde el momento en que vio el sobre. La carta era breve,

redactada con la cortesía impersonal que las instituciones religiosas reservan para comunicaciones de este tipo, y firmada por la madre superiora de la casa de retiro con un nombre que Martín no reconocía. Le informaba que la hermana Teresa Romero había fallecido en paz el doce de julio del año anterior, rodeada por sus hermanas de comunidad, y que su nombre aparecía en la lista de personas a quienes Teresa había pedido que se notificara en caso de su muerte, sin más especificaciones sobre la naturaleza del vínculo que los unía.

Martín leyó la carta dos veces, la segunda más despacio que la primera, deteniéndose en cada palabra como si al ralentizar la lectura pudiera encontrar algo que la primera pasada había omitido. Pero no había nada más que lo evidente, que era que Teresa había muerto hacía ya siete meses y que él se estaba enterando con el retraso burocrático propio de instituciones que funcionan con la parsimonia de quien sabe que la eternidad es larga. Dobló la carta con cuidado, siguiendo los pliegues originales del sobre, y la dejó nuevamente sobre la mesa.

No lloró, lo cual no lo sorprendió porque nunca había sido hombre dado a lágrimas fáciles y a esta altura de su vida había enterrado suficientes afectos como para saber que el dolor verdadero rara vez se manifiesta con los gestos dramáticos que la literatura nos ha enseñado a esperar. Lo que sintió era algo más complejo y más difícil de nombrar, una mezcla de alivio y pérdida que se negaba a resolverse en una emoción simple, una sensación de que algo que había estado suspendido durante décadas finalmente se había cerrado, no de manera violenta sino con la naturalidad de quien termina una conversación larga sabiendo que todo lo esencial ya se dijo.

Se levantó de la mesa y caminó hasta su estudio, que era en realidad el segundo dormitorio del apartamento convertido hace décadas en biblioteca personal y refugio donde pasaba la mayor parte de sus días desde que se había jubilado de la universidad. Se sentó en el sillón gastado junto a la ventana que daba al parque y se quedó mirando los árboles desnudos que se recortaban contra el cielo gris de la tarde invernal.

Pensó que durante cuarenta años él y Teresa habían mantenido una relación que casi nadie habría llamado relación en sentido convencional del término, que se habían visto tal vez veinte veces en total después de los primeros años, que sus cartas eran sobrias hasta la sequedad y que nunca se habían dicho te amo con esas palabras exactas. Y sin embargo, mientras contemplaba la ciudad que se oscurecía gradualmente, supo con certeza absoluta que Teresa había sido el amor de su vida, no a pesar de la distancia y la renuncia sino precisamente por ellas, porque ella lo había visto completamente sin idealizaciones y él la había visto a ella con la misma claridad implacable, y ambos habían elegido no mentir sobre lo que veían ni sobre lo que era posible.

La claridad de esta certeza lo sorprendió, no porque fuera nueva sino porque llegaba con una nitidez que había ido diluyéndose durante los años de

separación forzada por la enfermedad de Teresa. Ahora que ella estaba muerta y que el vínculo había alcanzado su forma final e irreversible, Martín podía ver con la perspectiva que solo el término definitivo otorga que lo que habían compartido no había sido sucedáneo de algo mejor que las circunstancias les habían negado, sino que había sido precisamente lo que debía ser, una forma de amor que se realizaba plenamente en su propia imposibilidad de consumarse.

Había en esa comprensión algo que se parecía a la paz, aunque Martín desconfiaba de palabras grandes como paz o reconciliación porque había leído suficiente literatura piadosa como para saber que esos términos suelen encubrir más de lo que revelan. Pero si no era paz lo que sentía, era al menos la ausencia de resentimiento, la constatación de que ninguno de los dos había traicionado lo esencial de lo que eran para obtener una felicidad convencional que probablemente habría resultado ser menos satisfactoria que

la austeridad digna que habían elegido mantener.

Se preguntó si debería haber asistido al funeral, pero descartó la pregunta casi inmediatamente porque sabía que asistir habría sido imponer su presencia en un espacio que no le correspondía, habría sido reclamar un reconocimiento público de un vínculo que había existido precisamente porque se mantuvo fuera de las estructuras sociales que exigen nombres y categorías para todo lo que importa. Las hermanas que habían acompañado a Teresa en sus últimos años no sabían quién era él más allá de un nombre en una lista, y eso estaba bien, eso era exactamente como debía ser.

La luz se había extinguido completamente mientras pensaba estas cosas, y el estudio estaba ahora sumido en la penumbra azulada que precede a la noche total. Martín no encendió la lámpara porque la oscuridad le parecía apropiada para el tipo de pensamiento que estaba desarrollando, ese pensamiento que no busca conclusiones sino que simplemente da vueltas alrededor de una verdad central tratando de comprenderla desde todos los ángulos posibles.

Pensó que tal vez debería escribir algo sobre Teresa, no para publicación porque la sola idea de convertir su historia en mercancía literaria le resultaba obscena, sino simplemente para dejar constancia de que había existido, de que dos personas se habían conocido de una manera que desafiaba todas las categorías convencionales del afecto humano y que habían mantenido ese conocimiento durante casi cuatro décadas sin permitir que se degradara en costumbre o se corrompiera en resentimiento. No para justificarse, porque no había nada que justificar, sino para dar testimonio de una posibilidad que la mayoría de la gente ni siquiera considera cuando piensa en el amor.

Se levantó finalmente del sillón y encendió la lámpara del escritorio. Buscó en el cajón inferior, el que casi nunca abría, y sacó la caja de madera donde guardaba las cartas de Teresa, ciento cuarenta y tres en total, escritas

durante treinta y siete años con la caligrafía que había ido degenerándose progresivamente hasta volverse casi ilegible en las últimas.

Puso la caja sobre el escritorio pero no la abrió todavía, porque sabía que una vez que comenzara a leer esas cartas no podría detenerse hasta haberlas revisado todas. En lugar de eso, buscó papel en blanco y la pluma estilográfica que usaba para correspondencia personal, una de esas costumbres anacrónicas que había mantenido a pesar de que el mundo se había vuelto digital. Fechó el papel con la fecha de ese día, y después de un momento de duda sobre cómo comenzar, escribió simplemente lo que sentía con la misma honestidad escueta que había caracterizado toda su relación con Teresa.

Escribió durante horas, hasta que la madrugada empezaba a clarear y su mano temblaba de cansancio. Escribió sobre cómo se conocieron, sobre los años de encuentros espaciados y conversaciones profundas, sobre la carta en que Teresa propuso los términos de una relación que no tenía nombre en ningún diccionario de afectos humanos. Escribió sobre la crisis en que ella tuvo que elegir entre la misión en América Latina o quedarse, y sobre cómo esa elección había clarificado lo que ambos sabían pero no se habían atrevido a nombrar. Escribió sobre los años de envejecimiento compartido a distancia, sobre las últimas cartas que fueron despedida sin melodrama.

Cuando finalmente dejó de escribir, había llenado dieciocho páginas con letra apretada. Leyó lo que había escrito, no para corregirlo sino para verificar que había logrado capturar algo de la verdad de lo que había vivido con Teresa, y aunque las palabras le parecieron insuficientes de la manera en que todas las palabras son insuficientes ante las experiencias que realmente importan, sintió que había cumplido con la obligación de dar testimonio.

Guardó las páginas en sobre aparte, lo cerró y lo puso en la caja junto con las cartas de Teresa. Pensó que algún día, cuando él también muriera y alguien tuviera que vaciar el apartamento, tal vez encontrarían esta caja y leerían las cartas y el testimonio. Y tal vez entenderían, o tal vez no, pero eso no importaba realmente porque lo que había existido entre él y Teresa había sido real con independencia de si alguien más podía comprenderlo.

Salió del estudio hacia la cocina para preparar el café que su cuerpo necesitaba después de la noche sin dormir, y mientras esperaba que el agua hirviera miró por la ventana hacia el parque donde los árboles seguían desnudos bajo el cielo de febrero. Pensó que él también moriría pronto, tal vez ese año o el siguiente, porque a los ochenta años cada día es regalo inesperado más que derecho adquirido. Y cuando muriera, su historia con Teresa quedaría sellada definitivamente.

Pero eso estaba bien. No necesitaban monumento ni reconocimiento público. Habían existido el uno para el otro con una intensidad que pocas relaciones convencionales alcanzan, y habían mantenido esa intensidad durante cuarenta años sin traicionar ninguno de los dos lo esencial de lo que eran.

Eso era suficiente. Eso era, de hecho, todo lo que el amor honesto podía aspirar a ser en un mundo donde la honestidad es la virtud más rara y más valiosa de todas.

CAPÍTULO 1

EL PRIMER ENCUENTRO

Martín Aldecoa llegó al salón parroquial con veinte minutos de retraso, lo cual no era inusual en él porque había descubierto hacía años que llegar temprano a eventos sociales obligaba a sostener conversaciones triviales con personas que uno apenas conocía mientras esperaba que el evento comenzara, y prefería evitar esa incomodidad aunque significara perderse los primeros minutos de discursos de bienvenida que de todas formas rara vez contenían información sustancial. Era octubre de mil novecientos setenta y ocho, una tarde de sábado con ese frío anticipado que llega a las ciudades europeas antes de que el otoño se instale oficialmente, y Martín caminaba por las calles del barrio con las manos en los bolsillos de su abrigo gris pensando que había otras cincuenta cosas que preferiría estar haciendo en lugar de asistir a una recaudación de fondos para un orfanato del cual no sabía nada excepto lo que su colega Fernando le había contado con ese entusiasmo ligeramente forzado de quien necesita reclutar voluntarios para una causa en la que cree pero que no genera adhesiones espontáneas.

El salón estaba ubicado en el sótano de una iglesia neogótica que Martín había pasado cientos de veces sin prestarle atención particular, una de esas construcciones del siglo diecinueve que pueblan las ciudades europeas con su pretensión de grandeza medieval traducida a materiales industriales. Bajó las escaleras que conducían al sótano y encontró un espacio amplio con techo bajo iluminado por fluorescentes que daban a todo una cualidad mortecina, decorado con carteles hechos a mano que mostraban fotografías de niños sonrientes junto a cifras sobre costos de alimentación y educación. Había tal vez setenta personas distribuidas en pequeños grupos, la mayoría de clase media alta a juzgar por la ropa y los modales, ese tipo de personas que asisten a eventos de caridad más por obligación social que por convicción profunda sobre la necesidad de ayudar a quienes tienen menos.

Martín reconoció a Fernando cerca de la mesa donde servían café y bocadillos simples, conversando con un hombre mayor que vestía sotana y que supuso sería el párroco responsable de la iniciativa. Se acercó sin prisa, tomó una taza de café aguado que sabía que no terminaría de beber, y esperó a que Fernando terminara su conversación para saludarlo.

—Martín, pensé que no ibas a venir.

Fernando le dio una palmada en el hombro con la familiaridad de quien ha compartido suficientes almuerzos de departamento como para permitirse cierta confianza sin que eso implique verdadera amistad.

—Prometí que vendría y aquí estoy.

—Llegas tarde.

—Siempre llego tarde. Ya deberías saberlo.

Fernando se rio brevemente y luego bajó la voz con ese tono confidencial que usa la gente cuando va a pedir un favor adicional.

—Mira, te agradezco mucho que hayas venido. Sé que esto no es exactamente tu tipo de evento, pero necesitábamos gente de la universidad para darle cierta... no sé, cierta credibilidad académica a la cosa. Ya sabes cómo es. Si solo vienen las beatas del barrio, nadie toma el proyecto en serio.

Martín asintió sin comprometerse a nada más allá de su presencia física, que era todo lo que había prometido y todo lo que estaba dispuesto a ofrecer. Fernando pareció entender el gesto y cambió de tema, volviéndose hacia el hombre de sotana que había estado esperando pacientemente a que terminaran su intercambio.

—Padre Julián, le presento al profesor Martín Aldecoa, del departamento de literatura. Martín, el padre Julián es quien coordina todo el trabajo del orfanato.

El párroco extendió la mano con ese gesto medido que tienen los sacerdotes que han aprendido a no ser demasiado efusivos porque la efusividad suele interpretarse como falta de seriedad. Era un hombre de unos sesenta años con ese aire de cansancio sereno que tienen quienes llevan décadas lidiando con la pobreza sin haber perdido completamente la fe pero sin mantener tampoco el idealismo ingenuo de la juventud.

—Profesor Aldecoa, es un placer tenerlo aquí.

—El placer es mío, padre. Fernando me ha hablado del trabajo que hacen con los niños.

—Hacemos lo que podemos con los recursos que tenemos, que nunca son suficientes pero que de alguna manera siempre alcanzan. Dios provee, como dicen, aunque a veces provee con bastante parsimonia.

Había en el comentario un tono de ironía leve que hizo que Martín reevaluara su impresión inicial del párroco. No era el tipo de religioso que recurre a frases hechas sobre providencia divina sin reconocer las dificultades materiales concretas del trabajo caritativo.

—¿Cuántos niños tienen actualmente en el orfanato?

—Veinte, de edades entre tres y doce años. La mayoría son huérfanos completos, algunos tienen padres vivos que los abandonaron por diversas razones. Alcoholismo, pobreza extrema, enfermedad mental. Las historias varían pero el resultado es el mismo: niños que necesitan un lugar donde vivir y personas que los cuiden.

—¿Y cómo se financia todo esto?

—Principalmente donaciones privadas como las que esperamos recoger hoy. La diócesis nos da algo, pero no es suficiente. Por eso hacemos estos

eventos cada cierto tiempo, aunque debo admitir que no son mi actividad favorita. Preferiría estar trabajando con los niños que pidiendo dinero a gente que probablemente preferiría estar en otro lado.

Fernando intervino con tono apologético.

—No es tan terrible, padre. La gente que viene realmente quiere ayudar.

—O quiere sentirse bien consigo misma ayudando, que no es exactamente lo mismo pero acepto que el resultado práctico es similar. El dinero sirve igual sin importar la motivación detrás de la donación.

Martín apreciaba la honestidad sin adornos del comentario. Estaba a punto de hacer otra pregunta cuando una de las organizadoras se acercó al grupo con ese paso eficiente de quien tiene múltiples tareas que coordinar y tiempo limitado para completarlas.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, vestida con el hábito discreto de alguna congregación religiosa moderna, nada del dramatismo de hábitos tradicionales sino una versión simplificada que consistía en falda gris, blusa blanca de cuello cerrado y una cruz pequeña de plata. Tenía el rostro sin maquillaje y el cabello oscuro recogido en una cola simple que acentuaba la estructura angular de sus facciones.

El padre Julián hizo las presentaciones.

—Hermana Teresa, le presento al profesor Martín Aldecoa. Profesor, la hermana Teresa es quien realmente mantiene todo esto funcionando. Yo solo pongo la cara pública.

Teresa estrechó la mano de Martín con firmeza apropiada.

—No le crea, profesor. El padre Julián es demasiado modesto. Pero es cierto que necesito hablar con él un momento sobre la lista de donantes confirmados.

—Por supuesto. Disculpen.

El párroco y Teresa se alejaron unos pasos para revisar algo en una carpeta que ella llevaba, y Fernando aprovechó para comentar en voz baja.

—La hermana Teresa es bastante impresionante. Tiene formación en administración y lleva las cuentas del orfanato con más rigor que la mayoría de las empresas privadas. Nada de caridad desorganizada ni de buenas intenciones sin resultados medibles.

—¿De qué congregación es?

—No estoy seguro del nombre exacto. Una de esas órdenes modernas dedicadas al trabajo social. No son contemplativas ni nada de eso. Más bien activistas prácticas.

Martín asintió sin particular interés. El padre Julián regresó después de un momento y continuaron la conversación sobre detalles logísticos del orfanato que Martín escuchó con la atención mínima necesaria para no parecer grosero. Estaba considerando cómo alejarse cortésmente cuando Teresa volvió a acercarse, esta vez dirigiéndose directamente a él.

—Profesor Aldecoa, ¿puedo robarle un momento? Me gustaría hablarle sobre el trabajo que hacemos, ya que Fernando mencionó que usted podría estar interesado en colaborar de alguna forma.

Martín lanzó una mirada fugaz a Fernando, quien se encogió de hombros con expresión de inocencia fingida. Evidentemente había prometido más de lo que Martín había ofrecido, pero ahora no había manera educada de negarse.

—Por supuesto.

Se alejaron del grupo hacia un rincón menos concurrido del salón. Teresa comenzó a hablar con el tono profesional de quien ha repetido la misma presentación docenas de veces pero que todavía logra sonar sincera.

—No quiero presionarlo para que se comprometa con nada específico. Sé que Fernando a veces es demasiado entusiasta al reclutar gente. Pero ya que está aquí, pensé que podría interesarle saber exactamente qué hacemos y cómo funcionamos.

—Le agradezco la consideración. En realidad, mi conocimiento sobre trabajo con orfanatos es prácticamente nulo.

—Entonces déjeme explicarle lo básico. Tenemos veinte niños, como ya mencionó el padre Julián. Algunos llevan con nosotros varios años, otros son recientes. Proporcionamos alojamiento, alimentación, educación básica y lo que podríamos llamar apoyo emocional, aunque ese término siempre me parece demasiado vago para describir el trabajo real que implica ayudar a niños traumatizados a desarrollar algún grado de estabilidad psicológica.

Había en su forma de hablar una precisión casi clínica, sin sentimentalismo pero tampoco sin frialdad, simplemente exposición de hechos de la manera más clara posible.

—¿Y el financiamiento viene principalmente de donaciones?

—Exacto. La diócesis nos proporciona las instalaciones y un subsidio mensual que cubre aproximadamente cuarenta por ciento de nuestros costos operativos. El resto viene de donaciones privadas. Por eso hacemos estos eventos, aunque reconozco que no son la forma más eficiente de recaudar fondos. Gastamos casi veinte por ciento de lo que recaudamos en organizar el evento mismo.

Martín apreciaba la honestidad del dato. La mayoría de las organizaciones caritativas ocultaban esos porcentajes administrativos.

—Eso parece bastante razonable, considerando que muchas organizaciones gastan mucho más en costos administrativos.

—Lo sé, pero aun así me molesta. Preferiría que cada euro donado fuera directamente a los niños. Pero la realidad es que necesitamos eventos públicos para mantener visibilidad y para que la gente recuerde que existimos. La caridad funciona mejor cuando hay recordatorios regulares.

—Es una visión bastante pragmática para alguien de vida religiosa.

Teresa lo miró con expresión difícil de interpretar, algo entre diversión y cansancio.

—¿Esperaba que le hablara sobre vocación de servicio y bendición de ayudar a los más necesitados?

—Bueno, no sería la primera vez que escucho ese tipo de discurso.

—No es que esas cosas no sean ciertas, pero prefiero hablar en términos concretos. Los niños necesitan comida, ropa, educación y atención psicológica competente. Todo eso cuesta dinero. La buena voluntad no paga facturas.

Martín sonrió levemente.

—Aprecio la franqueza.

—La gente suele apreciarla hasta que les pido donaciones específicas. Entonces prefieren volver al lenguaje vago sobre ayudar según sus posibilidades.

Hubo un momento de silencio que no resultó incómodo, simplemente una pausa natural en la conversación. Martín consideró hacer otra pregunta pero antes de que pudiera formularla, alguien llamó a Teresa desde el otro lado del salón con un gesto urgente.

—Disculpe, profesor. Parece que me necesitan para algo. Gracias por su tiempo y por venir hoy.

—No hay nada que agradecer.

—Si decide que quiere colaborar de alguna forma, Fernando tiene mi información de contacto. Y si no decide nada, también está bien. No todos están en posición de ayudar, y está bien ser honesto sobre eso.

Teresa se alejó antes de que Martín pudiera responder, y él se quedó junto a la ventana observando el resto del evento con el desapego de quien ha cumplido con su obligación social y solo espera el momento apropiado para retirarse. Hubo un discurso del padre Julián sobre solidaridad con los vulnerables, una presentación de diapositivas con fotografías del orfanato, y finalmente la invitación a llenar sobres con donaciones que serían recogidos de manera discreta.

Martín puso en el sobre una cantidad apropiada, ni generosa ni mezquina, y permaneció unos minutos más antes de acercarse a Fernando para despedirse.

—Me tengo que ir. Tengo trabajo que terminar.

—Gracias por venir, Martín. Sé que no es lo tuyo, pero significa mucho que hayas hecho el esfuerzo.

—¿La hermana Teresa siempre es tan directa?

Fernando se rio.

—Siempre. Al principio puede parecer un poco brusca, pero es refrescante después de tanto discurso piadoso vacío. Sabe exactamente lo que hace y por qué lo hace.

Martín asintió y salió del salón hacia la calle donde la tarde ya se había convertido en noche temprana del otoño. Caminó hacia su apartamento pensando en las clases que tenía que preparar, en el artículo sobre poesía mística que estaba escribiendo, en la cena simple que prepararía cuando llegara a casa.

No pensó en Teresa Romero durante el camino de regreso. Si alguien le hubiera preguntado qué había pasado en el evento, habría mencionado que conoció a una religiosa que hablaba del orfanato con competencia administrativa poco común, pero no habría podido decir mucho más porque la interacción había sido demasiado breve como para dejar impresión duradera.

Teresa, por su parte, pasó el resto de la tarde ocupada con los últimos detalles del evento, asegurándose de que todos los donantes hubieran sido agradecidos y de que el dinero fuera contado apropiadamente. Cuando regresó a la casa de la congregación pasadas las diez de la noche, se preparó té en la cocina común y se sentó a revisar mentalmente cómo había ido todo.

Recordaba vagamente que había un profesor de universidad que había hecho preguntas inteligentes sobre costos administrativos, lo cual era inusual porque la mayoría simplemente asentía a todo sin interesarse en los detalles. Pero no habría recordado su nombre ni su rostro con precisión si alguien se lo hubiera preguntado al día siguiente.

Los dos se fueron a dormir esa noche sin saber que se habían conocido, porque conocerse implica algo más que intercambiar nombres y cortesías durante unos minutos. Implica reconocimiento de algún tipo, percepción de que la persona frente a uno tiene algo que vale la pena explorar. Y nada de eso había ocurrido en ese primer encuentro tan anodino como encuentros de ese tipo suelen ser.

Pasarían seis meses antes de que volvieran a encontrarse, y cuando lo hicieran, ninguno de los dos recordaría con claridad que ya se habían conocido antes. Solo muchos años después, cuando ya llevaban décadas de conocerse en el sentido verdadero del término, Teresa mencionaría casualmente que tenía registro de que Martín había asistido a aquel evento de mil novecientos setenta y ocho, y ambos se reirían brevemente de la ironía de que su historia hubiera comenzado técnicamente en un encuentro que ninguno recordaba como significativo.

Pero esa noche de octubre, mientras Martín leía en su apartamento y Teresa bebía té en la casa de congregación, ninguno de los dos tenía manera de saber que acababan de dar el primer paso, completamente inadvertido en apariencia, hacia una relación que definiría las siguientes cuatro décadas de sus vidas.

CAPÍTULO 2

LA SEGUNDA VEZ

La librería Montserrat ocupaba un local estrecho en una calle lateral del centro histórico, uno de esos comercios especializados que sobreviven más por la tenacidad de sus dueños que por la rentabilidad del negocio, atendiendo a un público reducido de estudiosos de teología, profesores de filosofía y personas religiosas que necesitan textos que las librerías comerciales no tienen interés en almacenar. Martín conocía el lugar desde hacía años porque era uno de los pocos sitios donde podía encontrar ediciones críticas de místicos españoles del siglo dieciséis, y visitaba la librería cada cierto tiempo cuando necesitaba verificar alguna referencia o cuando simplemente quería pasar una hora entre estantes polvorientos explorando títulos que probablemente nunca leería pero cuya existencia le resultaba reconfortante de alguna manera difícil de explicar.

Era marzo de mil novecientos setenta y nueve, una tarde de sábado con esa luz gris característica de la primavera que todavía no se decide a serlo completamente, cuando Martín empujó la puerta de cristal de la librería que hizo sonar la campanilla oxidada que alertaba al dueño sobre la llegada de clientes. El señor Montserrat, que había heredado tanto el nombre como el negocio de su padre y que debía tener ya cerca de setenta años, alzó la vista desde el mostrador donde estaba catalogando libros recién llegados y saludó a Martín con el gesto económico de quien no necesita palabras para reconocer a cliente habitual.

Martín devolvió el saludo con un asentimiento similar y se dirigió directamente hacia la sección de literatura religiosa española, ubicada en el fondo de la librería junto a las ventanas que daban a un patio interior donde apenas entraba luz. Buscaba una edición específica de Santa Teresa de Ávila que incluía comentarios críticos de un erudito francés cuyo trabajo necesitaba citar en el artículo que estaba escribiendo sobre lenguaje místico y su relación con la tradición neoplatónica. Había revisado la biblioteca de la universidad sin éxito, y el señor Montserrat le había dicho por teléfono que tenía un ejemplar usado que acababa de adquirir en la compra de una biblioteca particular.

Estaba buscando el volumen entre las estanterías cuando escuchó la campanilla de la puerta y pasos que se acercaban hacia la misma sección donde él se encontraba. Alzó la vista brevemente y vio a una mujer vestida con sencillez que le resultó vagamente familiar sin que pudiera ubicar inmediatamente de dónde la conocía. Ella también lo miró con esa expresión de reconocimiento incierto, y durante un momento ambos se observaron tratando de recordar dónde se habían visto antes.

Fue ella quien habló primero.

—¿Profesor Aldecoa?

—Sí, disculpe, yo la conozco de...

—Del evento de recaudación en octubre. Soy Teresa Romero, del orfanato.

Martín recordó entonces, aunque la imagen que tenía de ella era menos nítida de lo que habría esperado considerando que habían hablado durante varios minutos en aquella ocasión.

—Por supuesto, hermana Teresa. No la reconocí inmediatamente. Disculpe.

—No hay nada que disculpar. Fue hace meses y nuestra conversación fue bastante breve.

Teresa llevaba ropa civil, no el hábito que había usado en el evento, lo cual explicaba parcialmente por qué Martín había tardado en reconocerla. Pantalones oscuros y un suéter gris de cuello alto, ropa que podría haber usado cualquier mujer de su edad sin llamar la atención de ninguna manera particular.

—No sabía que la congregación permitía ropa civil.

—Depende de la actividad. Para trabajo en el orfanato usamos el hábito porque a los niños les da cierta sensación de estabilidad ver que nos vestimos de manera consistente. Pero para salidas personales como esta, tenemos libertad de usar lo que sea apropiado. ¿Está buscando algo específico?

—Una edición de Santa Teresa con comentarios de Larousse. ¿Y usted?

—Textos de teología contemporánea para actualizar la biblioteca de la congregación. Me encargaron buscar algunos títulos que el señor Montserrat me dijo que podría conseguir.

Había en el intercambio una cortesía natural que no se sentía forzada, simplemente dos personas que coinciden en un espacio compartido y que mantienen conversación apropiada a las circunstancias. Teresa comenzó a revisar los estantes de su lado mientras Martín continuaba su búsqueda, y durante varios minutos trabajaron en silencio compartido que resultaba más cómodo que incómodo.

Fue Martín quien rompió el silencio, más por curiosidad genuina que por obligación de mantener conversación.

—¿La congregación mantiene biblioteca teológica importante?

—Más importante de lo que cabría esperar para una orden dedicada principalmente a trabajo social. Nuestra fundadora tenía formación filosófica seria y estableció desde el principio que la acción caritativa debía estar fundada en reflexión teológica rigurosa, no solo en buenas intenciones. Así que sí, tenemos colección respetable que intento mantener actualizada.

—No es lo que uno esperaría de congregación activista.

Teresa dejó de revisar los libros y lo miró con expresión que Martín no pudo interpretar completamente, algo entre diversión y leve irritación.

—¿Esperaba que fuéramos solo mujeres piadosas con mucha voluntad y poco cerebro?

—No exactamente, pero reconozco que tengo prejuicios sobre órdenes religiosas modernas.

—La mayoría de la gente los tiene. No lo tomo como ofensa personal.

—No era mi intención ofender.

—No me he ofendido. Solo señalo que la separación entre contemplación y acción, entre vida intelectual y trabajo práctico, es más artificial de lo que la mayoría de la gente asume. Nosotras intentamos integrar ambas cosas.

Martín asintió, genuinamente interesado ahora.

—¿Y funciona esa integración?

—A veces mejor que otras. Hay días donde el trabajo con los niños es tan demandante que no queda energía para leer teología. Y hay días donde la lectura parece completamente desconectada de las necesidades concretas que vemos en el orfanato. Pero en general creo que el esfuerzo vale la pena. El trabajo caritativo sin reflexión crítica puede volverse paternalista fácilmente. Y la reflexión teológica sin conexión con sufrimiento real puede volverse abstracta hasta la irrelevancia.

Era la conversación más sustantiva que Martín había tenido con alguien fuera de la universidad en meses, tal vez en años. Había algo en la manera en que Teresa articulaba sus ideas que le resultaba refrescante, una combinación de claridad conceptual y honestidad sobre las dificultades prácticas que rara vez encontraba en colegas académicos, quienes tendían a evitar admitir las tensiones entre teoría y práctica.

—¿Y qué está leyendo actualmente que le parezca útil para ese balance?

Teresa consideró la pregunta con seriedad antes de responder.

—Acabo de terminar un texto de Simone Weil sobre atención y oración. Me pareció extraordinariamente lúcido sobre cómo la atención verdadera hacia el otro requiere suspensión del yo que es casi imposible de sostener pero que es precisamente lo que se necesita para que la caridad sea genuina en lugar de proyecto de ego disfrazado.

—He leído algo de Weil. Tiene esa cualidad de honestidad brutal que hace difícil leerla sin sentirse cuestionado.

—Exactamente. No es lectura cómoda, pero es necesaria. Demasiada literatura piadosa es reconfortante sin ser verdadera. Weil es verdadera sin ser reconfortante.

Martín encontró el volumen que buscaba en ese momento, pero en lugar de despedirse y dirigirse al mostrador para pagar, se quedó sosteniendo el libro mientras la conversación continuaba de manera que habría parecido extraña si alguien la hubiera observado desde fuera pero que se sentía completamente natural para ambos participantes.

—Estoy trabajando en un artículo sobre lenguaje místico en Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Me interesa particularmente cómo usan metáforas que vienen de tradición neoplatónica pero que transforman de maneras específicas. ¿Está familiarizada con ese tema?

—Algo. He leído a Santa Teresa más desde perspectiva devocional que académica, pero me interesa la pregunta sobre cómo el lenguaje puede expresar experiencia que por definición excede capacidad del lenguaje. Hay paradoja fundamental ahí que los místicos navegan de formas fascinantes.

—Esa es exactamente la tensión que me interesa explorar. La mayoría de los académicos se enfocan en rastrear influencias y establecer genealogías conceptuales, lo cual está bien pero pierde de vista que estos textos están intentando hacer algo más radical que simplemente transmitir ideas. Están intentando provocar en el lector experiencia análoga a la que describen.

Teresa asintió con entusiasmo que parecía genuino.

—Hay algo performativo en el lenguaje místico que se pierde completamente si uno lo lee solo como filosofía disfrazada. No es descripción de estados mentales sino invitación a habitarlos.

Martín la miró con renovado interés. La conversación había derivado hacia territorio que normalmente solo exploraba con colegas especializados, y encontrar a alguien fuera de la academia que no solo entendía las preguntas sino que podía articularlas con precisión era suficientemente inusual como para capturar su atención completamente.

—¿Tiene formación académica en esto o es autodidacta?

—Un poco de ambas cosas. Estudié filosofía antes de entrar a la congregación, aunque no terminé el doctorado. Luego he seguido leyendo por mi cuenta, más guiada por interés personal que por requisitos de programa académico.

—¿Por qué no terminó el doctorado?

Teresa hizo una pausa antes de responder, como considerando cuánto quería compartir con alguien que era prácticamente un extraño.

—Porque llegué a punto donde tuve que elegir entre dedicarme a pensar sobre Dios o a servir a personas concretas. Probablemente es falsa dicotomía, como señalé antes sobre integración de contemplación y acción, pero en ese momento de mi vida me pareció que necesitaba hacer elección clara. Y elegí el servicio, aunque sin renunciar completamente a la lectura y reflexión.

—¿Se arrepiente de la elección?

—A veces. Cuando leo algo particularmente estimulante y pienso que me habría gustado dedicar años a explorarlo sistemáticamente. Pero en general no. El trabajo con los niños es suficientemente demandante como para que no me quede mucho tiempo para arrepentimientos.

Martín estaba formulando otra pregunta cuando el señor Montserrat apareció desde el fondo de la librería cargando una caja de libros.

—Hermana Teresa, encontré los títulos que me pidió. Déjeme mostrarle lo que tengo.

Teresa se disculpó con gesto y siguió al librero hacia el mostrador. Martín permaneció entre los estantes durante un momento más, procesando la conversación que acababa de tener. Había algo en Teresa que desafiaba las categorías simples en las que uno normalmente clasifica a las personas. No era académica pero pensaba con rigor académico. No era ingenua sobre las dificultades del trabajo caritativo pero tampoco era cínica. Había en ella combinación de lucidez y compromiso que Martín encontraba rara, especialmente entre personas religiosas.

Se acercó al mostrador donde Teresa estaba revisando los libros que el señor Montserrat le había apartado. Había cuatro volúmenes de teología moral contemporánea y uno sobre espiritualidad ignaciana. Mientras ella negociaba el precio con el librero, Martín esperó su turno observando los títulos con curiosidad.

Cuando finalmente fue su turno de pagar, Teresa ya había guardado sus libros en bolsa de tela que llevaba y estaba a punto de salir. Pero se detuvo junto a la puerta y esperó a que Martín terminara su transacción.

—Ha sido interesante hablar con usted, profesor.

—Igualmente. No esperaba encontrar conversación sobre Simone Weil en librería un sábado por la tarde.

—Ni yo conversación sobre lenguaje místico neoplatónico.

Hubo momento de silencio que no era exactamente incómodo pero que tampoco se resolvía fácilmente. Ninguno de los dos parecía tener prisa por terminar el encuentro pero tampoco había razón obvia para prolongarlo.

Teresa fue quien tomó la iniciativa.

—Si alguna vez quiere discutir más sobre estos temas, la congregación tiene tertulia mensual donde invitamos a personas externas a conversar sobre filosofía y teología. No es nada formal, solo conversación entre personas interesadas. Podría invitarlo si le interesa.

Martín consideró la oferta. Normalmente habría declinado con cortesía porque no era persona dada a participar en actividades sociales voluntarias, pero había algo en la conversación que acababan de tener que le hacía querer explorar más.

—Me interesaría. ¿Cuándo se reúnen?

—Primer jueves de cada mes, siete de la tarde. Puedo darle la dirección si quiere anotarla.

Martín sacó pequeña libreta que siempre llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta y anotó la dirección que Teresa le dictó. Se despidieron con cortesía apropiada y salieron de la librería hacia direcciones opuestas,

Teresa hacia la parada de autobús y Martín caminando hacia su apartamento que quedaba a unos quince minutos a pie.

Durante el camino de regreso, Martín pensó en la conversación con Teresa de manera que no había pensado en el encuentro anterior seis meses atrás. Había algo en ella que le resultaba intrigante, no en sentido romántico porque su estado religioso establecía límites claros que Martín no tenía ningún interés en cuestionar, sino en sentido intelectual. Rara vez encontraba personas con quienes pudiera hablar sobre temas que le importaban sin tener que traducir constantemente su pensamiento a lenguaje más accesible o sin tener que tolerar frases hechas piadosas en lugar de análisis riguroso.

Teresa, caminando hacia la parada de autobús con sus libros en la bolsa de tela, pensaba algo similar. La conversación con el profesor Aldecoa había sido más estimulante que la mayoría de las conversaciones que tenía en contexto de congregación, donde sus hermanas eran buenas personas y dedicadas al trabajo pero donde rara vez había oportunidad para discusión intelectual profunda. No es que ella necesitara ese tipo de conversación constantemente, pero de vez en cuando resultaba reconfortante encontrar a alguien que entendía las preguntas que le importaban sin que ella tuviera que explicar por qué importaban.

Ninguno de los dos pensó que aquel encuentro en la librería fuera particularmente significativo en el momento. Era simplemente conversación agradable con alguien que resultó ser más interesante de lo anticipado. Pero ambos guardaron el recuerdo con más claridad de la que normalmente dedicaban a encuentros casuales, y ambos se encontraron pensando ocasionalmente durante las semanas siguientes en cosas que habían dicho o que podrían haber dicho si la conversación hubiera continuado un poco más.

Martín anotó en su calendario la fecha de la tertulia sin comprometerse definitivamente a asistir, diciéndose que decidiría más cerca de la fecha dependiendo de cuánto trabajo tuviera pendiente. Teresa mencionó casualmente a la hermana que coordinaba las tertulias que tal vez vendría un profesor de literatura que había conocido en la librería y que parecía interesado en temas de misticismo.

Ninguno reconoció todavía que algo había comenzado a cambiar, que la facilidad con la que habían hablado sobre temas sustanciales sugería afinidad que merecía exploración más profunda. Eso vendría después, con encuentros posteriores que irían revelando gradualmente lo que este segundo encuentro apenas había insinuado.

Pero por ahora, en marzo de mil novecientos setenta y nueve, eran simplemente dos personas que habían tenido conversación interesante en librería especializada y que tal vez volverían a verse en contexto de tertulia filosófica, sin sospechar que estaban dando segundo paso hacia relación que definiría el resto de sus vidas de maneras que ninguno podría haber anticipado incluso si hubiera estado buscando señales de lo que vendría.

CAPÍTULO 3

LOS ENCUENTROS CASUALES

Martín no asistió a la tertulia del primer jueves del mes de abril. Se dijo a sí mismo que tenía demasiado trabajo acumulado, que necesitaba terminar de corregir los exámenes antes del fin de semana, que las tertulias filosóficas organizadas en contextos religiosos probablemente serían más piadosas que rigurosas en su aproximación a los temas. Todas estas eran razones válidas, pero ninguna de ellas era la verdadera razón, la cual consistía simplemente en el hecho de que asistir a la tertulia implicaría reconocer un interés específico en continuar las conversaciones con Teresa, y Martín prefería mantener las cosas en el nivel de los encuentros casuales que no requerían ningún tipo de compromiso explícito.

Pero cuando vio el anuncio de una conferencia sobre la pobreza urbana organizada por varias de las organizaciones caritativas de la ciudad a finales del mes de mayo, y reconoció el nombre del orfanato entre los patrocinadores del evento, decidió asistir diciéndose a sí mismo que el tema le interesaba desde una perspectiva profesional porque estaba considerando la posibilidad de incluir en uno de sus cursos algunos textos sobre la literatura de testimonio social. Era una justificación débil que él mismo apenas se creía, pero le permitía asistir al evento sin tener que admitir ante sí mismo que esperaba encontrar a Teresa en aquel lugar.

La conferencia se realizaba en el auditorio de un edificio municipal, uno de esos espacios funcionales que carecen de personalidad y que las ciudades utilizan para eventos cívicos de diversa índole. Martín llegó temprano en esta ocasión, contrario a lo que era su costumbre habitual, y se ubicó en una de las filas del medio desde donde podía observar a las personas que iban llegando progresivamente sin ser demasiado visible él mismo. Teresa apareció unos diez minutos antes de que comenzara la conferencia, acompañada por el padre Julián y otra mujer religiosa que Martín no logró reconocer. No llevaba puesto el hábito sino ropa civil similar a la que había usado en la librería, y conversaba con sus acompañantes con esa atención completa que Martín ya había identificado como una de sus características distintivas.

No se acercó a saludarla antes de que comenzara la presentación principal porque hacerlo habría parecido demasiado deliberado, pero cuando terminó la primera parte del programa y hubo una pausa para el café, se dirigió hacia el lugar donde ella estaba hablando con un grupo de personas cerca de la mesa donde servían los refrigerios. Teresa lo vio acercarse y su expresión cambió de manera sutil, no exactamente con sorpresa pero sí con un reconocimiento que sugería que no había esperado encontrarlo en aquel contexto.

—Profesor Aldecoa, qué coincidencia encontrarlo aquí.

—Hermana Teresa. Sí, vi el anuncio del evento y el tema me pareció relevante para un curso que estoy preparando.

—¿Enseña usted sobre la pobreza urbana en el departamento de literatura?

Había en el tono de su voz algo que se situaba entre la curiosidad genuina y una ironía suave que sugería que Teresa sospechaba que la explicación no era completamente honesta en todos sus aspectos.

—Estoy considerando la posibilidad de incorporar algunos testimonios sobre la marginalidad social. Todavía estoy en la fase exploratoria del proyecto.

—Por supuesto.

El padre Julián interrumpió la conversación entre ellos para saludar a Martín y presentarle a la otra religiosa, que resultó ser la hermana Beatriz y que trabajaba en otro de los orfanatos ubicados en las afueras de la ciudad. Intercambiaron las cortesías apropiadas para la situación y luego el padre se disculpó diciendo que necesitaba hablar con uno de los organizadores del evento acerca de algún asunto logístico. Teresa y Martín se quedaron juntos en compañía de la hermana Beatriz, quien inmediatamente comenzó a hablarles sobre las dificultades específicas que enfrentaba al trabajar con niños en una zona rural donde los recursos disponibles eran aún más escasos de lo que ya eran en la ciudad.

Martín escuchó con la atención cortés que la situación requería, pero lo que realmente notaba era la manera en que Teresa participaba en aquella conversación, haciendo preguntas específicas sobre los aspectos logísticos y el financiamiento que revelaban su conocimiento práctico del trabajo, ofreciendo sugerencias que estaban basadas en su propia experiencia sin que su tono sonara en ningún momento condescendiente. Había en ella una competencia natural que no necesitaba alardear de sí misma porque resultaba evidente en la sustancia misma de lo que decía.

Cuando la hermana Beatriz se excusó para ir a hablar con otras personas que habían asistido al evento, Teresa y Martín se quedaron solos junto a la mesa del café. Hubo un momento de silencio que ninguno de los dos se apresuró a llenar con palabras innecesarias.

Finalmente fue Teresa quien habló, con un tono que era directo sin llegar a ser confrontacional en ningún aspecto.

—¿Realmente está aquí por el curso que mencionó, o vino con la esperanza de encontrarme a mí?

Martín consideró la posibilidad de mentir, pero decidió casi inmediatamente que Teresa merecía una respuesta honesta.

—Probablemente un poco de ambas cosas, si he de ser completamente sincero. El tema me interesa en un sentido genuino, pero reconozco que no habría venido a este evento si no hubiera visto que el orfanato estaba entre las organizaciones que lo patrocinaban.

—¿Por qué no fue usted a la tertulia del mes de abril?

—Porque no estaba completamente seguro de que fuera una buena idea asistir a ella.

—¿Y qué es lo que ha cambiado desde entonces?

—Nada en realidad. Sigo sin estar completamente seguro de nada. Pero aparentemente esa incertidumbre no fue suficiente para mantenerme alejado de este lugar.

Teresa lo miró con una expresión que Martín no pudo interpretar de manera completa en aquel momento.

—Aprecio mucho la honestidad de su respuesta, aunque debo admitir que no estoy completamente segura de entender qué es exactamente lo que le preocupa tanto. Solo son conversaciones sobre temas de filosofía y teología, después de todo. No estoy tratando de reclutarlo para que se una a la congregación.

—No pensé en ningún momento que lo estuviera intentando. Es solo que no suelo buscar de manera activa las interacciones sociales de carácter voluntario. Prefiero mantener las cosas en un nivel de simplicidad.

—Y esto no es simple en absoluto.

No era una pregunta sino una afirmación clara. Teresa había identificado con precisión exactamente lo que el propio Martín apenas estaba comenzando a reconocer en su interior, el hecho de que había algo en estos encuentros que iba más allá de la casualidad cortés y que explorar aquello de manera más profunda requeriría admitir un tipo de interés que él normalmente no se permitía desarrollar.

—No, definitivamente no es simple.

—Bueno, si en algún momento decide que quiere complicar un poco las cosas, la tertulia sigue siendo el primer jueves de cada mes a las siete de la tarde. Y si no toma esa decisión, también está perfectamente bien. No hay ninguna obligación de nada en particular.

La segunda presentación de la conferencia estaba por comenzar en cualquier momento y las personas empezaban a regresar a sus asientos distribuidos por el auditorio. Teresa se despidió con un gesto cortés y fue a sentarse con el padre Julián y la hermana Beatriz en una de las filas delanteras. Martín regresó a su asiento ubicado en el medio del auditorio, preguntándose a sí mismo qué era exactamente lo que acababa de pasar en esa conversación breve que había sido mucho más honesta de lo que las conversaciones casuales normalmente permiten que sean.

El segundo encuentro tuvo lugar en el mes de junio, durante la inauguración de una exposición de arte sacro en el museo diocesano. Martín no había planeado asistir a ese evento hasta que vio una mención de este en las páginas del periódico y recordó que Teresa había mencionado en la librería que le interesaba particularmente la intersección entre la estética y la espiritualidad. Fue más por un impulso momentáneo que por una decisión cuidadosamente considerada, diciéndose a sí mismo que si ella no estaba

presente en aquel lugar simplemente vería la exposición por su propio interés y luego se marcharía.

Pero ella sí estaba allí, de pie frente a un tríptico del siglo quince que representaba diversas escenas de la pasión con un detalle meticuloso que bordeaba en lo grotesco. Martín se acercó sin anunciarse de ninguna manera y se quedó junto a ella observando las pinturas en un silencio compartido que se extendió durante varios minutos completos.

Fue Teresa quien habló primero, sin apartar en ningún momento la vista de las imágenes que tenían ante ellos.

—Es interesante la manera en que el sufrimiento representado con tanta precisión puede producir un efecto que es completamente opuesto al que uno esperaría encontrar. En lugar de provocar horror o rechazo inmediato, hay algo casi contemplativo en el acto de mirar estas escenas.

—Tal vez se deba a que la distancia estética permite enfrentar aquello que sería completamente insoportable si lo encontráramos en la realidad inmediata de nuestras vidas.

—O tal vez se deba a que el arte hace visible una dimensión del sufrimiento que normalmente permanece oculta a nuestra percepción ordinaria. No solo el dolor físico en su aspecto más evidente, sino algo que es mucho más profundo que eso.

—¿Se refiere al sentido último del sufrimiento?

—No exactamente en esos términos. Me refiero más bien a la dignidad que puede existir en el sufrimiento cuando este se asume de manera consciente en lugar de simplemente padecerse de forma pasiva. Aunque reconozco que eso puede sonar peligrosamente cerca de estar glorificando el dolor en sí mismo.

—No creo en absoluto que lo esté glorificando. Solo está reconociendo el hecho de que existe una diferencia fundamental entre el sufrimiento que destruye a la persona y el sufrimiento que de alguna manera extraña puede llegar a ser transformativo en ciertos aspectos.

Teresa se volvió para mirarlo de manera directa por primera vez desde que habían comenzado aquella conversación.

—Es un tema bastante complicado para estar discutiéndolo en medio de la inauguración de una exposición de arte. ¿Tiene tiempo disponible para caminar un poco? Hay un parque cerca de este lugar donde podríamos continuar hablando con más tranquilidad.

Salieron del museo hacia el parque pequeño que estaba ubicado a dos cuadras de distancia, uno de esos espacios verdes urbanos equipados con bancos de hierro y árboles viejos que proporcionaban una sombra agradable contra el calor de aquella tarde del mes de junio. Se sentaron en un banco que estaba alejado de las zonas más transitadas del parque y continuaron la conversación que habían comenzado frente al tríptico medieval.

Hablaron durante casi dos horas completas, primero sobre el arte sacro y la representación del sufrimiento en las diversas tradiciones artísticas, luego derivando de manera gradual hacia cuestiones más amplias sobre la relación entre el dolor y el significado de la existencia, sobre si es verdaderamente posible encontrar algún tipo de sentido en las experiencias que parecen diseñadas precisamente para destruir cualquier sentido que pudiéramos atribuirles. Teresa hablaba desde su experiencia directa de trabajar con niños traumatizados que habían sufrido el abandono y el abuso en sus formas más diversas, reconociendo con toda honestidad que la mayoría del sufrimiento que ella veía en su trabajo diario no tenía absolutamente nada de redentor en sí mismo, sino que simplemente dañaba a las personas de maneras que requerían años de un trabajo paciente para comenzar siquiera a sanar de forma parcial.

Martín escuchaba con una atención que iba mucho más allá de lo que sería la simple cortesía intelectual entre dos académicos. Había en la manera en que Teresa articulaba estas cuestiones tan complejas una combinación de honestidad absoluta sobre las dificultades reales y una resistencia firme al cinismo fácil que él encontraba verdaderamente rara en su experiencia. No negaba en ningún momento el horror del sufrimiento que era completamente innecesario, pero tampoco concluía de ello que eso hacía que la vida fuera absurda en su totalidad o que la única respuesta apropiada ante tal realidad fuera la desesperación completa.

Cuando finalmente se separaron, con el sol ya bajando hacia el horizonte y el parque comenzando a vaciarse de las personas que habían estado disfrutando de la tarde, ambos reconocieron sin necesidad de decirlo de manera explícita que algo fundamental había cambiado entre ellos. Ya no podían seguir pretendiendo que estos eran encuentros meramente casuales sin ninguna intención detrás de ellos. Había una búsqueda deliberada ahora, aunque ninguno de los dos estaba todavía preparado para nombrar con palabras precisas qué era exactamente lo que estaban buscando el uno en el otro.

El tercer encuentro tuvo lugar en unas circunstancias que ninguno de los dos habría elegido de manera voluntaria si hubieran tenido la opción de hacerlo. A finales del mes de septiembre murió el padre Mateo, un sacerdote anciano que había sido mentor de Teresa durante el periodo de su formación inicial en la congregación y que era además amigo personal de Fernando, el colega de Martín que lo había llevado al evento de recaudación de fondos un año atrás. Fernando invitó a Martín al funeral diciendo que sería apropiado que algunos de los representantes de la universidad asistieran al mismo porque el padre Mateo había servido como capellán universitario durante muchos años de su larga vida.

Martín aceptó la invitación sin saber que Teresa estaría presente en aquel lugar, pero cuando llegó a la iglesia para asistir al funeral vio que ella estaba entre las personas que ocupaban los primeros bancos, vestida con el hábito completo en esta ocasión porque la solemnidad del evento así lo requería.

No hablaron durante la ceremonia del funeral ni tampoco inmediatamente después de que esta concluyera, porque cada uno de ellos estaba acompañado por sus respectivos grupos de conocidos, pero cuando Martín salía de la iglesia después de haber dado el pésame al sobrino del padre Mateo que era la única familia presente en el funeral, encontró a Teresa de pie en el atrio esperando a que llegara el autobús que la llevaría de regreso a la casa de la congregación.

Se acercó a ella sin pensarlo demasiado en aquel momento.

—Lamento mucho su pérdida personal. Fernando me dijo que el padre Mateo había sido una persona muy importante para usted.

—Gracias por sus palabras. Sí, fue él quien me ayudó a discernir mi vocación religiosa cuando estaba considerando seriamente la posibilidad de entrar a la congregación. Era un hombre que poseía una gran sabiduría combinada con una paciencia extraordinaria.

—¿Estuvo enfermo durante mucho tiempo?

—Varios meses en total. Un cáncer que se detectó demasiado tarde para que cualquier tratamiento pudiera ser verdaderamente efectivo. Pero tuvo una muerte tranquila, que es lo mejor que uno puede esperar razonablemente cuando se llega a los ochenta y cuatro años de edad.

Hubo un momento de silencio entre ellos mientras esperaban el autobús que tardaba en llegar. Martín notó que Teresa tenía los ojos enrojecidos pero secos, lo cual era evidencia clara de lágrimas anteriores pero no de las actuales.

—¿Está bien?

—Sí, estoy bien dentro de lo que cabe esperar. Es solo que los funerales me confrontan con mi propia mortalidad de una manera que la conversación abstracta sobre la muerte nunca logra hacer realmente. Ver el cuerpo físico de alguien que conocí cuando estaba vivo y vital hace que sea completamente imposible mantener la distancia teórica que normalmente mantengo con respecto al tema.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir.

—¿Ha perdido usted a muchas personas que fueran cercanas a su vida?

—A mis padres, hace ya algunos años. A algunos amigos a lo largo del tiempo. A mi ex-esposa, aunque obviamente en un sentido completamente diferente de la muerte física.

—No sabía que usted había estado casado en algún momento de su vida.

—Durante seis años completos. La relación terminó hace cinco años. No fue algo dramático en ningún sentido, simplemente un reconocimiento mutuo de que nos habíamos equivocado profundamente sobre lo que realmente compartíamos como pareja.

Teresa asintió con la cabeza sin hacer ninguna pregunta adicional sobre el tema, respetando la privacidad de algo que evidentemente todavía era

doloroso para Martín. El autobús llegó finalmente después de aquella espera y antes de subir a él, Teresa se volvió hacia Martín con una expresión que era completamente seria en todos sus aspectos.

—Gracias por haber venido a despedir al padre Mateo. Él habría apreciado mucho el hecho de que la gente de la universidad estuviera presente en su funeral.

—Fue lo mínimo que podía hacer dadas las circunstancias.

—¿Vendrá a la tertulia del mes de octubre? Sé que ya le he preguntado esto antes y que no ha venido a las reuniones anteriores, pero por alguna razón que no puedo explicar completamente siento que debería preguntárselo nuevamente.

—Sí, iré a la tertulia.

La respuesta salió de su boca sin que hubiera habido ninguna deliberación previa al respecto, como si Martín hubiera tomado una decisión en algún nivel profundo de su conciencia sin estar plenamente consciente del proceso que lo había llevado a tomar esa decisión. Teresa sonrió de manera leve, subió al autobús que estaba esperando, y se despidió con un gesto desde la ventana mientras el vehículo se alejaba lentamente por la calle.

Martín caminó de regreso hacia su apartamento pensando que acababa de comprometerse a algo que iba mucho más allá de simplemente asistir a una tertulia filosófica mensual. Había reconocido de manera implícita pero clara que estos encuentros con Teresa importaban de una manera que ya no podía seguir pretendiendo que era solo una coincidencia casual o un interés intelectual de carácter abstracto.

El cuarto encuentro fue el más significativo de todos ellos aunque comenzó de una manera completamente anticlimática. Era una tarde del mes de octubre, un día de lluvia persistente que había convertido las calles de la ciudad en superficies brillantes que reflejaban todas las luces de los comercios. Martín había terminado de dar sus clases de la mañana y decidió almorzar en un café pequeño que estaba ubicado cerca de la universidad en lugar de regresar directamente a su apartamento. Estaba sentado junto a la ventana del establecimiento leyendo un artículo académico que necesitaba revisar cuando Teresa entró completamente empapada por la lluvia, sacudiéndose el agua del abrigo con un gesto de resignación evidente.

Lo vio de manera inmediata y se acercó a su mesa con una sonrisa que mezclaba la sorpresa con algo que podría haber sido interpretado como alivio.

—Parece que el universo está empeñado en hacer que coincidamos en los lugares más inesperados.

—O simplemente frecuentamos los mismos lugares en esta ciudad que en realidad es bastante pequeña.

—Tal vez sea eso. ¿Puedo sentarme con usted? Estoy completamente empapada y necesito tomar un café caliente antes de seguir con mis diligencias del día.

—Por supuesto que puede sentarse.

Teresa pidió su café al mesero que pasaba en ese momento por su lado y se sentó frente a Martín quitándose el abrigo que estaba completamente mojado. Llevaba debajo un suéter oscuro y una falda de lana, ropa que era completamente práctica para un día de lluvia como aquel.

—¿Qué está leyendo?

Martín le mostró el artículo, que versaba sobre la interpretación de los símbolos religiosos en la poesía barroca española.

—Parece bastante denso como lectura.

—Lo es en efecto. Y además no estoy completamente seguro de estar de acuerdo con el argumento central que propone el autor del texto.

—¿Qué es lo que propone exactamente?

—Que los símbolos religiosos en la poesía del periodo barroco son principalmente de carácter decorativo, que los poetas los utilizan sin ningún compromiso real con el contenido teológico que esos símbolos supuestamente representan.

—¿Y usted no está de acuerdo con esa interpretación?

—No de manera completa. Creo que el autor subestima considerablemente cuánto la cosmovisión religiosa permeaba absolutamente todo el pensamiento de aquella época histórica. Incluso cuando los poetas utilizan los símbolos de manera creativa o incluso heterodoxa en ciertos aspectos, están trabajando dentro de un marco conceptual que toma muy en serio las categorías teológicas que están empleando.

Teresa recibió su café del mesero y tomó el primer sorbo antes de responder a lo que Martín acababa de decir.

—Es interesante porque eso plantea una pregunta más general sobre la autenticidad del compromiso religioso en cualquier contexto. ¿Es realmente posible utilizar el lenguaje religioso de una manera que sea verdaderamente significativa sin creer de manera literal en todas las proposiciones teológicas que ese lenguaje implica?

—Exactamente esa es la pregunta fundamental. Y mi respuesta personal sería que sí, que el lenguaje religioso puede funcionar de manera poética incluso para aquella persona que no acepta las doctrinas específicas en su sentido literal, pero que eso no lo convierte en algo meramente decorativo sino que más bien revela algo profundo sobre la manera en que funciona la imaginación religiosa como tal.

Continuaron hablando durante casi tres horas completas mientras la lluvia seguía cayendo de manera persistente en el exterior y el café se llenaba y se vaciaba de manera cíclica con los clientes que entraban buscando un refugio

temporal del clima adverso. La conversación derivó desde la poesía barroca hacia cuestiones mucho más amplias sobre el lenguaje y la creencia religiosa, sobre si es verdaderamente posible vivir con una integridad genuina cuando uno tiene dudas profundas sobre verdades que se supone que debería estar afirmando con una certeza absoluta.

Fue en algún momento de aquella conversación extensa cuando Martín reconoció algo que había estado evitando admitir de manera consciente durante todos aquellos meses. No se sentía solo cuando hablaba con Teresa de esta manera. Ni siquiera durante los silencios naturales que surgían periódicamente entre los diversos temas que iban abordando. Había una afinidad profunda que iba mucho más allá del simple interés intelectual compartido en ciertos temas, una sensación clara de ser entendido sin necesidad de ofrecer explicaciones elaboradas de cada punto, de poder pensar en voz alta sin ningún tipo de autocensura previa.

Y vio en la expresión del rostro de Teresa, cuando ella se quedó callada después de que él articuló un pensamiento particularmente personal sobre sus propias dudas en materia religiosa, que ella sentía algo que era muy similar a lo que él estaba experimentando. No lo dijo de manera explícita en ningún momento y él tampoco lo hizo, pero el reconocimiento mutuo de aquella realidad estaba presente entre ellos, silencioso pero completamente innegable en su evidencia.

Cuando finalmente salieron del café hacia el exterior, la lluvia había aminorado hasta convertirse en una llovizna ligera que apenas mojaba. Caminaron juntos hasta la parada del autobús de Teresa sin hablar demasiado en el camino, cómodos en un silencio compartido que ya no necesitaba ser llenado constantemente con palabras para mantener su significado.

Antes de que llegara el autobús que ella estaba esperando, Teresa dijo algo que Martín recordaría de manera vívida durante muchos años después de aquel día.

—Es extraño en cierto sentido. Contigo no me siento sola en ningún momento. Ni siquiera cuando estamos en silencio como ahora.

Martín sintió algo que se parecía mucho al vértigo, un reconocimiento súbito de que lo que acababa de ser nombrado con esas palabras no podía ya ser ignorado o minimizado de ninguna manera.

—Yo tampoco me siento solo contigo. Y eso es algo que me preocupa profundamente.

—¿Por qué te preocupa tanto?

—Porque no estoy completamente seguro de qué es lo que debo hacer con este sentimiento que estoy experimentando.

Teresa asintió con la cabeza de manera lenta y deliberada.

—Yo tampoco lo sé con certeza.

El autobús llegó a la parada antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más sobre el tema. Teresa subió al vehículo y se despidió desde la ventana con un gesto que era mitad sonrisa y mitad expresión de preocupación evidente. Martín se quedó de pie bajo la llovizna persistente mirando cómo el autobús se alejaba por la calle, completamente consciente de que algo fundamental había cambiado de manera irreversible en aquella tarde del mes de octubre bajo la lluvia que no cesaba, consciente de que ya no podía seguir pretendiendo que estos encuentros eran casuales o insignificantes en su naturaleza, consciente de que lo que vendría después de aquel momento requeriría tomar decisiones que ninguno de los dos estaba verdaderamente preparado para tomar todavía.

CAPÍTULO 4

EL RECONOCIMIENTO

La primavera del año mil novecientos ochenta y uno llegó con esa cualidad particular de luz renovada que hace que todo parezca posible nuevamente después del prolongado encierro del invierno, y Martín se descubrió a sí mismo pensando en Teresa con una frecuencia que ya no podía pretender de ninguna manera que fuera casual o accidental. Desde aquel encuentro memorable bajo la lluvia del mes de octubre habían coincidido tres veces más en diversos contextos, dos de ellas en las tertulias mensuales de la congregación a las que Martín finalmente había comenzado a asistir con una regularidad notable, y una tercera ocasión en la presentación de un libro sobre la espiritualidad ignaciana donde ambos habían sido invitados por el autor que conocían desde círculos académicos completamente diferentes.

Cada uno de estos encuentros confirmaba de manera progresiva lo que ambos habían reconocido sin llegar a nombrarlo de forma completa, el hecho de que había entre ellos una afinidad profunda que iba mucho más allá del simple interés intelectual compartido en ciertos temas, que las conversaciones que sostenían se habían vuelto necesarias de una manera que ninguna otra conversación en sus vidas respectivas lograba serlo. Martín se encontraba guardando pensamientos y observaciones durante el transcurso de la semana de manera específica para poder compartirlos con Teresa cuando volvieran a verse en su próximo encuentro, y ella había admitido en su último encuentro que hacía exactamente lo mismo, que su mente había comenzado a organizar sus experiencias cotidianas en función de si serían o no interesantes de discutir con él en algún momento futuro.

Era una situación que resultaba peligrosa en muchos sentidos y ambos lo sabían con claridad, aunque ninguno de los dos había logrado articular todavía de manera exacta por qué era peligrosa o qué se suponía que debían hacer al respecto de esa situación. Teresa tenía sus votos religiosos que incluían un compromiso explícito de celibato y una dedicación exclusiva al trabajo de la congregación en todos sus aspectos. Martín tenía por su parte la vida cuidadosamente ordenada de soltero que había construido de

manera deliberada después de su divorcio, una vida que funcionaba con precisión precisamente porque no incluía ningún tipo de expectativas emocionales que fueran complicadas de manejar. Permitir que esta afinidad mutua se desarrollara hacia algo más profundo de lo que ya era requeriría necesariamente que uno de los dos o ambos reconsideraran algunos de los compromisos fundamentales que habían hecho en sus vidas, y ninguno de ellos estaba verdaderamente preparado para enfrentar esa posibilidad en aquel momento.

Fue Teresa quien propuso que asistieran juntos a una conferencia sobre la ética del cuidado que estaba siendo organizada por la facultad de filosofía de la universidad durante el mes de abril. Llamó a Martín un martes por la tarde directamente a su despacho en el departamento, cosa que nunca había hecho antes en ninguna ocasión porque todos sus encuentros previos habían sido el resultado de coincidencias fortuitas o de invitaciones que estaban mediadas por diversos contextos institucionales.

—Espero no estar interrumpiendo algo que sea importante en este momento.

—Solo estaba corrigiendo algunos trabajos mediocres sobre Garcilaso de la Vega. La interrupción es completamente bienvenida.

—Vi el anuncio de una conferencia sobre la ética del cuidado y pensé que podría interesarte como tema. La presentadora principal es una filósofa que ha escrito de manera extensa sobre la responsabilidad que tenemos hacia las personas vulnerables y me pareció que sería relevante para el trabajo que estás haciendo sobre la literatura de testimonio social.

Martín notó de manera inmediata que Teresa estaba ofreciendo una justificación de carácter académico para la invitación que le estaba haciendo, como si ambos necesitaran pretender de alguna manera que esto era solamente un intercambio intelectual entre dos colegas que compartían ciertos intereses profesionales.

—Me interesa definitivamente el tema. ¿Cuándo es la conferencia?

—El sábado dieciséis de abril, a las cuatro de la tarde. Podríamos encontrarnos allá directamente si quieres.

—O podría pasar a recogerte a la casa de la congregación. Está de camino hacia la universidad de todas formas.

Hubo una pausa breve pero notable antes de que Teresa respondiera a la sugerencia que acababa de hacer.

—Creo que será mejor que nos encontremos directamente en el lugar de la conferencia. Será más simple de esa manera.

Martín entendió de manera perfectamente clara el rechazo implícito que estaba contenido en aquella respuesta. Ir juntos a la conferencia desde el principio habría implicado un nivel de deliberación e intencionalidad que todavía no estaban listos para reconocer de manera abierta. Encontrarse

directamente en el lugar donde se realizaría el evento mantenía al menos la ficción superficial de que esto seguía siendo algo casual.

La conferencia resultó ser técnicamente competente en todos sus aspectos pero no fue particularmente inspiradora en ningún sentido especial, una presentación académica completamente estándar con el tipo de argumentación cuidadosa que satisface todos los requisitos profesionales necesarios sin lograr generar un verdadero entusiasmo intelectual en la audiencia. Pero Martín apenas prestó atención real al contenido específico de lo que se estaba diciendo porque estaba completamente consciente de la presencia de Teresa sentada justo a su lado, de la manera en que ella tomaba notas ocasionales en la libreta pequeña que llevaba siempre consigo a todas partes, de cómo asentía de manera leve con la cabeza cuando la presentadora hacía algún punto que le parecía particularmente válido o importante.

Cuando terminó la conferencia en su totalidad y salieron del auditorio hacia la tarde soleada del mes de abril que los esperaba en el exterior, Teresa sugirió que caminaran un poco antes de separarse para regresar a sus actividades respectivas. Había un parque universitario ubicado cerca del edificio donde se había realizado la conferencia, un espacio verde equipado con senderos sombreados donde los estudiantes se sentaban habitualmente en el pasto a estudiar sus materias o simplemente a disfrutar del clima agradable cuando este lo permitía.

Caminaron sin ninguna dirección particular en mente, dejando que la conversación fluyera de manera natural desde los comentarios iniciales sobre la conferencia que acababan de presenciar hacia temas que eran progresivamente más personales en su naturaleza. Teresa habló por primera vez de manera extensa sobre sus razones específicas para entrar a la congregación religiosa, no la versión oficial y simplificada que ofrecía habitualmente cuando la pregunta surgía en contextos formales, sino la verdad mucho más complicada de cómo había llegado finalmente a tomar esa decisión tan importante en su vida.

—No fue un llamado místico en ningún sentido ni tampoco nada que fuera particularmente dramático en sus circunstancias. Fue más bien un reconocimiento gradual que se fue desarrollando con el tiempo de que la vida que había imaginado para mí misma durante muchos años, una vida académica completamente convencional con una familia propia y una carrera profesional establecida, no me llenaba de manera genuina cuando trataba de visualizarla de forma concreta en mi imaginación. Había un vacío persistente que no sabía cómo llenar de ninguna manera satisfactoria.

—¿Y la vida religiosa logró llenar ese vacío que sentías?

—Parcialmente al menos, o tal vez sería más preciso decir que me dio una estructura clara dentro de la cual ese vacío se volvía algo manejable en lugar de algo completamente abrumador. No estoy completamente segura de si eso tiene algún sentido real.

—Tiene un sentido completamente perfecto para mí. A veces la estructura es mucho más importante que la sensación de plenitud absoluta que uno pudiera estar buscando.

Teresa lo miró con una expresión que sugería claramente que entendía que Martín estaba hablando también de sí mismo cuando decía aquellas palabras.

—¿Tu divorcio tuvo algo que ver con ese tipo de vacío que estoy describiendo?

—Entre otras muchas cosas, sí. Mi ex-esposa necesitaba una intensidad emocional constante en todos los aspectos de la vida, un drama en el sentido positivo de la palabra, una vida que fuera vivida a todo el volumen posible. Yo por mi parte necesitaba la quietud de manera fundamental. Ninguno de los dos estaba equivocado en lo que necesitaba, pero éramos fundamental e irremediablemente incompatibles en nuestras necesidades más básicas.

—¿Y ahora en este momento de tu vida? ¿La quietud que necesitabas es suficiente para ti?

Martín consideró la pregunta con toda la seriedad que claramente merecía recibir.

—Lo era de manera completa hasta hace aproximadamente un año.

No necesitó especificar de ninguna manera qué era exactamente lo que había cambiado hacía un año en su vida. Teresa entendía perfectamente bien que se refería al momento preciso en que habían comenzado a conocerse de verdad el uno al otro.

Se sentaron en un banco que estaba ubicado bajo un árbol grande que proporcionaba una sombra agradable contra el sol intenso de aquella tarde primaveral. Había estudiantes distribuidos por todo el parque alrededor de ellos, pero estaban lo suficientemente lejos como para que la conversación entre ellos se sintiera completamente privada en todos sus aspectos. Teresa guardó un silencio prolongado durante varios minutos completos, mirando hacia nada en particular con una expresión pensativa, antes de volver a hablar nuevamente.

—Tengo que decirte algo y necesito que seas completamente honesto en la respuesta que me des.

—Siempre he tratado de ser completamente honesto contigo en todo momento.

—Lo sé perfectamente bien. Por eso es por lo que puedo hacerte esta pregunta en particular.

Hubo otra pausa significativa en la conversación. Martín esperó sin presionar de ninguna manera para que continuara.

—Estos encuentros nuestros, todas estas conversaciones que hemos estado teniendo, ¿son para ti solamente un intercambio intelectual que resulta interesante o son algo que va más allá de eso?

La pregunta era directa de una manera que habría hecho completamente imposible evadirla incluso si Martín hubiera tenido algún deseo de hacerlo. Y descubrió en ese momento que no tenía ningún deseo de evadir la pregunta, que después de todos aquellos meses de estar pretendiendo que esto era solo una amistad casual basada en algunos intereses compartidos, estaba completamente cansado de mantener esa pretensión por más tiempo.

—Son algo que va más allá de eso de manera definitiva. No sé con exactitud qué es ese algo, pero es definitivamente algo más de lo que sería un simple intercambio intelectual entre colegas.

Teresa asintió con la cabeza como si la respuesta que acababa de escuchar confirmara algo que ya sabía desde antes pero que necesitaba oír de manera explícita.

—Para mí también son algo más. Y eso constituye un problema serio que debemos enfrentar.

—¿Por qué es un problema necesariamente?

—Porque no puedo permitir que esto se convierta en lo que naturalmente querría convertirse si le damos el espacio para desarrollarse. Tengo compromisos que hice antes de conocerte y que sigo considerando completamente válidos en todos sus aspectos.

—No te estoy pidiendo en ningún momento que renuncies a nada de lo que has elegido.

—Lo sé perfectamente. Pero eso no cambia en absoluto el hecho fundamental de que lo que siento cuando estoy contigo de esta manera, lo que siento cuando pienso en ti durante el tiempo que transcurre entre nuestros encuentros, no es algo que sea completamente compatible con la vida que he elegido vivir de manera deliberada.

Martín sintió algo que se parecía mucho al dolor físico, un reconocimiento súbito de que lo que Teresa estaba nombrando con aquellas palabras era exactamente lo mismo que él mismo había estado sintiendo de manera persistente pero que había estado evitando articular de forma clara incluso en sus propios pensamientos.

—¿Qué es lo que propones entonces que hagamos al respecto?

—No lo sé con certeza todavía. Por lo que necesitaba hablar contigo de esta manera. Necesitaba saber si esto era algo que estaba ocurriendo solamente en mi propia cabeza o si tú sentías exactamente lo mismo que yo estoy sintiendo.

—Lo siento de la misma manera que tú. Y no tengo más claridad que la que tú tienes sobre qué es exactamente lo que deberíamos hacer al respecto de esta situación.

Se quedaron sentados en aquel banco del parque en un silencio que estaba pesado con absolutamente todo lo que no podían decirse el uno al otro de manera completa, con todo lo que reconocer de forma explícita haría completamente imposible de ignorar o minimizar. Finalmente fue Teresa quien habló nuevamente con una voz que estaba cuidadosamente controlada en todos sus aspectos.

—Creo que no deberíamos vernos durante un tiempo considerable. Necesito tener la distancia suficiente para poder pensar con verdadera claridad sobre todo esto.

—¿Cuánto tiempo estás pensando exactamente?

—No lo sé con certeza. El tiempo suficiente para que pueda discernir de manera honesta si lo que estoy sintiendo es algo contra lo cual debo luchar de manera activa o si es algo que debo aceptar como una parte legítima de mi vida de una manera que no comprometa los votos que he hecho.

—¿Y si decides que es lo primero de esas dos opciones?

—Entonces tendremos que encontrar alguna manera de ser amigos el uno del otro sin que esto sea lo que se está convirtiendo en algo que ninguno de los dos planeó en ningún momento.

—¿Y si decides que es lo segundo?

Teresa lo miró con una expresión que mezclaba el miedo evidente con algo que podría haber sido interpretado como esperanza cautelosa.

—Entonces tendré que descubrir qué es exactamente lo que significa aceptar esto sin traicionar los compromisos que hice cuando era una persona diferente de la que soy ahora, pero que sigo creyendo con firmeza que fueron correctos para esa persona que era en aquel momento.

Se levantaron del banco sabiendo ambos que la conversación había llegado a su límite natural en aquel punto, que todo lo demás que pudieran decirse requeriría un tiempo considerable de reflexión profunda que no podían hacer juntos de ninguna manera productiva. Caminaron de regreso hacia la entrada principal del parque donde se separarían para ir cada uno en su propia dirección, Teresa hacia la parada del autobús que la llevaría a la casa de la congregación y Martín hacia su apartamento que quedaba ubicado en la dirección completamente opuesta.

Antes de separarse de manera definitiva, Teresa dijo algo que Martín llevaría consigo de manera constante durante todos los meses que habrían de seguir a aquel encuentro.

—Gracias por ser honesto conmigo de esta manera. Y gracias también por no presionarme para que tome una decisión de manera inmediata cuando claramente necesito tiempo para pensar.

—No tengo ningún derecho de presionarte para absolutamente nada en esta situación.

—Lo sé perfectamente. Pero muchas personas que estuvieran en tu posición sentirían que sí tienen ese derecho de alguna manera.

Se despidieron sin ningún tipo de contacto físico entre ellos, sin un abrazo ni siquiera un apretón de manos que pudiera complicar aún más la situación que ya era suficientemente complicada, solo con un intercambio prolongado de miradas que contenía absolutamente todo lo que no podían decirse el uno al otro con las palabras que tenían disponibles. Teresa se alejó caminando hacia la parada del autobús sin mirar hacia atrás en ningún momento, y Martín se quedó de pie en aquel lugar observándola hasta que ella desapareció completamente entre la multitud de personas que transitaban por la calle, sintiendo que acababa de perder algo que nunca había tenido realmente en ningún sentido concreto pero cuya ausencia ya dolía con una intensidad que lo sorprendía profundamente.

Los tres meses que siguieron a aquel encuentro fueron los más difíciles que Martín había experimentado desde su divorcio varios años atrás. No hubo ningún tipo de drama visible ni crisis que pudiera ser observada desde el exterior, solo la ausencia persistente y constante de algo que se había vuelto absolutamente central en su vida sin que él lo notara de manera consciente hasta el momento preciso en que ya no estaba presente. No asistió a ninguna de las tertulias mensuales de la congregación aunque siguió recibiendo las invitaciones regulares que sabía perfectamente que Teresa había instruido específicamente que no lo eliminaran de la lista de distribución del correo. No buscó de manera deliberada ningún encuentro casual en los lugares donde sabía que ella podría estar presente. Cumplió el acuerdo de mantener la distancia con un rigor que requería un esfuerzo consciente y sostenido porque su inclinación natural habría sido buscar cualquier excusa posible para poder verla nuevamente.

Intentó llenar el tiempo disponible con su trabajo académico, con la lectura de libros diversos, con una vida social que había abandonado de manera casi completa durante los meses de encuentros frecuentes con Teresa. Aceptó varias invitaciones a cenas con sus colegas del departamento, asistió a conferencias académicas que normalmente habría evitado sin ninguna duda, incluso intentó salir en dos ocasiones diferentes con una profesora del departamento de historia que había mostrado un interés evidente en él durante varios años. Pero absolutamente todo se sentía profundamente equivocado de una manera que no podía ignorar de ninguna forma, como si estuviera actuando un papel determinado en una obra de teatro que había olvidado completamente que estaba representando para una audiencia.

Teresa, por su parte en la casa de la congregación, enfrentaba dificultades que eran similares en su naturaleza aunque desde una perspectiva que era completamente diferente en sus circunstancias específicas. Había hablado con su directora espiritual sobre la situación que estaba enfrentando, sin mencionar el nombre de Martín de manera explícita pero describiendo con honestidad la naturaleza precisa del vínculo que se había desarrollado entre ellos y su confusión profunda sobre cómo debía proceder al respecto. La

directora, una mujer de setenta años de edad con décadas completas de experiencia en guiar a otras religiosas a través de diversas crisis vocacionales, había escuchado con atención sin emitir ningún juicio apresurado y luego había hecho una pregunta que Teresa no había esperado escuchar en ningún momento.

—¿Amas a este hombre del que me estás hablando?

Teresa había considerado la pregunta con toda la seriedad que merecía antes de ofrecer cualquier tipo de respuesta.

—Creo que sí lo amo de alguna manera. Pero no de una manera que requiera necesariamente una expresión física o una vida compartida en el sentido completamente convencional de esos términos. Es más bien que lo veo con una claridad que nunca he experimentado con ninguna otra persona en toda mi vida, y él me ve a mí de exactamente la misma manera, y esa visión mutua es tan profundamente satisfactoria que hace que absolutamente todo lo demás parezca superficial en comparación con ello.

—¿Y eso te parece que es incompatible con los votos que has hecho?

—No lo sé con ninguna certeza. Mis votos incluyen el celibato que yo entendía principalmente en términos de no tener ningún tipo de relaciones románticas o sexuales de carácter convencional. Pero esto no es exactamente eso en ningún sentido claro. O tal vez sí lo es exactamente eso y simplemente estoy racionalizando de manera conveniente porque no quiero renunciar a ello bajo ninguna circunstancia.

—O tal vez tus votos son más flexibles de lo que pensabas inicialmente cuando los hiciste y pueden acomodar formas de amor que no consideraste en absoluto cuando tomaste la decisión de hacerlos en aquel momento de tu vida.

La conversación con la directora espiritual había sido útil en muchos sentidos pero no había sido de ninguna manera concluyente en sus resultados. Teresa seguía sin saber con claridad qué era exactamente lo que debía hacer con respecto a la situación, oscilando de manera constante entre días en los que estaba completamente convencida de que debía terminar de forma definitiva su relación con Martín y días en los que pensaba que tal vez podían encontrar alguna manera de mantener la conexión que compartían dentro de ciertos límites que respetaran sus respectivos compromisos fundamentales.

Fue a finales del mes de julio, exactamente tres meses después de aquella conversación definitiva en el parque universitario, cuando Teresa finalmente se decidió sobre el curso de acción que debía seguir. Escribió una carta dirigida a Martín, manuscrita con cuidado en papel simple que no llevaba ningún tipo de membrete religioso, donde explicaba con toda la claridad posible que había llegado a una conclusión después de mucha reflexión sostenida y mucha oración sincera. La carta llegó a la oficina de Martín en el departamento de la universidad a principios del mes de agosto, reexpedida desde su apartamento personal donde la portera había anotado

cuidadosamente su dirección temporal de verano en el sobre antes de enviársela.

CAPÍTULO 5

LA CARTA

La carta llegó un martes a principios de agosto, reexpedida desde el apartamento de Martín a la dirección de la universidad donde pasaba las semanas de verano trabajando en su artículo sobre mística española que llevaba meses atrasado. El sobre era blanco y simple, sin membrete institucional, y la caligrafía en la dirección era la de Teresa, que Martín había aprendido a reconocer en los meses de intercambios ocasionales de notas sobre fechas de tertulias o referencias bibliográficas que ella pensaba podrían interesarle.

No abrió el sobre inmediatamente. Lo dejó sobre el escritorio de su oficina durante casi una hora mientras terminaba de revisar un capítulo que no estaba funcionando como esperaba, mientras preparaba café en la pequeña cafetera que mantenía para las tardes largas de trabajo, mientras miraba por la ventana hacia el campus casi vacío de estudiantes en agosto. Sabía que la carta era importante por el simple hecho de que Teresa había escrito después de tres meses de silencio deliberado, y quería estar en estado mental apropiado para leerla, fuera cual fuera el contenido.

Cuando finalmente la abrió, encontró tres páginas escritas en la caligrafía cuidadosa de Teresa, sin tachones ni correcciones, como si hubiera sido copiada en limpio después de varios borradores previos. La carta estaba fechada veintiocho de julio de mil novecientos ochenta y uno, lo cual significaba que Teresa había esperado varios días antes de enviarla, tal vez reconsiderando si realmente quería hacerlo.

Martín comenzó a leer de pie junto a la ventana, pero a mitad de la primera página se sentó en su silla porque las piernas le parecieron súbitamente poco confiables.

La carta comenzaba sin preámbulos sentimentales, directa de la manera que era característica de Teresa.

Querido Martín, escribía, he pasado tres meses en reflexión seria sobre lo que hablamos en abril. He orado, he consultado con mi directora espiritual sin mencionar tu nombre, he revisado una y otra vez los términos de mis votos tratando de entender qué permiten y qué prohíben realmente. Y he llegado a conclusión que tal vez te parezca extraña o insatisfactoria, pero que es la única honesta que puedo ofrecer.

Lo que siento por ti no es tentación contra la cual debo luchar. No es deseo de abandonar mi vocación religiosa ni fantasía de vida alternativa donde las circunstancias fueran diferentes. Es reconocimiento de compatibilidad profunda entre dos personas que, en otras circunstancias, podrían haber construido vida compartida con coherencia casi perfecta. Pero no estamos

en otras circunstancias. Estamos en estas circunstancias específicas donde yo tengo compromisos que hice cuando era persona diferente pero que sigo considerando válidos.

Martín detuvo la lectura por un momento para procesar lo que acababa de leer. Teresa no estaba diciendo que tenían que terminar la relación ni que lo que sentían era error que debía corregirse. Estaba diciendo algo más complejo y más difícil, que el reconocimiento era real pero que las circunstancias imponían límites que ella no estaba dispuesta a transgredir.

Continuó leyendo.

Durante estos tres meses he tratado de imaginar cómo sería no verte nunca más, eliminar completamente esta conexión de mi vida para evitar complicaciones. Y descubrí que eso sería mentira tan grande como sería mentira pretender que podemos tener relación romántica convencional ignorando mis votos. Ambas opciones requieren negar verdad sobre lo que existe entre nosotros.

Así que propongo tercera opción que no tiene nombre en ningún diccionario de afectos humanos pero que creo podría ser más honesta que las alternativas. Podemos seguir viéndonos. Podemos seguir hablando. Podemos permitirnos cuidar uno del otro de maneras que reconozcan la profundidad de lo que compartimos. Pero dentro de límites claros que respeten lo que cada uno ha elegido ser.

Propongo encuentros regulares pero espaciados. Tal vez una vez cada dos meses, no más frecuente porque frecuencia mayor haría difícil mantener límites apropiados. Propongo que esos encuentros sean en lugares públicos donde la tentación de intimidad física sea minimizada no por desconfianza en nosotros mismos sino porque reconocemos que somos humanos y que la cercanía física puede nublar el juicio. Propongo que seamos completamente honestos uno con el otro sobre lo que sentimos pero que no actuemos sobre esos sentimientos de maneras que requerirían que alguno de nosotros traicione compromisos fundamentales.

Lo que propongo es comunión sin posesión. Presencia sin invasión. Amor sin mentira sobre lo que ese amor puede y no puede ser dadas nuestras circunstancias reales.

Martín sintió algo en el pecho que era mitad dolor mitad alivio. Teresa estaba proponiendo exactamente lo que él mismo había deseado sin atreverse a articular, una manera de mantener la conexión sin destruir las estructuras de sus vidas respectivas, una forma de honrar tanto el reconocimiento mutuo como las realidades prácticas que hacían imposible expresarlo convencionalmente.

La carta continuaba.

Sé que esto puede parecer insuficiente. Sé que muchas personas dirían que si realmente nos amamos deberíamos estar dispuestos a sacrificar todo lo demás para estar juntos. Pero no creo que esa sea la única forma de amor

honesto. Creo que puede haber amor que se realiza precisamente en su renuncia a formas convencionales, amor que es más profundo porque acepta límites en lugar de tratar de destruirlos.

No te pido que respondas inmediatamente. Tómate el tiempo que necesites para considerar si esto es algo que puedes aceptar. Si decides que no, que prefieres terminar completamente nuestra relación porque mantenerla dentro de estos límites sería más doloroso que la ausencia total, lo entenderé sin resentimiento. Y si decides que sí, que esta forma extraña de estar juntos es mejor que no estar juntos en absoluto, entonces encontraremos manera de hacerlo funcionar con toda la honestidad y cuidado que ambos podamos reunir.

La carta terminaba con simplicidad que Martín encontró más conmovedora que cualquier declaración romántica elaborada.

He pensado en ti todos los días durante estos tres meses. He extrañado nuestras conversaciones con intensidad que me sorprende. Y he llegado a entender que renunciar a eso completamente sería traicionar algo verdadero por miedo a complejidad. Prefiero la complejidad honesta a la simplicidad mentirosa.

Con afecto profundo y esperanza de que podamos encontrar camino juntos, Teresa.

Martín leyó la carta tres veces completas antes de doblarla cuidadosamente y guardarla en el cajón superior de su escritorio donde sabía que podría encontrarla fácilmente cuando quisiera releerla, cosa que sospechaba haría muchas veces en los días siguientes. Se quedó sentado en su oficina mientras la tarde avanzaba hacia noche, sin encender las luces cuando oscureció, simplemente procesando lo que Teresa había escrito y lo que significaba para él.

Descubrió que no necesitaba tiempo para considerar su respuesta porque la respuesta era obvia desde el momento en que terminó de leer la primera página. Teresa había nombrado exactamente lo que él sentía pero no había sabido cómo articular, había ofrecido estructura para algo que parecía imposible de estructurar. La propuesta no era solución perfecta a dilema que enfrentaban, pero era solución honesta, y eso era más importante que perfección.

Esa misma noche, en su apartamento, Martín escribió respuesta que era más breve que la carta de Teresa pero que intentaba igualar su honestidad directa.

Querida Teresa, comenzaba, tu carta llegó hoy y la he leído múltiples veces tratando de encontrar alguna objeción razonable a lo que propones. No he podido encontrar ninguna, no porque la propuesta sea perfecta sino porque es la única que respeta tanto la verdad de lo que sentimos como las realidades de nuestras vidas tal como las hemos construido.

Acepto los términos que propones. Encuentros cada dos meses, lugares públicos, honestidad completa sobre lo que sentimos sin actuar sobre ello de maneras que comprometan tus votos o mi necesidad de mantener vida ordenada que funciona precisamente porque no incluye expectativas emocionales imposibles de cumplir.

Pero quiero añadir algo a tu propuesta. Quiero que sepamos desde el principio que esto será difícil. Habrá momentos en que los límites que establecemos se sentirán insoportables. Habrá tentación de transgredir esos límites con racionalización de que un poco más de cercanía no haría daño real. Y necesitaremos recordarnos mutuamente que los límites existen precisamente porque sin ellos esto se desintegraría en mentira que destruiría lo que estamos tratando de preservar.

También quiero que sepas que prefiero conocerte con verdad dentro de límites que poseerte con mentira sin ellos. Esta frase probablemente suena grandilocuente escrita así, pero es exactamente lo que siento y no encuentro manera más simple de expresarlo.

¿Cuándo podemos vernos para hablar sobre los detalles prácticos de cómo hacer funcionar esto? Sugiero que sea pronto, antes de que ambos tengamos demasiado tiempo para reconsiderar y asustarnos de lo que estamos intentando.

Con igual afecto y mayor esperanza de la que he sentido en meses, Martín.

Envío la carta al día siguiente por correo urgente a la dirección de la casa de congregación, y tres días después recibió llamada telefónica de Teresa a su oficina. Era viernes por la tarde y Martín estaba preparándose para irse cuando sonó el teléfono.

—Recibí tu carta.

La voz de Teresa sonaba diferente por teléfono, más íntima de alguna manera que en persona, tal vez porque la ausencia de contacto visual eliminaba una capa de formalidad que normalmente mantenían.

—¿Y?

—Y creo que deberíamos encontrarnos para discutir los detalles como sugeriste. ¿Estás libre mañana por la tarde?

—Completamente libre.

—Hay jardín botánico en las afueras de la ciudad que casi nunca tiene mucha gente. Podríamos caminar allí y hablar sin interrupciones.

—¿A qué hora?

—¿Tres de la tarde? Podemos encontrarnos en la entrada principal.

—Ahí estaré.

Hubo pausa breve antes de que Teresa hablara nuevamente, con tono que era casi tímido.

—Martín, gracias por entender lo que estaba tratando de decir en la carta. Tenía miedo de que pensaras que estaba siendo ridícula o cobarde.

—No eres ninguna de las dos cosas. Eres la persona más honesta que conozco.

—Eso es mucha presión.

—Lo sé. Pero es verdad de todas formas.

Se despidieron con acuerdo de verse al día siguiente, y Martín colgó el teléfono sintiendo mezcla de anticipación y aprensión que no había experimentado desde adolescencia. Estaba a punto de embarcarse en forma de relación que no tenía precedentes en su experiencia ni, sospechaba, en la experiencia de la mayoría de las personas. No había mapa para esto, no había reglas establecidas excepto las que ellos mismos crearían.

El sábado amaneció con cielo despejado y temperatura agradable de finales de verano. Martín llegó al jardín botánico quince minutos antes de la hora acordada, nervioso de manera que le parecía absurda dadas las circunstancias pero que no podía evitar. Teresa apareció exactamente a las tres, caminando desde la parada de autobús con vestido simple de algodón azul y bolsa de tela que llevaba siempre para sus libros.

Se saludaron con cierta torpeza, sin saber exactamente qué nivel de afecto físico era apropiado. Finalmente se dieron la mano brevemente, gesto que era simultáneamente demasiado formal y demasiado cargado de significado.

Compraron entradas y comenzaron a caminar por los senderos del jardín que estaba, como Teresa había predicho, casi vacío excepto por algunas familias con niños pequeños y parejas de ancianos que caminaban lentamente disfrutando el clima. Pasaron primero por sección de rosas que estaban en plena floración, luego por invernadero con plantas tropicales que creaban atmósfera húmeda y opresiva de la cual salieron aliviados hacia jardín japonés con estanque pequeño y puente de madera.

Durante la primera media hora hablaron de cosas generales, actualizándose sobre lo que había pasado en sus vidas durante los tres meses de separación. Teresa contó sobre crisis en el orfanato cuando uno de los niños mayores había huido y pasado tres días en la calle antes de que policía lo encontrara y devolviera. Martín habló sobre conferencia a la que había asistido donde presentó versión preliminar de su artículo sobre mística y recibió críticas que, aunque constructivas, requerirían revisión sustancial del argumento central.

Fue solo después de que establecieron ritmo cómodo de conversación que Teresa abordó el tema que realmente los había reunido.

—Necesitamos ser muy específicos sobre los límites. No podemos dejar esto ambiguo porque la ambigüedad nos dará espacio para racionalizar transgresiones.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué propones?

—Encuentros cada dos meses como dije en la carta. Siempre en lugares públicos. Conversaciones sobre lo que sea que nos importe discutir sin autocensura excepto en temas que obviamente cruzarían líneas inapropiadas. Y honestidad completa sobre lo que sentimos pero sin convertir esos sentimientos en demandas o expectativas que el otro no puede cumplir.

—¿Y qué pasa con contacto físico?

Teresa consideró la pregunta seriamente.

—Creo que debemos mantenerlo al mínimo. Apretones de manos al saludarnos y despedirnos está bien. Abrazo ocasional si las circunstancias lo ameritan, pero no como costumbre. Cualquier cosa más allá de eso se vuelve peligroso no porque sea malo en sí mismo sino porque hace difícil mantener claridad sobre naturaleza de nuestra relación.

—¿Y correspondencia entre encuentros?

—Me parece apropiada. Cartas cuando alguno de nosotros tenga algo sustancial que compartir. No llamadas telefónicas frecuentes porque eso crearía dependencia emocional diaria que sería inapropiada.

Martín asintió mientras caminaban, pensando en cada punto que Teresa estaba estableciendo.

—Una cosa más. Necesitamos revisar estos términos periódicamente. Si en algún momento alguno de nosotros siente que esto se ha vuelto insostenible, que el dolor de límites es mayor que beneficio de conexión, necesitamos ser capaces de decirlo sin culpa.

—Estoy de acuerdo. Esto solo funciona si ambos elegimos activamente mantenerlo, no si se convierte en obligación que cumplimos por inercia.

Se sentaron en banco junto al estanque del jardín japonés y continuaron elaborando detalles prácticos de su acuerdo durante otra hora. Discutieron qué dirían si alguien preguntaba sobre naturaleza de su relación, acordando que la respuesta honesta era que eran amigos con intereses intelectuales compartidos, lo cual era verdad aunque no verdad completa. Discutieron cómo manejar situaciones donde pudieran coincidir en eventos sociales más amplios, acordando que se saludarían normalmente sin evitarse ni buscar excusa para pasar tiempo adicional juntos.

Cuando finalmente se levantaron del banco para comenzar a caminar de regreso hacia la salida, Martín sentía que habían logrado algo extraordinario. Habían tomado situación que parecía imposible de navegar y la habían convertido en estructura manejable mediante honestidad rigurosa y disposición a aceptar límites dolorosos.

Antes de separarse en la entrada del jardín, Teresa dijo algo que Martín guardaría como confirmación de que habían hecho lo correcto.

—Sé que esto no es lo que la mayoría de las personas considerarían satisfactorio. Sé que habrá momentos en que nos arrepentiremos de haber

elegido esto en lugar de simplicidad de no tener relación o transgresión de límites que hemos establecido. Pero creo que es la única manera de ser fieles tanto a lo que sentimos como a lo que somos.

—Estoy de acuerdo. Y creo que dentro de veinte años, si logramos mantener esto, miraremos atrás y veremos que fue decisión correcta precisamente porque fue difícil.

Se despidieron con apretón de manos que duró fracción de segundo más de lo estrictamente necesario, y luego cada uno se fue en su dirección, Teresa hacia parada de autobús y Martín caminando hacia donde había estacionado el coche que raramente usaba pero que había traído específicamente para este encuentro.

En las semanas siguientes, Martín revisaba periódicamente la carta de Teresa que guardaba en su escritorio, releendo especialmente la frase sobre comunión sin posesión que se había convertido en definición de lo que estaban intentando construir. No era relación que pudiera explicar fácilmente a otros ni que tuviera precedentes claros en su experiencia o en literatura que había leído. Pero era honesta de manera que pocas relaciones lograban ser, y esa honestidad valía más que comodidad de categorías convencionales.

Habían dado nombre a lo innombrable, o tal vez habían decidido que no necesitaba nombre convencional para ser real y válido. Y con eso, comenzaba capítulo de sus vidas que duraría décadas y que los cambiaría a ambos de maneras que ninguno podía anticipar completamente en ese momento de agosto de mil novecientos ochenta y uno cuando acordaron términos de relación que desafiaría toda explicación simple.

CAPÍTULO 6

LOS AÑOS CONTENIDOS

Los cinco años que siguieron al acuerdo del jardín botánico establecieron ritmo de vida que ninguno de los dos había anticipado podría sostener con tanta consistencia. Cada dos meses, con la regularidad de ceremonia secular que ambos guardaban con más rigor que la mayoría de las personas guardan obligaciones religiosas, Martín y Teresa se encontraban en algún lugar público de la ciudad para conversar durante dos o tres horas antes de separarse nuevamente hacia sus vidas respectivas.

Los lugares variaban según la estación y las circunstancias. En invierno preferían cafés tranquilos donde podían sentarse junto a ventanas observando la lluvia o la nieve mientras hablaban. En primavera y verano elegían parques o jardines donde podían caminar por senderos sombreados. Ocasionalmente se encontraban en museos o galerías cuando había exposición que a ambos les interesaba, usando el arte como punto de partida para conversaciones que invariablemente derivaban hacia temas más personales.

Nunca faltaron a uno de estos encuentros programados. Hubo ocasiones en que alguno de los dos estaba enfermo o tenía compromiso que habría sido razonable usar como excusa para cancelar, pero encontraban manera de reorganizar en lugar de simplemente posponer indefinidamente. Los encuentros se habían convertido en ancla temporal alrededor de la cual organizaban todo lo demás, y cancelar uno habría sido admitir que su acuerdo era opcional en lugar de fundamental.

Las conversaciones seguían siendo extraordinarias en su profundidad y honestidad. Teresa hablaba con Martín sobre aspectos de su vida en la congregación que no compartía con sus hermanas de comunidad, no porque estuviera traicionando confidencias sino porque Martín entendía matices que personas completamente inmersas en vida religiosa a menudo no podían ver. Hablaba sobre tensiones entre diferentes visiones de la vocación religiosa, sobre momentos de duda cuando se preguntaba si realmente estaba haciendo diferencia significativa en las vidas de los niños del orfanato o si simplemente estaba aplicando vendas temporales a problemas estructurales que requerían soluciones que ninguna congregación podía proporcionar.

Martín, por su parte, compartía con Teresa frustraciones de vida académica que raramente articulaba con colegas porque habría parecido deslealtad profesional o simple ingratitud por tener trabajo estable cuando tantos doctores en humanidades no encontraban posiciones permanentes. Hablaba sobre sensación de estar produciendo investigación que solo leían otros diez especialistas en campo igualmente arcano, sobre pregunta persistente de si dedicar vida a estudiar literatura del siglo dieciséis era forma válida de contribuir al mundo o simple indulgencia intelectual sofisticada.

Pero también había alegría en estos encuentros, no solo gravedad de cuestionamientos existenciales. Reían juntos con frecuencia, compartían observaciones sobre absurdidades de sus respectivos mundos, descubrían continuamente nuevas afinidades en lecturas o experiencias que luego traían a sus conversaciones. Había placer genuino en la compañía del otro que no requería justificación mediante profundidad filosófica constante.

En primavera de mil novecientos ochenta y tres, Martín mencionó casi casualmente que había comenzado a salir con Ifigenia, profesora de historia medieval en su departamento que había mostrado interés persistente en él durante años. Teresa preguntó cómo se sentía al respecto y Martín respondió con honestidad que caracterizaba todos sus intercambios.

—Es compañía agradable. Conversación inteligente. Cierta compatibilidad en intereses académicos. Pero no hay profundidad real. Cuando estoy con ella me doy cuenta de que estoy actuando papel de hombre en relación en lugar de simplemente siendo yo mismo.

—¿Y ella lo nota?

—Probablemente. Ifigenia no es tonta. Creo que ambos sabemos que esto no va a ninguna parte pero que por ahora es mejor que soledad completa.

Teresa consideró esto antes de responder.

—¿Te molesta que no sea lo que tenemos nosotros?

—No exactamente. Sería injusto comparar cualquier relación convencional con lo que tú y yo hemos construido. Lo que tenemos es tan inusual que usarlo como estándar de comparación condenaría todo lo demás a parecer insuficiente.

—Pero aun así te parece insuficiente.

—Sí. Y no sé si eso dice algo sobre Ifigenia o sobre mí o simplemente sobre imposibilidad de replicar algo que por definición es único.

La relación con Ifigenia duró ocho meses y terminó de mutuo acuerdo sin drama particular. Martín no compartió con Teresa todos los detalles de por qué terminó, pero ella entendió sin necesidad de explicaciones elaboradas que comparación implícita con lo que él y Teresa tenían había hecho imposible que la relación con Ifigenia prosperara.

Fue durante este periodo que Teresa enfrentó su propia crisis, aunque de naturaleza diferente. En otoño de mil novecientos ochenta y cuatro tuvo serie de conversaciones difíciles con su directora espiritual sobre si realmente estaba viviendo su vocación con integridad o si estaba usando estructura de congregación como refugio cómodo que le permitía evitar preguntas más difíciles sobre qué tipo de vida querría si tuviera completa libertad de elegir.

Compartió estas dudas con Martín durante encuentro en noviembre, caminando por parque que ya había perdido todas sus hojas y donde árboles desnudos creaban geometrías austeras contra cielo gris.

—Mi directora me preguntó algo que no he podido dejar de pensar. Me preguntó si parte de por qué me quedé en la congregación es porque te conocí a ti. Si tenerte como presencia en mi vida, aunque sea de esta manera limitada, hace más tolerable renunciar a posibilidad de relación convencional.

—¿Y qué respondiste?

—Que probablemente sí, que es factor. Pero que no creo que sea único factor ni siquiera el principal. Creo que mi vocación era genuina antes de conocerte y sigue siendo genuina ahora. Lo que has agregado es dimensión de vida interior que me hace mejor religiosa, no peor.

—¿Tu directora estuvo de acuerdo con esa evaluación?

—No completamente. Dijo que debería considerar seriamente si estoy usando nuestra relación como sustituto de intimidad real que mis votos me piden renunciar. Que tal vez estoy cumpliendo letra de mis votos mientras violo espíritu.

Martín sintió algo parecido a miedo ante esa sugerencia.

—¿Crees que tiene razón?

Teresa se detuvo en el sendero y se volvió para mirarlo directamente.

—No. Creo que está aplicando interpretación estrecha de votos que no toma en cuenta complejidades reales de vida humana. Mis votos incluyen celibato que entendía principalmente como no tener relaciones románticas o sexuales convencionales. Lo que tenemos no es eso. Es comunión de tipo diferente que no viola mis compromisos sino que los cumple de manera que no anticipé cuando los hice.

—¿Y ella aceptó esa respuesta?

—Con reservas. Me pidió que continuara discerniendo y que estuviera alerta a cualquier señal de que esta relación estuviera comprometiendo mi capacidad de servir adecuadamente. Lo cual me parece razonable.

Continuaron caminando en silencio durante varios minutos. Finalmente Martín habló con voz que era cuidadosamente neutral.

—¿Alguna vez has considerado dejar la congregación?

—He considerado casi todo en algún momento durante estos años. Pero cada vez que realmente examino la pregunta, llego a misma conclusión. Mi vida en congregación me da estructura y propósito que no creo podría encontrar en vida secular, incluso si eso significara que tú y yo pudiéramos tener relación convencional.

—No te estoy pidiendo que la dejes.

—Lo sé. Pero es importante que sepas que he considerado esa posibilidad honestamente y he elegido quedarme no por cobardía sino por reconocimiento de que esta es vida correcta para mí.

Durante los años siguientes, el tema de vocación de Teresa y naturaleza de su relación con Martín surgió ocasionalmente en sus conversaciones, pero nunca con urgencia de crisis. Habían encontrado equilibrio que funcionaba para ambos, aunque ese equilibrio requería mantenimiento constante y disposición a reconsiderar términos cuando circunstancias cambiaban.

Las cartas entre encuentros se convirtieron en elemento crucial de su relación. Martín guardaba cada carta que Teresa le enviaba en la caja de madera en su apartamento, y ella hacía lo mismo con las suyas. No se escribían con frecuencia, tal vez una o dos cartas entre cada encuentro, pero cuando lo hacían las cartas contenían reflexiones que habían estado desarrollando en soledad y que querían compartir con única persona que entendería completamente.

En una carta de primavera de mil novecientos ochenta y cinco, Teresa escribió algo que Martín consideró definición perfecta de lo que habían construido.

He estado pensando sobre diferencia entre soledad y estar solo. Antes de conocerte, incluso rodeada de mis hermanas en comunidad, experimentaba soledad profunda que era ausencia de ser vista completamente. Ahora, incluso cuando paso semanas sin verte, no experimento esa soledad porque sé que existes, que me ves, que nuestra próxima conversación está

esperando en futuro cercano. He intercambiado soledad constante por estar sola frecuentemente, y es intercambio que haría mil veces.

Martín respondió con carta igualmente honesta sobre cómo su vida había cambiado desde que acordaron términos de su relación.

Descubrí que puedo vivir con limitaciones que antes habría considerado intolerables porque las limitaciones tienen propósito claro. No estoy privándome de intimidad por principio abstracto ni por miedo a compromiso. Estoy eligiendo forma específica de intimidad que respeta quiénes somos realmente en lugar de quiénes podríamos ser en circunstancias completamente diferentes. Hay dignidad en esa elección que hace que limitaciones sean aceptables.

Los años continuaron con su ritmo establecido. Se encontraban cada dos meses, escribían cartas ocasionales, mantenían vidas separadas que se intersectaban regularmente sin fusionarse. Amigos de Martín sabían que tenía amiga religiosa con quien se encontraba periódicamente pero asumían era amistad espiritual piadosa. Hermanas de Teresa sabían que tenía amigo intelectual pero asumían era contacto útil para trabajo social de congregación.

Nadie veía verdad completa, que estos dos se amaban con intensidad que rivaliza con cualquier matrimonio pero que habían elegido deliberadamente no vivir ese amor de manera convencional porque hacerlo requeriría que uno o ambos traicionaran verdad fundamental sobre quiénes eran.

En primavera de mil novecientos ochenta y siete, durante uno de sus paseos por jardín botánico que había sido escenario de su primer encuentro después del acuerdo, Teresa hizo observación que capturaba perfectamente naturaleza de lo que habían sostenido durante cinco años.

—Nuestra relación es como contrapunto musical. Dos líneas melódicas independientes que mantienen su integridad individual pero que crean armonía precisamente porque no se fusionan en una sola línea.

Martín consideró la metáfora.

—Bach habría aprobado.

—Bach entendía que belleza más profunda emerge de restricción formal, no de libertad sin límites.

—¿Crees que lo que tenemos es bello?

Teresa lo miró con expresión que era completamente seria.

—Creo que lo que tenemos es lo más bello que he conocido precisamente porque es lo más honesto. No hemos mentido ni una sola vez en cinco años sobre lo que sentimos o lo que es posible. Eso es rarísimo en cualquier relación humana.

—Tienes razón. Y es suficiente.

—No siempre se siente suficiente.

—No. Pero es verdadero, que es más importante que suficiente.

Se sentaron en banco junto al estanque donde habían acordado los términos iniciales de su relación cinco años atrás. Martín notó que Teresa había envejecido levemente, líneas finas alrededor de sus ojos que no estaban antes, algunas canas entre el cabello oscuro. Él también había envejecido, su cabello definitivamente más gris ahora que cuando se conocieron, su rostro mostrando acumulación de años de manera que ya no podía ignorar.

—¿Crees que podremos sostener esto durante décadas más? —preguntó Teresa.

—No lo sé. Pero creo que mientras ambos elijamos activamente mantenerlo, mientras no se convierta en obligación que cumplimos por inercia, sí podemos.

—Yo sigo eligiéndolo.

—Yo también.

Era confirmación que necesitaban periódicamente, reconocimiento explícito de que lo que habían construido requería renovación constante de compromiso porque no tenía inercia social de instituciones convencionales que mantienen relaciones funcionando incluso cuando participantes ya no están completamente presentes.

Los cinco años habían sido exitosos según cualquier medida honesta. Habían mantenido términos del acuerdo sin transgresiones significativas. Habían profundizado su conocimiento mutuo de maneras que pocas relaciones convencionales logran. Habían encontrado paz en limitaciones que al principio parecían imposibles de aceptar.

Pero también habían pagado precio. Había noches cuando Martín se quedaba despierto deseando poder llamar a Teresa para compartir pensamiento que no podía esperar dos semanas hasta próxima carta. Había momentos cuando Teresa experimentaba algo en el orfanato que quería discutir inmediatamente con única persona que entendería completamente pero que tenía que guardarlo hasta próximo encuentro programado.

Habían aprendido a vivir con ese precio, reconociendo que era costo necesario de mantener integridad de lo que habían elegido. Y cuando se sentaban juntos cada dos meses y las conversaciones fluían con facilidad que nunca disminuía, sabían que el precio valía lo que recibían a cambio.

Al final de ese encuentro de primavera en mil novecientos ochenta y siete, mientras se preparaban para separarse nuevamente, Martín dijo algo que había estado pensando durante semanas.

—Gracias por no haberte rendido con esto. Sé que ha sido difícil de maneras que probablemente nunca discutimos completamente.

—Gracias a ti por lo mismo. Y por nunca presionarme para que fuera algo diferente de lo que acordamos que sería.

Se despidieron con apretón de manos que se había convertido en ritual de cierre de cada encuentro, contacto físico mínimo que contenía más afecto

que mayoría de abrazos efusivos. Y luego cada uno se fue hacia su vida separada, llevando consigo memoria de horas compartidas que sostendría hasta próximo encuentro dos meses después.

CAPÍTULO 7

LA CRISIS

La carta de la madre provincial llegó en el mes de febrero del año mil novecientos ochenta y ocho, justo después de que Teresa regresara de uno de sus encuentros bimensuales con Martín que mantenían con una regularidad notable. La encontró esperando en su habitación cuando subió después de cenar con sus hermanas de comunidad en el comedor común, un sobre blanco con el sello oficial de la provincia impreso en la esquina superior que indicaba claramente que contenía algo más formal que la correspondencia rutinaria que recibía de manera habitual.

Teresa la abrió de pie junto a la ventana de su habitación que daba hacia el jardín interior de la casa de la congregación, y leyó su contenido completo dos veces seguidas antes de sentarse en la silla que estaba ubicada junto a su escritorio simple donde guardaba sus libros de teología y los cuadernos donde tomaba notas detalladas sobre las lecturas que luego compartía con Martín en sus conversaciones.

La madre provincial, que había sido transferida de manera reciente desde otra ciudad de la provincia y a quien Teresa conocía solamente de nombre y por su reputación general, escribía para informarle que la congregación estaba expandiendo su trabajo misionero en América Latina y que necesitaban religiosas con experiencia administrativa comprobada para establecer nuevos orfanatos en tres ciudades diferentes de Colombia. La madre provincial había revisado de manera cuidadosa los archivos de todas las hermanas de la provincia y consideraba que Teresa tenía exactamente la combinación específica de competencia organizativa y experiencia práctica que el proyecto ambicioso requería para tener éxito.

La invitación era para comprometerse de manera inicial por un período de tres años completos, con la posibilidad clara de una extensión adicional si el trabajo así lo requería en el futuro. La partida hacia Colombia estaba programada para el mes de junio de ese mismo año, lo cual le daba aproximadamente cuatro meses completos para la preparación necesaria y para la transferencia ordenada de sus responsabilidades actuales en el orfanato donde trabajaba. La carta terminaba señalando de manera explícita que esto representaba una oportunidad significativa de servicio que estaba completamente alineada con la misión original de la congregación tal como había sido establecida por su fundadora, y que la madre provincial esperaba recibir una respuesta definitiva antes de finales del mes de marzo para poder hacer todos los arreglos necesarios si Teresa decidía aceptar la invitación.

Teresa dejó la carta sobre la superficie del escritorio y se quedó mirando por la ventana hacia el jardín donde los primeros brotes de la primavera comenzaban a aparecer de manera visible en los árboles que habían estado completamente desnudos durante todo el largo invierno. Sabía de manera inmediata que esta invitación representaba exactamente el tipo de crisis que había temido de manera latente desde que ella y Martín habían establecido los términos específicos de su relación siete años atrás.

No podía negar de ninguna manera honesta que la oferta que le estaban haciendo era completamente coherente con absolutamente todo lo que había dicho durante años sobre sus prioridades vocacionales más profundas. Durante todos aquellos años había hablado de manera consistente sobre la importancia fundamental del servicio directo a las poblaciones más vulnerables, sobre la necesidad urgente de expandir el alcance del trabajo caritativo más allá de los límites relativamente cómodos de la ciudad europea donde la congregación tenía recursos bien establecidos desde hacía décadas. Rechazar esta oportunidad única por razones que fueran puramente personales, específicamente porque significaría no poder ver a Martín durante varios años completos, parecería traicionar de manera directa precisamente los mismos principios que ella había usado repetidamente para justificar su decisión de quedarse en la congregación cuando había considerado otras opciones posibles en momentos anteriores.

Pero también sabía, con la honestidad brutal que había aprendido a mantener de manera constante incluso cuando resultaba profundamente incómoda de sostener, que perder el contacto regular con Martín sería perder algo que se había vuelto absolutamente esencial para su equilibrio interior de maneras que iban mucho más allá de lo que sería una simple preferencia personal de carácter superficial. No era una dependencia enfermiza de ninguna manera, se decía a sí misma de forma repetida, sino el reconocimiento claro de que esta relación particular la sostenía de formas fundamentales que la oración regular y la comunidad religiosa no podían replicar de manera completa por sí mismas.

Pasó dos semanas completas considerando la decisión en una soledad casi total antes de hablar con nadie sobre el dilema que enfrentaba. Revisó con cuidado sus compromisos vocacionales más profundos, releyó los votos que había hecho quince años atrás cuando entró por primera vez a la congregación, trató de discernir con una honestidad que era casi brutal si quedarse en lugar de aceptar la misión sería una fidelidad legítima a lo que realmente necesitaba o si sería simplemente una autoindulgencia egoísta que estaba siendo disfrazada de manera conveniente como un proceso de discernimiento espiritual.

Finalmente decidió que necesitaba hablar directamente con Martín antes de tomar cualquier decisión que fuera verdaderamente final, aunque eso violaba de manera ligera sus reglas establecidas sobre no depender de él de forma excesiva para las decisiones importantes sobre su vida vocacional. Pero esta situación era completamente diferente de cualquier otra anterior,

se dijo a sí misma, porque la decisión que debía tomar afectaría de manera directa su relación de una manera en que muy pocas otras decisiones en su vida podrían llegar a hacerlo.

Le escribió una carta breve pidiendo que se encontraran antes de su próxima cita que ya estaba programada en el calendario, explicando de manera sucinta que había surgido una situación que necesitaba discutir con él con cierta urgencia que no podía esperar. Martín respondió de manera inmediata sugiriendo que se encontraran ese mismo fin de semana en el café donde habían pasado aquella tarde memorable bajo la lluvia varios años atrás, un lugar que ambos asociaban de manera natural con conversaciones que eran particularmente honestas en su naturaleza.

Cuando se encontraron finalmente el sábado por la tarde en el lugar acordado, Teresa notó de manera inmediata que Martín parecía estar preocupado de una manera que era inusual en él, como si hubiera pasado todos los días desde que recibió su carta imaginando qué podría ser lo suficientemente urgente como para romper el ritmo tan cuidadosamente establecido de sus encuentros regulares.

Se sentaron en la misma mesa junto a la ventana que habían ocupado aquella tarde memorable del mes de octubre siete años atrás, y Teresa le explicó la situación completa sin ningún tipo de preámbulos innecesarios que solo servirían para dilatar lo inevitable. Martín escuchó con atención completa sin interrumpir en ningún momento hasta que ella terminó de describir de manera detallada tanto la oferta que había recibido como el plazo establecido para tomar una decisión definitiva al respecto.

—¿Qué es lo que quieres hacer realmente? —preguntó finalmente cuando ella terminó de hablar.

—No lo sé con ninguna certeza todavía. Por eso mismo es que necesitaba hablar contigo antes de poder decidir nada.

—¿Qué es lo que dice tu directora espiritual sobre esta situación?

—Todavía no he hablado con ella sobre este tema específico. Quería hablar contigo primero antes de consultar con nadie más.

Martín la miró con una expresión que resultaba difícil de interpretar de manera completa en aquel momento preciso.

—¿Por qué decidiste hacer eso de esa manera?

—Porque esta decisión en particular te afecta de manera directa de una forma en que muy pocas otras decisiones en mi vida podrían hacerlo. Y porque necesito saber qué es lo que tú piensas sobre esto antes de poder pensar con verdadera claridad sobre lo que yo misma siento al respecto.

—No puedo decirte qué es lo que debes hacer, Teresa. Cualquier cosa que yo diga al respecto estará completamente contaminada por el hecho completamente obvio de que no quiero que te vayas a ninguna parte.

—Lo sé perfectamente bien. Pero aun así puedes ayudarme a pensar con mayor claridad sobre lo que significaría realmente cada una de las opciones que tengo disponibles.

Martín tomó su café que se había enfriado de manera considerable mientras hablaban sobre el tema, y lo dejó nuevamente sobre la mesa sin llegar a beberlo realmente.

—Está bien entonces. Déjame intentar articular esto de la manera más clara posible sin que mis preferencias personales obvias contaminen de forma completa el análisis que puedo ofrecerte. Si decides ir a Colombia, esa decisión sería completamente coherente con absolutamente todo lo que has dicho durante años sobre tus prioridades vocacionales más profundas. Sería un servicio real y concreto en lugar de simplemente teoría abstracta sobre el servicio a los demás. Y te alejaría de lo que podríamos llamar de manera honesta la zona de comodidad emocional que hemos construido de forma cuidadosa durante todos estos años.

Teresa asintió con la cabeza, reconociendo de manera explícita exactamente lo que Martín estaba diciendo con aquellas palabras.

—¿Y si decido quedarme aquí en lugar de ir?

—Si te quedas, necesitas ser completamente honesta contigo misma sobre las razones reales que están detrás de esa decisión. No puedes decirte a ti misma que es porque el trabajo aquí en la ciudad todavía requiere tu presencia de manera esencial o que no eres la persona adecuada para la misión en Colombia por alguna razón técnica. Tienes que admitir de manera clara que es, al menos de forma parcial, porque no quieres perder el contacto regular conmigo que hemos mantenido durante todos estos años.

—¿Y eso te parece que sería una forma de autoindulgencia inaceptable de mi parte?

Martín consideró la pregunta con toda la seriedad evidente que merecía recibir antes de ofrecer cualquier tipo de respuesta.

—No necesariamente en todos los casos. Depende completamente de cómo entiendas la naturaleza verdadera de tu vocación religiosa. Si crees que la vocación religiosa requiere de manera absoluta que sacrifiques todo lo que es personal por el bien abstracto de principios generales, entonces sí, quedarte sería definitivamente una forma de autoindulgencia que estarías cometiendo. Pero si crees que la vocación puede incluir de manera legítima el reconocimiento de ciertas necesidades humanas que son genuinas, incluyendo la necesidad fundamental de una conexión profunda con una persona específica, entonces quedarte podría ser una forma de honrar una vocación que es más completa porque incluye tu humanidad real en lugar de negarla de manera sistemática.

Teresa sintió algo que se parecía mucho al alivio ante esa reformulación que Martín acababa de ofrecer de la situación.

—Mi directora espiritual probablemente me diría que eso es una racionalización que resulta demasiado conveniente para mis intereses personales.

—Tal vez lo sea en efecto. O tal vez tu directora trabaja con un modelo de santidad que es demasiado estrecho para acomodar de manera genuina las complejidades que son propias de la vida real tal como se vive. No todos los santos reconocidos por la iglesia fueron ascetas extremos que renunciaron a absolutamente todo contacto humano que fuera significativo en algún sentido.

—Pero tampoco tuvieron el tipo de relaciones como la nuestra que estamos manteniendo.

—¿Cómo puedes saber eso con certeza absoluta? La gran mayoría de las amistades profundas entre personas religiosas y personas laicas no quedaron documentadas de ninguna manera porque nadie pensó que valía la pena registrarlas para la posteridad. Solo conocemos las vidas de los santos tal como fueron narradas de manera selectiva por los hagiógrafos que tenían un interés muy claro en presentar cierto tipo de narrativa edificante que servía a propósitos institucionales específicos.

Teresa sonrió de manera leve ante el argumento que acababa de escuchar, reconociendo de forma clara que Martín estaba usando su formación académica completa para darle un permiso que ella misma no se atrevía a tomarse de ninguna manera.

—Estás siendo muy generoso al ofrecerme un marco teórico elaborado que justifica de manera conveniente que me quede aquí contigo.

—Estoy siendo completamente egoísta en mis motivaciones. Pero también estoy siendo completamente honesto sobre lo que creo que es verdadero en esta situación. Pienso que lo que tenemos entre nosotros es una parte fundamental de tu vocación de la misma manera que lo es el servicio en el orfanato donde trabajas. No en lugar de ese servicio, sino junto a él de manera complementaria. Y renunciar a esto por una idea completamente abstracta del sacrificio sería traicionar algo que es genuinamente verdadero por algo que solamente suena virtuoso de manera superficial.

Teresa se quedó en silencio completo durante varios minutos largos, procesando de manera cuidadosa todo lo que Martín acababa de decir con tanta claridad. Finalmente habló con una voz que era casi un susurro apenas audible.

—Si decido quedarme en lugar de ir, tengo que poder vivir con esa decisión sin ningún resentimiento persistente ni culpa constante que me corroa por dentro. Tengo que creer de manera genuina que es la elección correcta en todos los sentidos, no simplemente la más cómoda de las opciones disponibles.

—¿Y crees sinceramente que puedes lograr eso?

—Creo que sí puedo. Pero necesito hablar con mi directora espiritual para verificar de manera externa que no estoy simplemente racionalizando de forma conveniente lo que quiero hacer de todas formas sin importar las consecuencias.

—Eso me parece completamente apropiado como proceso de discernimiento.

Se quedaron sentados en el café durante otra hora completa más allá de aquel punto, hablando sobre los detalles prácticos de cómo Teresa presentaría su decisión final a la madre provincial si decidía rechazar la oferta que le habían hecho, sobre cómo manejaría la posible presión institucional para reconsiderar su decisión, sobre si habría consecuencias negativas para su posición dentro de la congregación si se percibía que estaba priorizando sus preferencias personales sobre las necesidades institucionales que eran más amplias.

Cuando finalmente se despidieron con el acuerdo explícito de que Teresa tomaría dos semanas más para la reflexión final antes de dar una respuesta que fuera definitiva, Martín hizo algo que era completamente inusual en el contexto de su relación. En lugar de solamente estrechar su mano como era su costumbre establecida desde hacía años, la abrazó de manera breve pero clara, un gesto de apoyo que violaba de forma técnica sus reglas estrictas sobre el contacto físico mínimo pero que en aquel momento parecía ser exactamente lo apropiado para la situación.

—Cualquier decisión que tomes al final, la respeto de manera completa. Solo quiero que sepas eso con toda claridad.

—Lo sé perfectamente. Y eso es lo que hace que esto sea simultáneamente más difícil y más fácil de lo que sería de otra manera.

Teresa habló con su directora espiritual durante la semana siguiente, presentando el dilema completo con una honestidad absoluta sobre sus razones verdaderas para querer quedarse en lugar de aceptar la misión. La directora, para la sorpresa considerable de Teresa, fue mucho menos crítica de lo que ella había anticipado que sería.

—Has estado en la congregación durante quince años completos. Has servido de manera fiel y con una competencia notable durante todo ese tiempo. Si decides que esta misión particular no es para ti en este momento de tu vida, tienes el derecho completo de decir que no sin experimentar una culpa excesiva que no tiene fundamento real.

—¿Incluso si la razón principal para rechazar la oferta es una relación personal que técnicamente no debería existir según una interpretación estricta de mis votos?

La directora sonrió con una expresión que mezclaba la comprensión profunda con una leve exasperación que era evidente.

—Teresa, tengo setenta años de edad y he dirigido espiritualmente a docenas de religiosas diferentes durante mi vida larga. Sé perfectamente cómo reconocer cuándo una relación es destructiva para la vocación de una

persona y cuándo es sostenedora de esa vocación de maneras fundamentales. Lo que tú tienes con este hombre, sea lo que sea exactamente en sus detalles específicos, te ha hecho una mejor religiosa durante todos estos años, no una peor religiosa de ninguna manera. Eres más equilibrada en todos los aspectos, más capaz de sostener las tensiones inevitables del trabajo que realizas, más humana en tu trato con los niños del orfanato porque no estás tratando de ser una santa imposible sino una mujer real que elige el servicio dentro de sus capacidades humanas que son inevitablemente limitadas.

—¿Entonces crees sinceramente que debería quedarme?

—Creo que deberías tomar la decisión que te permita vivir con una integridad genuina en todos los aspectos de tu vida. Si eso significa quedarte porque necesitas esta relación particular para mantener el equilibrio que hace posible tu servicio efectivo, entonces quédate sin ninguna duda. Pero hazlo con una claridad completa sobre las razones verdaderas, no con culpa persistente ni con la sensación constante de que estás comprometiendo tu vocación de alguna manera fundamental.

Armada con esa conversación que le había dado una perspectiva completamente nueva, Teresa escribió su respuesta a la madre provincial a finales del mes de marzo, agradeciendo de manera sincera la confianza que había sido depositada en ella pero explicando que después de un discernimiento cuidadoso y prolongado sentía que su trabajo en el orfanato actual todavía requería su presencia de manera esencial y que no era el momento apropiado para una transferencia hacia un contexto completamente nuevo. La carta era diplomática en todos sus aspectos pero firme en su conclusión, y no ofrecía ningún detalle específico sobre las razones personales que estaban detrás de la decisión que había tomado.

La madre provincial respondió con una cortesía profesional completamente apropiada, aceptando la decisión sin presionar de ninguna manera para que la reconsiderara aunque dejando la puerta abierta de manera explícita para futuras oportunidades si Teresa cambiaba de parecer en algún momento posterior. No hubo ninguna consecuencia negativa que fuera obvia para la posición de Teresa dentro de la estructura de la congregación, aunque ella sospechaba de manera razonable que algunas de sus hermanas interpretarían su rechazo como una falta de compromiso verdadero con la misión expansiva de la congregación tal como había sido establecida desde sus orígenes.

Cuando se encontró con Martín en su próximo encuentro que ya estaba programado en el calendario para el mes de abril, fue ella quien inmediatamente abordó el tema sin ningún preámbulo innecesario.

—Me quedé aquí contigo.

Martín la miró con una expresión que mezclaba el alivio evidente con algo que podría haber sido interpretado como una preocupación persistente.

—¿Estás en paz con esa decisión que has tomado?

—En su mayor parte sí lo estoy. Hay una parte de mí que todavía se pregunta si tomé el camino más fácil de los que tenía disponibles, si estoy usando nuestra relación como una excusa conveniente para evitar el desafío real que habría representado la misión en Colombia. Pero la mayoría de mí cree de manera genuina que hice una elección honesta que respeta tanto mi vocación religiosa como mi humanidad fundamental.

—¿Y tu directora espiritual está de acuerdo con esa evaluación?

—De manera sorprendente, sí está de acuerdo. Dijo algo que me impactó de manera profunda cuando lo escuché. Dijo que durante quince años completos me ha visto crecer como religiosa y que estos últimos siete años, desde que te conozco de manera profunda, han sido los mejores años en términos de equilibrio personal y efectividad real en mi trabajo cotidiano. Que la relación contigo me sostiene de una manera que hace mejor mi servicio a los demás, no peor de ninguna forma.

Martín asintió con la cabeza de manera lenta y deliberada.

—Eso es exactamente lo que yo pensaba desde hace tiempo pero que no me atrevía a decir de manera explícita porque sonaba demasiado auto servicial para mis propios intereses.

—Probablemente lo es en cierto sentido. Pero eso no lo hace menos verdadero en su esencia fundamental.

Se quedaron en silencio durante un momento prolongado, ambos procesando de manera consciente lo que acababa de pasar en sus vidas. Habían enfrentado la primera crisis verdaderamente seria de su relación cuidadosamente construida, un momento donde todo podría haberse terminado fácilmente por circunstancias externas que ninguno de los dos controlaba de manera completa. Y habían sobrevivido a esa crisis, no eliminándola de manera mágica sino navegándola con la honestidad radical que era característica de absolutamente todo lo que habían construido juntos durante todos aquellos años.

—¿Sabes qué fue lo más difícil de estos últimos dos meses completos? —preguntó Teresa después de un silencio prolongado.

—¿Qué fue exactamente?

—Darme cuenta de cuánto necesito realmente esto que tenemos entre nosotros. Nuestra relación tal como la hemos construido, nuestros encuentros regulares, saber que existes y que me entiendes de una manera que nadie más logra hacerlo. Siempre supe que era importante de alguna manera, pero enfrentar la posibilidad real de perderlo todo me hizo ver con claridad absoluta que se ha vuelto esencial de una manera que va mucho más allá de lo que sería una simple preferencia personal o una comodidad superficial.

—¿Y eso te asusta de alguna manera?

—Un poco sí me asusta. Porque significa que he construido mi vida de una manera que incluye una dependencia genuina en otra persona específica, lo

cual va directamente contra el ideal de autosuficiencia espiritual que la vida religiosa se supone que debe cultivar de manera constante.

—O tal vez ese ideal de autosuficiencia completa es fundamentalmente falso en su premisa básica. Tal vez todos dependemos de otras personas de diversas maneras complejas y la única diferencia real es si somos honestos sobre esa dependencia o si pretendemos de manera ilusoria que no necesitamos a nadie en absoluto.

Teresa consideró esto con cuidado antes de responder.

—Mi directora espiritual dijo algo muy similar a eso. Que la santidad genuina no consiste en no necesitar a nadie de ninguna manera sino en necesitar de maneras que son honestas y sostenibles en lugar de destructivas para uno mismo y para los demás.

—Me cae bien tu directora espiritual aunque nunca la he conocido en persona.

—Le caerías bien a ella también sin ninguna duda. Aprécia la honestidad brutal tanto como nosotros la apreciamos en todas las situaciones.

Continuaron su paseo por el parque que había sido el escenario de tantas de sus conversaciones más importantes durante todos aquellos años, hablando ahora sobre otros temas diversos, aliviados de manera evidente de haber navegado la crisis con éxito pero también más conscientes de lo que habían estado antes de la fragilidad inherente de lo que habían construido juntos, de cómo fácilmente podría ser destruido por circunstancias que ninguno de los dos controlaba de manera completa en sus aspectos fundamentales.

Pero también estaban más conscientes de la fortaleza verdadera de su compromiso mutuo, del hecho de que habían enfrentado la primera prueba verdaderamente seria de su relación y habían elegido de manera deliberada mantener lo que tenían entre ellos incluso cuando eso requería sacrificios significativos que ninguno de los dos había anticipado de manera completa cuando establecieron los términos originales de su relación todos aquellos años atrás.

Al final de ese encuentro particular, mientras se preparaban para separarse nuevamente hacia sus vidas respectivas, Martín dijo algo que Teresa guardaría en su memoria como una confirmación clara de que había tomado la decisión correcta en todos los sentidos.

—Gracias por haber elegido quedarte aquí conmigo. Sé perfectamente que fue una decisión difícil de tomar y que probablemente habrá momentos en el futuro en que te arrepientas de haberla tomado. Pero quiero que sepas con toda claridad que lo que has elegido preservar con esa decisión vale absolutamente cada complicación que esa elección pueda implicar en el futuro.

—Lo sé perfectamente. Y gracias a ti por haberme ayudado a pensar con claridad verdadera sobre las opciones que tenía disponibles sin presionarme de manera obvia hacia la decisión que te convenía a ti de forma personal.

—Eso es mentira en cierto sentido. Te presioné de manera completa hacia esa decisión. Solo traté de hacerlo de una manera que fuera lo suficientemente sutil como para que pudieras ignorar esa presión si realmente querías hacerlo.

Teresa se rio de manera genuina, la primera risa verdadera que había experimentado en varias semanas completas.

—Aprecio mucho la honestidad que demuestras sobre tu falta de honestidad en ciertos aspectos.

—Es lo mejor que puedo ofrecer en estas circunstancias.

Se despidieron con su apretón de manos ritual que habían mantenido durante todos aquellos años, pero ambos sabían con claridad absoluta que algo había cambiado de manera fundamental en la naturaleza de su relación. Ya no podían pretender de ninguna manera que su relación era solamente una amistad intelectual que podía ser mantenida o abandonada según la mera conveniencia de las circunstancias. Habían reconocido de forma explícita que era necesaria de una manera en que muy pocas cosas en sus vidas respectivas lograban serlo, y esa necesidad mutua los comprometía el uno con el otro de formas que ningún voto formal habría podido lograr de manera más completa.

CAPÍTULO 8

EL ENVEJECIMIENTO

El año mil novecientos noventa y cinco llegó con una conciencia que ninguno de los dos había experimentado de manera tan aguda anteriormente, la percepción clara de que el tiempo no era una abstracción filosófica sino una realidad física que se manifestaba de forma visible en sus cuerpos que envejecían de manera inexorable. Martín cumplió sesenta años en el mes de marzo de ese año, un hito que habría preferido ignorar por completo pero que sus colegas del departamento insistieron en celebrar con una cena formal que él toleró con la paciencia resignada de quien sabe que ciertas obligaciones sociales son inevitables. Teresa, por su parte, tenía cincuenta y dos años en aquel momento, una edad que la colocaba en esa zona ambigua donde todavía no se consideraba anciana pero donde ya no podía pretender de ninguna manera que la juventud seguía siendo una opción disponible.

Los encuentros bimensuales que habían mantenido con una regularidad casi perfecta durante todos aquellos catorce años continuaban sin ninguna interrupción significativa, pero la calidad de esos encuentros había cambiado de maneras sutiles que ambos reconocían sin necesidad de articularlas de forma explícita. Había menos urgencia en las conversaciones ahora, una disposición mayor a dejar que los silencios se extendieran sin sentir la necesidad de llenarlos constantemente con palabras. Habían llegado a conocerse con una profundidad tal que muchas cosas podían ser comunicadas simplemente con una mirada o un gesto que habría sido

completamente opaco para cualquier observador externo pero que para ellos estaba cargado de significados que se habían acumulado durante años de atención mutua sostenida.

Martín notaba los cambios en Teresa con una agudeza particular que venía de verla solamente cada dos meses en lugar de con la frecuencia diaria que habría hecho los cambios menos perceptibles. Las canas que habían comenzado a aparecer en su cabello oscuro ya no eran hebras aisladas sino mechones completos que ella no hacía ningún esfuerzo por ocultar o teñir, una decisión que Martín apreciaba porque reflejaba la misma honestidad sin concesiones que caracterizaba todo en su manera de ser. Las líneas alrededor de sus ojos se habían profundizado de manera notable, no tanto por la edad en sí misma sino por años de trabajar con niños traumatizados cuyas historias dejaban marcas que no se borraban fácilmente. Había en su rostro una expresión de cansancio que no era debilidad sino el testimonio visible de décadas de sostener el peso de responsabilidades que nunca disminuían realmente.

Teresa, por su parte, observaba en Martín los signos evidentes del envejecimiento que él llevaba con la misma dignidad contenida con la que llevaba todo lo demás en su vida. Su cabello estaba completamente gris ahora, cortado siempre con la precisión funcional de quien no dedica ningún pensamiento a la vanidad pero que mantiene ciertos estándares básicos de presentación. Había desarrollado una leve cojera en la pierna izquierda, resultado de una artritis que se había instalado de manera gradual y que él mencionaba solamente cuando resultaba absolutamente necesario hacerlo. Sus manos, que Teresa recordaba como firmes y seguras en todos sus movimientos, temblaban de manera ligera cuando sostenía la taza de café durante sus encuentros, un temblor que no era todavía lo suficientemente pronunciado como para ser incapacitante pero que anunciaba con claridad lo que vendría en los años futuros.

Fue durante un encuentro en el mes de octubre del año mil novecientos noventa y cinco, en el mismo parque donde habían tenido tantas de sus conversaciones más importantes durante todos aquellos años, cuando tuvieron la conversación que ambos habían estado evitando de manera consciente durante meses. Estaban sentados en su banco habitual bajo el árbol que conocían tan bien, observando cómo las hojas comenzaban a caer con ese color dorado característico del otoño europeo, cuando Teresa dijo algo que Martín había estado pensando pero que no se había atrevido a mencionar de manera directa.

—Nos estamos haciendo viejos, ¿verdad?

No era realmente una pregunta sino una constatación que buscaba confirmación de algo que ambos sabían perfectamente bien.

—Sí, definitivamente nos estamos haciendo viejos de manera innegable.

—¿Te asusta eso de alguna forma?

Martín consideró la pregunta con la seriedad completa que merecía recibir antes de responder de manera honesta.

—No me asusta el envejecimiento en sí mismo, que es inevitable para todos los que tienen la fortuna de vivir lo suficiente. Lo que me asusta es la idea de que en algún momento ya no podré venir a estos encuentros contigo. No porque no quiera hacerlo sino porque el cuerpo simplemente no cooperará más con lo que la voluntad desea.

Teresa asintió con la cabeza de manera lenta, reconociendo que ella había estado pensando exactamente lo mismo durante las últimas semanas.

—He estado calculando las matemáticas de manera obsesiva últimamente. Si tenemos suerte y la salud se mantiene de forma razonable, tal vez tengamos otros veinte años de estos encuentros. Tal vez veinticinco si somos verdaderamente afortunados. Pero es un número finito de encuentros que podemos contar de manera bastante precisa, no una eternidad abstracta que se extiende hacia adelante sin ningún límite visible.

—¿Y eso cambia algo para ti en la manera en que experimentas estos encuentros?

—Los hace más preciosos de cierta manera. Cada uno se siente como algo que no puedo dar por sentado de ninguna forma porque sé con certeza que la cantidad total es limitada y que se está agotando de manera constante.

Se quedaron en silencio durante varios minutos, cada uno procesando las implicaciones de lo que acababan de reconocer de manera explícita. Finalmente fue Martín quien habló nuevamente, con una voz que era apenas audible por encima del sonido del viento que movía las hojas caídas en el sendero frente a ellos.

—¿Has pensado en cómo será cuando uno de nosotros muera antes que el otro? Porque estadísticamente es casi seguro que no moriremos al mismo tiempo, y uno de los dos tendrá que enfrentar la ausencia definitiva del otro durante algún período de tiempo.

—He pensado en eso más de lo que probablemente debería hacerlo. Y la conclusión a la que he llegado es que prefiero tener los años que nos quedan juntos, sabiendo que eventualmente uno de nosotros enfrentará esa pérdida, que renunciar a esto ahora para evitar ese dolor futuro que es inevitable.

—Yo he llegado exactamente a la misma conclusión por razones que son similares.

Hubo algo en la calidad del silencio que siguió a este intercambio que era diferente de los silencios habituales que compartían de manera regular. Era un silencio que reconocía de forma explícita la mortalidad que ambos enfrentaban, la conciencia clara de que el tiempo que tenían era limitado de una manera que ya no podían ignorar mediante las distracciones que habían funcionado cuando eran más jóvenes.

Teresa extendió su mano de manera lenta y deliberada a través del espacio que los separaba en el banco donde estaban sentados. Era un gesto que

violaba de forma consciente las reglas que habían mantenido durante catorce años sobre el contacto físico mínimo, pero que en aquel momento parecía ser exactamente lo que la situación requería de manera necesaria. Martín la miró durante un instante prolongado, comprendiendo inmediatamente el significado de lo que estaba ofreciendo, y luego tomó su mano con la suya propia.

Permanecieron así durante varios minutos completos, simplemente sosteniendo las manos el uno del otro sin decir ninguna palabra adicional. No era un gesto romántico en el sentido convencional de ese término, no era el preludio a ninguna otra forma de intimidad física. Era simplemente el reconocimiento compartido de que después de todos aquellos años de mantener la distancia física de manera tan rigurosa, en aquel momento específico necesitaban el contacto directo para afirmar la realidad de la presencia del otro de una manera que las palabras solas ya no podían lograr de forma completamente satisfactoria.

Cuando finalmente soltaron las manos, ambos sabían sin necesidad de discutirlo de manera explícita que algo fundamental había cambiado una vez más en los términos de su relación. No habían abandonado sus límites de ninguna manera general, pero habían reconocido que esos límites podían ser ajustados de forma ocasional cuando las circunstancias particulares lo justificaban de manera clara. El contacto físico no se convertiría en algo habitual entre ellos, pero ya no sería algo completamente prohibido en todas las circunstancias posibles.

Los años que siguieron a aquel momento específico trajeron consigo los cambios inevitables que el envejecimiento impone a todos los que viven lo suficiente para experimentarlos. Martín se jubiló de la universidad en el año dos mil, después de treinta y cinco años de enseñar literatura española a generaciones sucesivas de estudiantes que recordaba cada vez con menor claridad individual. La jubilación le dio más tiempo libre del que había tenido en décadas, pero descubrió con cierta sorpresa que no sabía muy bien qué hacer con ese tiempo cuando no estaba esperando el próximo encuentro con Teresa. Comenzó a escribir un libro sobre los místicos españoles que había estado planeando durante años pero que nunca había tenido el tiempo continuo necesario para desarrollar de manera adecuada, un proyecto que avanzaba de forma lenta pero que le daba una estructura útil a sus días que de otra manera habrían carecido de cualquier propósito claro.

Teresa, por su parte, continuó trabajando en el orfanato hasta el año dos mil tres, cuando cumplió sesenta años y la congregación comenzó a presionarla de manera gentil pero firme para que considerara retirarse del trabajo directo con los niños y asumir un papel más administrativo o de mentoría para las hermanas más jóvenes. Resistió durante un año completo antes de finalmente aceptar que ya no tenía la energía física necesaria para el trabajo que había estado haciendo durante más de treinta años sin ninguna interrupción significativa. Su retiro del trabajo activo fue difícil de una manera que no había anticipado completamente, una pérdida de identidad y

propósito que tomó meses de ajuste doloroso antes de que pudiera encontrar un nuevo equilibrio en su vida cotidiana.

Durante este período de transiciones múltiples, los encuentros bimensuales entre Martín y Teresa se convirtieron en algo que era aún más esencial de lo que ya habían sido durante todos los años anteriores. Eran los puntos fijos de estabilidad en vidas que de otra manera estaban siendo reorganizadas de maneras fundamentales por el envejecimiento y los cambios de circunstancias que este traía consigo de forma inevitable. Hablaban sobre el retiro y lo que significaba perder las identidades profesionales que habían definido sus vidas durante décadas completas, sobre el miedo creciente a la dependencia física que podía venir en los años futuros, sobre la soledad peculiar de envejecer en una sociedad que valoraba principalmente la juventud y la productividad económica.

Fue durante un encuentro en el mes de enero del año dos mil cinco, en un café donde se habían refugiado del frío intenso del invierno, cuando tuvieron otra de esas conversaciones que marcarían un cambio significativo en su relación. Martín tenía sesenta y nueve años en aquel momento y Teresa sesenta y dos, edades que los colocaban firmemente en lo que la sociedad designaba como la vejez sin ninguna ambigüedad posible.

—He estado pensando mucho últimamente sobre lo que pasará cuando uno de nosotros ya no pueda seguir viniendo a estos encuentros de la manera en que lo hemos estado haciendo —dijo Teresa mientras observaba la nieve que caía de forma constante en el exterior del café—. No me refiero a la muerte necesariamente, aunque eso también vendrá en algún momento, sino a la posibilidad de que la salud se deteriore de tal manera que estos viajes bimensuales se vuelvan imposibles de realizar de forma práctica.

—Yo también he estado pensando en eso de manera persistente —respondió Martín—. Y he llegado a la conclusión de que si llega ese momento, tendremos que encontrar otras maneras de mantener la conexión que hemos construido durante todos estos años. Tal vez cartas más frecuentes de lo que han sido hasta ahora. Tal vez llamadas telefónicas si alguno de nosotros está completamente confinado de alguna manera.

—Pero no sería lo mismo que estos encuentros en persona, ¿verdad?

—No, definitivamente no sería lo mismo en absoluto. Pero sería mejor que nada, que es la única alternativa real si las circunstancias nos impiden seguir viéndonos de esta manera.

Teresa asintió con la cabeza, reconociendo la verdad de lo que Martín estaba diciendo aunque no le agradara de ninguna manera particular.

—Lo que me asusta no es tanto la muerte en sí misma, que es inevitable para todos nosotros, sino la posibilidad de un deterioro prolongado donde todavía esté viva pero ya no pueda pensar con claridad o comunicarme de manera efectiva. La idea de que puedas venir a visitarme y que yo ya no te reconozca realmente es algo que me aterroriza de una manera que la simple muerte no logra hacerlo.

—Entiendo perfectamente ese miedo porque lo comparto de manera completa. Pero si eso llega a pasar, quiero que sepas que seguiré viniendo de todas formas, aunque no me reconozcas de ninguna manera. Porque para ese momento ya no se tratará de mantener una conversación sino simplemente de estar presente de alguna forma, de honrar lo que hemos compartido durante todos estos años incluso si tú ya no puedes recordarlo de manera consciente.

Teresa extendió su mano a través de la mesa del café, y Martín la tomó sin ninguna hesitación. Se habían vuelto más cómodos con este tipo de contacto físico ocasional durante los años recientes, reconociendo que después de tanto tiempo sosteniendo límites tan estrictos, podían permitirse cierta flexibilidad sin que eso amenazara la estructura fundamental de lo que habían construido de manera tan cuidadosa.

—Gracias por eso —dijo Teresa con una voz que temblaba de manera ligera—. Necesitaba escucharlo dicho de forma explícita incluso si ya lo sabía de alguna manera implícita.

—Es la verdad simple de cómo me siento al respecto. No hay ningún mérito particular en ello.

Permanecieron sentados en el café durante otra hora más, hablando sobre temas que eran menos pesados emocionalmente, pero ambos conscientes de que habían cruzado otro umbral en su relación de manera definitiva. Habían comenzado a prepararse de forma explícita para la fase final de sus vidas, reconociendo que los años que les quedaban eran limitados de una manera que ya no podían ignorar de ninguna forma convincente.

Al final de ese encuentro particular, mientras se preparaban para separarse y enfrentar el frío del exterior, Teresa dijo algo que Martín llevaría consigo como una especie de confirmación de todo lo que habían logrado durante aquellos veinte años completos desde que habían establecido los términos de su relación.

—¿Sabes qué es lo que más valoro de lo que hemos tenido durante todos estos años? No es la brillantez intelectual de nuestras conversaciones, aunque eso ha sido importante de manera genuina. No es la sensación de ser comprendida completamente, aunque eso también ha sido invaluable de muchas maneras. Es el hecho simple de que nunca, ni una sola vez en todos estos años, has tratado de ser alguien diferente de quien realmente eres cuando estás conmigo. Y yo nunca he tenido que pretender ser alguien diferente de quien soy cuando estoy contigo. Esa honestidad sostenida durante tanto tiempo es algo extraordinariamente raro en cualquier tipo de relación humana.

—Tienes razón de manera completa en eso. Y es algo que yo también valoro por encima de casi todo lo demás que hemos compartido durante estos años.

Se despidieron con su apretón de manos habitual, pero luego Teresa hizo algo que nunca había hecho antes de ese momento. Se inclinó hacia

adelante de manera rápida y le dio un beso breve en la mejilla antes de alejarse caminando hacia la parada del autobús sin mirar hacia atrás. Martín se quedó de pie en el exterior del café durante varios minutos después de que ella desapareciera de su vista, tocando con sus dedos el lugar donde los labios de Teresa habían rozado su piel, sintiendo algo que se parecía mucho a la gratitud pura por todo lo que habían logrado mantener durante aquellos veinte años de disciplina sostenida y honestidad rigurosa.

Los años del envejecimiento visible habían traído consigo una conciencia agudizada de la mortalidad que ambos enfrentaban, pero también habían profundizado de maneras que no podían ser anticipadas la conexión que habían construido con tanto cuidado durante todas aquellas décadas. Sabían ahora con una certeza absoluta que lo que compartían no era algo que pudiera ser replicado con ninguna otra persona en ninguna circunstancia posible, que habían tenido una suerte extraordinaria al encontrarse el uno al otro en aquel momento específico de sus vidas cuando ambos estaban preparados para reconocer lo que el otro ofrecía sin las ilusiones o expectativas que habrían hecho imposible la relación que eventualmente construyeron de manera tan deliberada.

El tiempo que les quedaba era limitado de una manera que ya no podían negar, pero ese reconocimiento de la finitud no disminuía en absoluto el valor de lo que tenían. Si acaso, lo hacía más precioso precisamente porque sabían con claridad que cada encuentro podría ser potencialmente el último, que la muerte o el deterioro severo podían llegar en cualquier momento sin ninguna advertencia previa. Vivían ahora con una conciencia agudizada del presente que muchas personas más jóvenes nunca logran alcanzar porque todavía operan bajo la ilusión de que el tiempo es ilimitado y que siempre habrá otra oportunidad en el futuro para decir lo que necesita ser dicho o para estar presente de la manera que necesita ser sostenida.

Habían llegado a la vejez con una relación que había sobrevivido a todas las pruebas que el tiempo y las circunstancias habían impuesto sobre ella, y ese simple hecho de supervivencia era en sí mismo un logro extraordinario que ambos reconocían con una gratitud profunda que raramente necesitaba ser expresada de forma verbal porque estaba implícita en cada gesto y cada mirada que compartían durante sus encuentros cada vez más preciosos.

CAPÍTULO 9

LA SEPARACIÓN NECESARIA

El primer signo de que algo estaba cambiando de manera fundamental llegó en la primavera del año dos mil ocho, cuando Teresa llamó a Martín por teléfono un martes por la tarde para cancelar el encuentro que tenían programado para ese mismo fin de semana. Era la primera vez en veintiséis años completos que cancelaba uno de sus encuentros bimensuales por razones de salud, y el simple hecho de que lo estuviera haciendo indicaba

con claridad que la situación era más seria de lo que su voz cuidadosamente controlada sugería de manera inicial.

—No es nada grave todavía —dijo con un tono que intentaba ser tranquilizador pero que no lograba ocultar completamente la preocupación subyacente—. Solo un problema con la presión arterial que necesita ser estabilizado antes de que pueda viajar de manera segura. El médico dice que con la medicación correcta debería estar bien en unas pocas semanas como máximo.

Martín, que tenía ya setenta y dos años en aquel momento y que había desarrollado durante las últimas décadas una sensibilidad particular para detectar cuando Teresa estaba minimizando algo importante, sabía de manera inmediata que esto era solamente el comienzo de lo que sería un deterioro progresivo. No lo dijo de forma explícita en ese momento porque no habría servido ningún propósito útil más allá de aumentar la ansiedad que ambos ya estaban experimentando, pero sabía con una certeza que era casi física que los años de encuentros regulares sin ninguna interrupción significativa estaban llegando a su fin de manera inevitable.

—Por supuesto que entiendo perfectamente —respondió con una calma que requería un esfuerzo consciente para mantener—. La salud es lo primero en todos los casos. Avísame cuando te sientas lo suficientemente bien como para que podamos reprogramar el encuentro sin ninguna prisa innecesaria.

El encuentro fue finalmente reprogramado para un mes después de lo originalmente planeado, y cuando Martín vio a Teresa en el café donde habían acordado encontrarse, notó de manera inmediata los cambios que un mes de enfermedad había producido en su apariencia física. Había perdido peso de una manera que no le favorecía en absoluto, y había en su rostro una palidez que no era simplemente el resultado de pasar más tiempo en interiores durante su recuperación. Se movía con una lentitud nueva que sugería que cada movimiento requería un cálculo cuidadoso de la energía disponible, como si su cuerpo se hubiera convertido en algo que ya no podía dar por sentado de ninguna manera.

No hablaron de manera directa sobre su salud durante las primeras horas del encuentro, prefiriendo mantener la ficción de que todo continuaba siendo exactamente como había sido durante todos los años anteriores. Pero eventualmente, cuando la conversación llegó a uno de sus silencios naturales, fue Teresa quien abordó el tema que ambos habían estado evitando de forma consciente.

—Los médicos dicen que es hipertensión crónica que probablemente ha estado desarrollándose durante años sin ningún síntoma obvio hasta que finalmente alcanzó un nivel que ya no puede ser ignorado de ninguna manera. Tengo que tomar medicación de manera permanente ahora y hacer cambios significativos en mi estilo de vida que incluyen reducir considerablemente el estrés y la actividad física intensa.

—¿Qué significa eso de manera práctica para ti en términos de tu vida diaria?

—Significa que he tenido que renunciar completamente al poco trabajo que todavía estaba haciendo en el orfanato, incluso las tareas administrativas que no requerían esfuerzo físico significativo. Significa que tengo que descansar más de lo que me gustaría hacerlo y que tengo que aceptar limitaciones que nunca antes había tenido que considerar de manera seria.

—¿Y qué significa para nuestros encuentros de esta naturaleza?

Teresa lo miró de manera directa con una expresión que mezclaba la tristeza evidente con algo que podría haber sido interpretado como una determinación férrea.

—Significa que probablemente no podré seguir viniendo a estos encuentros con la regularidad que hemos mantenido durante todos estos años. Los viajes en autobús me agotan de una manera que no lo hacían antes, y los médicos han sido muy claros en que necesito minimizar cualquier cosa que eleve mi presión arterial de forma significativa, lo cual incluye el estrés que viene de viajes y horarios estrictos que debo cumplir.

Martín sintió algo que se parecía a un dolor físico agudo en el pecho ante aquellas palabras, pero mantuvo su expresión tan neutral como le fue posible en aquel momento.

—¿Estás diciendo que estos encuentros tienen que terminar de manera definitiva?

—No necesariamente que tienen que terminar de forma completa, pero sí que tendrán que volverse mucho menos frecuentes de lo que han sido hasta ahora. Tal vez una vez cada tres o cuatro meses en lugar de cada dos meses. Y probablemente tendrás que venir tú a visitarme a la casa de la congregación en lugar de que nos encontremos en lugares neutrales como lo hemos estado haciendo siempre, porque eso eliminará el componente del viaje que es lo que más me agota físicamente.

Martín asintió con la cabeza lentamente, procesando las implicaciones completas de lo que Teresa estaba diciendo.

—Puedo hacer eso sin ningún problema. Lo que sea necesario para que podamos seguir viéndonos de alguna manera mientras sea posible hacerlo.

—Pero cambiará la naturaleza de nuestros encuentros de forma inevitable —dijo Teresa con una voz que era apenas audible—. No será la misma cosa cuando estemos en la casa de la congregación rodeados por mis hermanas que cuando estamos en espacios públicos donde podemos tener privacidad completa para nuestras conversaciones.

—Lo sé perfectamente. Pero sigue siendo mejor que no verte en absoluto, que es la única alternativa real si tu salud no permite otra cosa.

Los encuentros que siguieron durante los siguientes cuatro años confirmaron todas las preocupaciones que ambos habían expresado en aquella

conversación inicial sobre las limitaciones que la salud de Teresa impondría de manera progresiva. La frecuencia se redujo gradualmente de una vez cada dos meses a una vez cada tres meses, luego a una vez cada cuatro meses a medida que su condición se deterioraba de forma lenta pero constante. Martín comenzó a hacer el viaje a la casa de la congregación donde Teresa vivía, un edificio antiguo en las afueras de la ciudad que había sido renovado parcialmente para acomodar a las hermanas ancianas que ya no podían trabajar de manera activa.

Las visitas se realizaban en la sala de recepción formal de la casa, un espacio amplio equipado con muebles funcionales pero sin ninguna personalidad particular, donde otras hermanas y visitantes entraban y salían de manera constante creando un nivel de ruido de fondo y distracción que hacía imposible el tipo de conversaciones profundas que habían caracterizado todos sus encuentros anteriores. Teresa se disculpaba de manera repetida por las condiciones poco ideales, pero Martín insistía cada vez que lo que importaba era simplemente poder verla y estar en su presencia de alguna forma, incluso si las circunstancias estaban lejos de ser las ideales que habrían preferido tener.

Durante una de estas visitas en el mes de noviembre del año dos mil diez, Martín notó que Teresa había experimentado otro deterioro significativo desde su última visita tres meses atrás. Había desarrollado un temblor visible en las manos que hacía difícil para ella sostener la taza de té que una de las hermanas más jóvenes había traído de manera cortés. Su respiración era laboriosa de una manera que no había sido evidente en encuentros anteriores, y había momentos durante la conversación donde parecía perder el hilo de lo que estaba diciendo a mitad de una frase, como si su mente se desconectara brevemente antes de volver a enfocarse con un esfuerzo visible.

—Los médicos dicen que es el corazón ahora además de la presión arterial —explicó cuando Martín preguntó de manera cuidadosa sobre los cambios que había notado—. Están haciendo todo lo que pueden con la medicación, pero hay límites a lo que se puede lograr cuando el cuerpo simplemente ha llegado al punto donde los sistemas comienzan a fallar de manera inevitable.

—¿Cuál es el pronóstico que te han dado de forma específica?

Teresa lo miró con una expresión que era completamente serena a pesar de la gravedad de lo que estaba a punto de decir.

—No me han dado un número específico de años o meses si eso es lo que estás preguntando. Pero la implicación clara es que estamos hablando de años en plural en el mejor de los casos, no de décadas de ninguna manera. Y esos años probablemente vendrán con un deterioro progresivo que hará cada vez más difícil para mí hacer incluso las cosas más básicas de la vida diaria.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte de alguna forma práctica?

—Simplemente seguir viniendo a visitarme mientras sea posible hacerlo. Eso es todo lo que necesito realmente de tu parte. Saber que todavía existes, que todavía me ves, que lo que hemos compartido durante todos estos años no ha sido olvidado o descartado como algo sin importancia.

—Nunca podría olvidarlo ni descartarlo de ninguna manera. Has sido la presencia más constante y significativa en mi vida durante más de treinta años completos. Eso no cambia porque las circunstancias se vuelvan más difíciles de lo que fueron en el pasado.

Teresa extendió su mano temblorosa a través de la mesa baja que los separaba, y Martín la tomó con ambas de sus propias manos, sosteniéndola con una gentileza que reconocía la fragilidad física que ahora caracterizaba su cuerpo envejecido. Permanecieron así durante varios minutos sin decir nada adicional, conscientes de que las hermanas que pasaban por la sala probablemente estaban observando con curiosidad pero sin importarles realmente lo que pudieran pensar al respecto.

La última visita presencial ocurrió en el mes de marzo del año dos mil doce, cuando Teresa tenía sesenta y nueve años y Martín setenta y seis. Teresa había sido trasladada a la enfermería de la casa de la congregación varias semanas antes, y aunque técnicamente no estaba prohibido que recibiera visitantes, la madre superiora había advertido a Martín por teléfono que Teresa estaba muy débil y que la visita debería ser breve para no agotarla de manera innecesaria.

Martín encontró a Teresa en una cama de hospital en una habitación pequeña que compartía con otra hermana anciana que estaba durmiendo cuando él llegó. Teresa estaba despierta pero claramente exhausta, su respiración era irregular y su piel tenía una palidez que era casi translúcida bajo la luz fluorescente de la enfermería. Se iluminó de manera visible cuando lo vio entrar, y trató de incorporarse en la cama antes de que Martín la detuviera con un gesto suave.

—No te esfuerces de ninguna manera. Estoy perfectamente bien de pie aquí junto a tu cama.

—Hay una silla allí en la esquina que puedes acercar —dijo Teresa con una voz que era apenas un susurro ronco—. Por favor siéntate para que pueda verte sin tener que inclinar la cabeza hacia arriba de esta manera.

Martín acercó la silla y se sentó junto a la cama, tomando la mano de Teresa que descansaba sobre la sábana blanca. Notó con una punzada de dolor que podía sentir todos los huesos de su mano con una claridad absoluta, como si la carne se hubiera reducido a casi nada dejando solo la estructura esquelética básica.

—¿Cómo te sientes en este momento?

—Cansada de una manera que va más allá de lo que el simple descanso puede curar —respondió Teresa con una honestidad que era característica de ella incluso en las circunstancias más difíciles—. Los médicos dicen que el

corazón está fallando de manera progresiva y que no hay mucho más que puedan hacer aparte de mantenerme cómoda mientras la naturaleza sigue su curso inevitable.

—¿Tienes miedo de lo que viene?

Teresa consideró la pregunta con cuidado antes de responder.

—No exactamente miedo en el sentido convencional de esa palabra. Más bien una especie de tristeza por todo lo que no podré seguir experimentando o compartiendo. Tristeza por tener que dejarte atrás cuando todavía hay tantas cosas que me gustaría discutir contigo si tuviéramos más tiempo disponible.

—Hemos tenido treinta y tres años de conversaciones —dijo Martín con una voz que temblaba de manera ligera—. Eso es más de lo que la mayoría de las personas tienen con alguien durante toda su vida completa.

—Lo sé. Y estoy agradecida por cada uno de esos años de una manera que las palabras no pueden expresar de forma adecuada. Pero aun así es difícil aceptar que está llegando a su fin de manera definitiva.

Se quedaron en silencio durante varios minutos, simplemente sosteniéndose las manos mientras la hermana en la cama vecina roncaba de manera suave en su sueño. Finalmente fue Teresa quien habló nuevamente con una urgencia que Martín no había escuchado en su voz durante mucho tiempo.

—Necesito que me prometas algo de manera específica.

—Lo que sea que necesites que te prometa.

—Cuando yo muera, y eso probablemente será más pronto que tarde según lo que los médicos me han dicho de manera privada, necesito que sigas viviendo tu vida de la mejor manera que puedas. No quiero que te encierres en el duelo de una forma que te impida seguir experimentando lo que la vida todavía puede ofrecerte en los años que te quedan.

—No puedo prometerte eso de manera honesta porque no sé cómo responderé cuando realmente suceda lo que es inevitable.

—Entonces prométeme al menos que lo intentarás de manera genuina. Que no dejarás que mi muerte se convierta en una excusa para renunciar a todo lo demás que todavía podría darte satisfacción o significado.

—Eso sí puedo prometértelo de manera honesta.

—Gracias. Eso es todo lo que necesitaba escuchar de tu parte.

La visita duró solo treinta minutos en total antes de que una de las enfermeras entrara y sugiriera de manera cortés pero firme que Teresa necesitaba descansar. Martín se levantó para irse, pero antes de soltarle la mano permaneció de pie junto a la cama durante un momento prolongado, sosteniéndola con ambas manos mientras la miraba de manera directa.

—Has sido lo más importante —dijo finalmente con una voz que era apenas audible.

Teresa asintió con la cabeza, incapaz de hablar por un momento, con lágrimas que corrían de manera silenciosa por sus mejillas. Finalmente logró articular una respuesta.

—Y tú para mí. Siempre.

No había nada más que necesitara ser dicho entre ellos. Martín se inclinó hacia adelante y la besó en la frente con una ternura que contenía treinta y tres años de todo lo que habían elegido no decirse de manera explícita porque nombrarlo habría sido traicionar la naturaleza precisa de lo que habían construido con tanto cuidado.

Luego soltó su mano de manera lenta, se dio la vuelta, y salió de la enfermería sin mirar hacia atrás porque sabía que si lo hacía perdería el control emocional que apenas estaba manteniendo en aquel momento. Caminó hacia la salida de la casa de la congregación con pasos que eran mecánicos y automáticos, y fue solo cuando llegó a la parada del autobús que finalmente permitió que las lágrimas que había estado conteniendo cayeran de manera libre.

Sabía con una certeza absoluta que probablemente nunca volvería a ver a Teresa con vida después de aquella visita, que lo que acababan de compartir era su despedida final en todos los sentidos que importaban de manera fundamental. Y aunque había sabido durante años que este momento llegaría eventualmente, el dolor de la realidad concreta era mucho más agudo de lo que cualquier anticipación abstracta había podido prepararlo para enfrentar de manera adecuada.

El autobús llegó finalmente y Martín subió de manera automática, encontrando un asiento junto a la ventana donde podía mirar hacia el exterior sin tener que enfrentar las miradas de los otros pasajeros. Mientras el vehículo se alejaba de la casa de la congregación llevándolo de regreso hacia su apartamento vacío, Martín permitió que su mente revisara todos los años que habían compartido, todas las conversaciones que habían sostenido, todos los momentos de conexión profunda que habían experimentado dentro de los límites cuidadosos que habían establecido y mantenido durante más de tres décadas completas.

Habían logrado algo extraordinario a pesar de todas las circunstancias que conspiraban contra ellos, habían creado una forma de amor que era tan real y profunda como cualquier matrimonio convencional pero que había sido sostenida dentro de una estructura completamente diferente que respetaba los compromisos fundamentales que cada uno había hecho antes de conocerse. Y ahora esa estructura estaba llegando a su fin no por ninguna falla en su compromiso mutuo sino simplemente porque los cuerpos mortales que habitaban estaban alcanzando los límites inevitables de su durabilidad física.

Mientras el autobús continuaba su camino a través de las calles de la ciudad que habían compartido durante tantos años, Martín se permitió llorar de manera silenciosa por todo lo que estaba perdiendo y por todo lo que había

tenido la extraordinaria fortuna de experimentar durante aquellas décadas preciosas que ahora llegaban a su conclusión inevitable.

CAPÍTULO 10

LAS ÚLTIMAS CARTAS

La primera carta llegó tres semanas después de aquella última visita en la enfermería, escrita con una caligrafía que era notablemente más temblorosa de lo que Martín recordaba de las cartas anteriores de Teresa pero que aun así mantenía la claridad suficiente como para ser legible sin ninguna dificultad mayor. El sobre era el mismo tipo de papel simple que Teresa había usado durante todos aquellos años, sin ningún membrete institucional que identificara su procedencia, solo la dirección manuscrita con ese cuidado meticuloso que caracterizaba todo lo que hacía incluso cuando la enfermedad hacía cada gesto mucho más costoso de lo que había sido en el pasado.

Martín abrió la carta sentado en su sillón junto a la ventana de su estudio, en el mismo lugar donde había leído tantas de las cartas de Teresa durante las décadas anteriores. La luz de la tarde de abril entraba de manera oblicua creando patrones sobre el piso de madera que había aprendido a reconocer según la hora del día y la estación del año, una familiaridad que venía de pasar demasiadas horas solo en aquel espacio durante los años de su jubilación.

Querido Martín, comenzaba la carta con la formalidad que siempre habían mantenido incluso después de tantos años de intimidad cuidadosamente calibrada. Escribo desde la cama de la enfermería donde probablemente pasaré el resto del tiempo que me queda disponible, que según los médicos podría ser cuestión de meses aunque ellos usan palabras más cuidadosas cuando hablan de manera directa conmigo sobre el pronóstico. No te escribo para angustiarte con detalles médicos que no cambiarían nada de lo que es inevitable, sino para decirte algo que necesito que sepas con claridad completa mientras todavía tengo la capacidad de articularlo de manera coherente.

Estos treinta y tres años que hemos compartido dentro de los límites que establecimos con tanto cuidado han sido la parte más verdadera de mi vida en muchos sentidos fundamentales. No estoy diciendo con esto que mi vocación religiosa haya sido falsa o que el trabajo con los niños no haya tenido significado genuino, porque ambas cosas han sido reales y valiosas de maneras que no puedo negar de ninguna forma honesta. Pero lo que hemos tenido tú y yo ha sido de una naturaleza diferente, algo que no tiene nombre en el vocabulario convencional de los afectos humanos pero que ha sido más sustancial que la mayoría de las relaciones que sí tienen nombres reconocidos y categorías establecidas.

Quiero que sepas que no me arrepiento de ninguna de las decisiones que tomé para hacer posible esta relación de la manera específica en que existió.

No me arrepiento de haber rechazado la misión en Colombia hace tantos años, no me arrepiento de los encuentros que mantuvimos con una regularidad que probablemente parecería extraña a cualquiera que no entendiera lo que estábamos construyendo de manera deliberada, no me arrepiento de ninguno de los límites que nos impusimos porque esos límites fueron precisamente lo que hizo posible que esto durara durante tantos años sin destruirse a sí mismo por contradicciones internas que no podían ser resueltas de ninguna otra manera.

Agradezco cada conversación que tuvimos, cada silencio que compartimos, cada momento de reconocimiento mutuo que experimentamos dentro de los parámetros estrictos que nos permitían ser honestos sobre lo que sentíamos sin traicionar los compromisos fundamentales que habíamos hecho antes de conocernos. Has sido el testigo más completo de mi vida interior durante todas estas décadas, y eso es un regalo que no tiene precio asignable de ninguna forma que tenga sentido real.

Te pido solamente una cosa mientras me preparo para lo que viene de manera inevitable. Sigue escribiéndome mientras yo pueda leer tus cartas y responder a ellas de alguna manera, aunque sea de forma cada vez más breve a medida que las fuerzas disminuyen de manera progresiva. Y cuando ya no pueda escribir más, sigue escribiendo de todas formas si eso te ayuda de alguna manera a procesar lo que está ocurriendo. No necesito recibir las cartas para que tengan valor, el simple hecho de que las escribas será suficiente para mí si llego a enterarme de que lo estás haciendo.

Con todo el afecto que los límites que elegimos permiten expresar de manera apropiada, Teresa.

Martín leyó la carta tres veces completas antes de doblarla con cuidado y guardarla en la caja de madera donde había estado almacenando todas las cartas de Teresa durante todos aquellos años. La caja estaba casi llena ahora, conteniendo ciento cuarenta y tres cartas que abarcaban tres décadas completas de correspondencia espaciada pero sostenida. Había en la acumulación física de esas cartas un peso que iba más allá de lo que el papel y la tinta podían explicar por sí mismos, el peso acumulado de una vida compartida de manera parcial pero profunda.

Respondió esa misma tarde, sentándose en su escritorio con el mismo tipo de papel simple que había usado siempre para su correspondencia con Teresa, escribiendo a mano con la caligrafía que se había vuelto menos firme con los años pero que todavía era completamente legible en todos sus aspectos.

Querida Teresa, escribió después de considerar durante varios minutos cómo debería comenzar la carta de una manera que fuera apropiada para las circunstancias. Tu carta llegó esta mañana y la he leído con la atención completa que merece recibir. No voy a pretender que las noticias sobre tu salud no me afectan de manera profunda, porque sería una mentira transparente que no honraría la honestidad que siempre ha caracterizado

nuestra relación en todos sus aspectos. Pero tampoco voy a sumergirme en expresiones de angustia que no servirían ningún propósito útil más allá de hacer que ambos nos sintamos peor de lo que ya nos sentimos de forma inevitable.

En lugar de eso quiero decirte algo que he estado pensando durante las semanas que han pasado desde nuestra última visita en la enfermería. He tenido una vida que ha sido en muchos sentidos ordinaria en sus circunstancias externas, una vida de profesor universitario sin logros académicos que sean particularmente notables, sin familia propia después del fracaso de mi matrimonio, sin ninguna de las cosas que la sociedad generalmente reconoce como marcadores de una vida bien vivida o significativa.

Pero he tenido esto que hemos construido juntos durante treinta y tres años, y eso ha sido suficiente para hacer que la vida valga la pena de una manera que ninguna otra cosa podría haber logrado de forma equivalente. No estoy diciendo que habría preferido tener esto en lugar de una vida familiar convencional si esa hubiera sido una opción real, porque esa comparación no tiene sentido dado que las circunstancias nunca ofrecieron esa alternativa de manera genuina. Estoy diciendo simplemente que lo que tuvimos ha sido real y valioso de maneras que van más allá de cualquier medida convencional de estas cosas.

Seguiré escribiendo mientras tú puedas leer las cartas, y continuaré escribiendo incluso después de que ya no puedas hacerlo si eso ocurre antes de que llegue el final definitivo. No porque espere respuestas sino porque la práctica de escribirte se ha vuelto tan fundamental para mi manera de procesar el mundo que no sabría cómo dejar de hacerlo incluso si las circunstancias hicieran que las cartas ya no llegaran a su destinataria de la manera habitual.

Gracias por estos treinta y tres años de presencia sostenida en mi vida. Gracias por la honestidad que nunca flaqueó ni siquiera cuando habría sido más cómodo mentir o minimizar lo que sentíamos. Gracias por elegir los límites que hicieron posible que esto existiera de la única manera en que podía existir sin destruirse a sí mismo de forma inevitable.

Con el mismo afecto que los límites permiten, Martín.

El intercambio de cartas continuó durante los meses siguientes con una frecuencia que iba disminuyendo de manera gradual a medida que la salud de Teresa se deterioraba de forma progresiva. Las cartas de Teresa se volvieron más breves con el tiempo, reducidas eventualmente a unas pocas líneas escritas con una caligrafía que era cada vez más difícil de descifrar pero que Martín aprendió a leer mediante una práctica paciente que requería a veces media hora para interpretar un párrafo corto.

En el mes de julio del año dos mil doce, aproximadamente cuatro meses después de la última visita en persona, Teresa escribió lo que sería su carta más larga de ese período final. Había en el tono algo que sugería que sabía

que el tiempo se estaba agotando de manera más rápida de lo que los médicos habían anticipado de forma inicial.

La carta hablaba sobre la memoria y lo que significa recordar una vida cuando esa vida está llegando a su conclusión definitiva. Teresa escribía sobre cómo su mente había comenzado a organizar los recuerdos de manera diferente durante las últimas semanas, como si estuviera creando algún tipo de archivo mental de las cosas que consideraba más importantes antes de que todo se desvaneciera en la oscuridad final que eventualmente llega para todos sin excepción.

Los encuentros contigo aparecen en mi memoria con una claridad que es casi dolorosa, escribía Teresa con esa honestidad brutal que nunca había abandonado incluso en las circunstancias más difíciles. Puedo recordar conversaciones específicas que tuvimos hace veinte años con más detalle de lo que puedo recordar lo que desayuné esta mañana. Puedo ver tu rostro tal como era cuando nos conocimos en aquel evento de recaudación hace más de tres décadas, y puedo ver cómo ha cambiado de manera gradual a través de todos los años intermedios hasta llegar a la versión actual que vi durante tu última visita aquí en la enfermería.

No sé qué significa esto en términos de alguna teoría sobre la memoria y el significado, si es que significa algo más allá del hecho obvio de que algunas experiencias dejan marcas más profundas que otras en la estructura de nuestras mentes. Pero sí sé que cuando pienso en lo que ha importado realmente durante mi vida, tú estás en el centro de esa constelación de significados de una manera que probablemente no debería estar dado los compromisos que hice cuando entré a la congregación hace tantos años.

Y sin embargo no puedo arrepentirme de ello porque arrepentirse requeriría negar algo que sé que es verdadero de la manera más fundamental posible. Tú has sido importante para mí de formas que van más allá de lo que cualquier voto o regla institucional puede acomodar completamente, y esa es simplemente la verdad de la situación sin ninguna cualificación o excusa que la haga más aceptable para quienes pudieran juzgarla según estándares convencionales.

Martín guardó esa carta con un cuidado especial, sintiendo de manera instintiva que contenía algo que necesitaría releer durante los años que pudieran quedarle después de que Teresa ya no estuviera presente de ninguna forma accesible. Respondió con una carta igualmente larga donde intentaba articular algo similar sobre lo que sus encuentros habían significado para él durante todas aquellas décadas de disciplina sostenida y honestidad rigurosa.

Durante los meses siguientes las cartas de Teresa se espaciaron de manera progresiva, pasando de una cada dos semanas a una cada mes, luego a una cada dos meses a medida que su capacidad de concentrarse el tiempo suficiente para escribir de manera coherente disminuía de forma notable. Las cartas se volvieron más fragmentarias en su contenido, a veces

consistiendo en solo unas pocas frases que no tenían necesariamente una conexión lógica obvia entre ellas pero que Martín leía con una atención completa tratando de extraer cualquier significado que pudiera estar contenido en esas palabras escritas con tanto esfuerzo visible.

La última carta de Teresa llegó en el mes de febrero del año dos mil quince, casi tres años después de aquella última visita en la enfermería. El sobre contenía una sola hoja de papel con apenas cuatro líneas escritas con una caligrafía que era apenas legible, las letras formadas con un temblor tan pronunciado que algunas palabras eran casi imposibles de descifrar con certeza completa.

Martín, lograba leer después de varios intentos cuidadosos. Ya no puedo escribir más de manera que tenga sentido coherente. Gracias por todo. Estos años fueron lo mejor que tuve disponible en esta vida. No olvides lo que fuimos el uno para el otro dentro de los límites que elegimos mantener.

No había firma ni despedida formal, como si Teresa hubiera agotado toda su energía disponible simplemente en formar esas pocas palabras sobre el papel antes de que la capacidad de continuar se desvaneciera por completo. Martín leyó y releó aquellas líneas durante horas, memorizándolas de manera literal porque sabía que eran las últimas palabras que recibiría de Teresa mientras ella todavía estuviera viva de alguna manera reconocible.

Continuó escribiendo cartas durante los meses siguientes aunque sabía que Teresa probablemente ya no podía leerlas de ninguna manera significativa, escribiendo porque el acto mismo de escribir se había convertido en algo tan fundamental para su manera de estar en el mundo que no podía simplemente detenerse porque las circunstancias habían cambiado de forma radical. Las cartas se volvieron más parecidas a un diario personal que a correspondencia real, meditaciones sobre la memoria y el significado y lo que queda cuando las personas que amamos desaparecen de manera definitiva del mundo de los vivos.

Escribió sobre cómo la vida diaria se había vuelto extrañamente vacía sin la anticipación de los encuentros bimensuales que habían estructurado sus días durante tantos años, cómo incluso las actividades que disfrutaba de manera genuina parecían carecer de cierto peso o sustancia cuando ya no podía imaginar compartirlas con Teresa en algún momento futuro. Escribió sobre el miedo persistente de olvidar detalles específicos de sus conversaciones a medida que pasaba el tiempo, sobre cómo ya había notado que ciertas memorias que antes eran vívidas se habían vuelto más borrosas en sus contornos aunque todavía mantenían su significado emocional esencial.

Y escribió sobre la gratitud, una palabra que usaba raramente porque le parecía demasiado simple para capturar la complejidad de lo que sentía, pero que era la única palabra disponible que se acercaba de alguna manera a nombrar la emoción fundamental que experimentaba cuando pensaba en todo lo que Teresa le había dado durante aquellas tres décadas de presencia cuidadosamente calibrada en su vida.

Las cartas se acumulaban en su escritorio sin ser enviadas porque ya no tenía sentido enviarlas a alguien que no podía leerlas de ninguna manera, pero continuaba escribiéndolas de todas formas porque Teresa le había pedido específicamente que lo hiciera y porque mantener esa práctica era la única manera que tenía de sentir que todavía estaba conectado con ella de alguna forma que fuera más que puramente imaginaria.

Sabía que la notificación de su muerte llegaría eventualmente, que algún día recibiría la carta formal de la congregación informándole que Teresa había fallecido en paz rodeada por sus hermanas y confortada por los sacramentos apropiados. Pero mientras esa notificación no llegara de manera concreta, podía mantener la ficción reconfortante de que Teresa todavía existía en algún lugar del mundo aunque fuera de una forma tan reducida y limitada que ya no permitía ningún tipo de comunicación real entre ellos.

Continuó escribiendo las cartas no enviadas durante meses, llenando cuaderno tras cuaderno con meditaciones sobre todo lo que habían compartido y todo lo que habían elegido no compartir, sobre los límites que habían mantenido con tanto cuidado y sobre lo que esos límites habían hecho posible que existiera de una manera que ninguna otra estructura podría haber logrado de forma equivalente.

Y esperó la notificación que sabía que vendría tarde o temprano, preparándose de la mejor manera que podía para el momento en que tendría que enfrentar la realidad definitiva de que Teresa ya no existía en ninguna parte del mundo donde pudiera ser alcanzada por ningún medio disponible para los vivos.

CAPÍTULO 11

LA NOTIFICACIÓN

El paquete llegó un martes por la tarde del mes de febrero del año dos mil quince. No era solo una carta sino un sobre grande acompañado de una caja de cartón atada con cordel que el servicio postal había dejado en la portería del edificio. El sobre llevaba el membrete de la congregación impreso en tinta azul desvaída de esa que usan las instituciones religiosas que no tienen presupuesto para renovar su papelería cada década. Martín lo reconoció antes de abrirlo, no porque esperara correspondencia de las hermanas sino porque llevaba suficientes años en este mundo como para saber que los sobres oficiales de entidades piadosas rara vez traen buenas noticias. Dejó ambos paquetes sobre la mesa del comedor durante casi una hora, junto al plato del almuerzo que había preparado sin hambre, mientras miraba por la ventana hacia la calle donde la luz de febrero caía con esa cualidad particular del invierno europeo que hace que todo parezca más nítido y más lejano al mismo tiempo.

Cuando finalmente abrió el sobre usando el cuchillo de la mantequilla porque nunca había tenido abrecartas y a sus ochenta años no iba a empezar a preocuparse por esos detalles, encontró exactamente lo que había

anticipado desde el momento en que lo vio. La carta era breve, redactada con la cortesía impersonal que las instituciones religiosas reservan para comunicaciones de este tipo, y firmada por la madre superiora de la casa de retiro con un nombre que Martín no reconocía. Le informaba que la hermana Teresa Romero había fallecido en paz el doce de julio del año anterior, rodeada por sus hermanas de comunidad, y que su nombre aparecía en la lista de personas a quienes Teresa había pedido que se notificara en caso de su muerte, sin más especificaciones sobre la naturaleza del vínculo que los unía.

La carta continuaba explicando que entre las posesiones personales de la hermana Teresa se había encontrado una caja que contenía correspondencia dirigida a ella por el señor Martín Aldecoa, y que dado que estas cartas constituían claramente propiedad personal del remitente y no documentos de la congregación, la madre superiora había considerado apropiado devolverlas al señor Aldecoa junto con la notificación de fallecimiento. La congregación no había leído el contenido de las cartas por respeto a la privacidad de ambas partes involucradas en la correspondencia.

Martín leyó la carta dos veces, la segunda más despacio que la primera, deteniéndose en cada palabra como si al ralentizar la lectura pudiera encontrar algo que la primera pasada había omitido. Pero no había nada más que lo evidente, que era que Teresa había muerto hacía ya siete meses completos y que él se estaba enterando con el retraso burocrático propio de instituciones que funcionan con la parsimonia de quien sabe que la eternidad es larga. Dobló la carta con cuidado siguiendo los pliegues originales del sobre y la dejó nuevamente sobre la mesa.

Luego abrió la caja de cartón que había venido junto con la carta. Dentro encontró sus propias cartas a Teresa, todas ellas cuidadosamente preservadas y organizadas en orden cronológico, atadas en pequeños paquetes con cinta de tela que probablemente Teresa misma había usado para mantenerlas ordenadas. Había ciento treinta y ocho cartas en total según contó de manera rápida, toda la correspondencia que le había enviado durante treinta y siete años de relación sostenida.

Se levantó de la mesa y caminó hasta su estudio donde guardaba la caja de madera que contenía las ciento cuarenta y tres cartas de Teresa. La abrió con cuidado y comenzó a incorporar sus propias cartas devueltas junto con las que ya estaban allí, organizándolas en orden cronológico de manera que la correspondencia completa de ambos lados pudiera ser leída como un diálogo continuo si alguien alguna vez decidiera hacerlo. Añadió también la carta de notificación de la congregación como parte del registro completo de lo que había sido aquella relación durante todas aquellas décadas.

Cuando terminó de organizar todo, la caja de madera contenía la correspondencia completa de treinta y siete años: las ciento cuarenta y tres cartas de Teresa a él, las ciento treinta y ocho cartas de él a Teresa, las dieciocho páginas del testimonio que había escrito la noche en que recibió la

notificación inicial, y la carta formal de la congregación. Era el archivo completo de una relación que había existido principalmente en palabras escritas y conversaciones espaciadas, el único registro físico de algo que había sido extraordinario en su naturaleza aunque completamente invisible para el mundo que los rodeaba.

No lloró, lo cual no lo sorprendió porque nunca había sido hombre dado a lágrimas fáciles y a esta altura de su vida había enterrado suficientes afectos como para saber que el dolor verdadero rara vez se manifiesta con los gestos dramáticos que la literatura nos ha enseñado a esperar. Lo que sintió era algo más complejo y más difícil de nombrar, una mezcla de alivio y pérdida que se negaba a resolverse en una emoción simple, una sensación de que algo que había estado suspendido durante décadas finalmente se había cerrado, no de manera violenta sino con la naturalidad de quien termina una conversación larga sabiendo que todo lo esencial ya se dijo.

Se levantó de la mesa y caminó hasta su estudio, que era en realidad el segundo dormitorio del apartamento convertido hacía décadas en biblioteca personal y refugio donde pasaba la mayor parte de sus días desde que se había jubilado de la universidad. Se sentó en el sillón gastado junto a la ventana que daba al parque y se quedó mirando los árboles desnudos que se recortaban contra el cielo gris de la tarde invernal.

Pensó que durante treinta y siete años él y Teresa habían mantenido una relación que casi nadie habría llamado relación en el sentido convencional del término, que se habían visto tal vez veinte veces en total después de los primeros años, que sus cartas eran sobrias hasta la sequedad y que nunca se habían dicho ciertas palabras que la gente usa para nombrar lo que siente cuando no sabe bien qué es lo que siente. Y sin embargo, mientras contemplaba la ciudad que se oscurecía gradualmente, supo con certeza absoluta que Teresa había sido lo más importante en su vida, no a pesar de la distancia y la renuncia sino precisamente por ellas, porque ella lo había visto completamente sin idealizaciones y él la había visto a ella con la misma claridad implacable, y ambos habían elegido no mentir sobre lo que veían ni sobre lo que era posible.

La claridad de esta certeza lo sorprendió, no porque fuera nueva sino porque llegaba con una nitidez que había ido diluyéndose durante los años de separación forzada por la enfermedad de Teresa. Ahora que ella estaba muerta y que el vínculo había alcanzado su forma final e irreversible, Martín podía ver con la perspectiva que solo el término definitivo otorga que lo que habían compartido no había sido sucedáneo de algo mejor que las circunstancias les habían negado, sino que había sido precisamente lo que debía ser, una forma de conexión que se realizaba plenamente en su propia imposibilidad de consumarse.

Había en esa comprensión algo que se parecía a la paz, aunque Martín desconfiaba de palabras grandes como paz o reconciliación porque había leído suficiente literatura piadosa como para saber que esos términos suelen

encubrir más de lo que revelan. Pero si no era paz lo que sentía, era al menos la ausencia de resentimiento, la constatación de que ninguno de los dos había traicionado lo esencial de lo que eran para obtener una felicidad convencional que probablemente habría resultado ser menos satisfactoria que la austeridad digna que habían elegido mantener.

Se quedó sentado en el sillón mientras la tarde se convertía en noche y las luces de la calle comenzaban a encenderse de manera automática según los temporizadores que la ciudad había instalado hacía años. No encendió las luces de su estudio, prefiriendo la oscuridad gradual que permitía a sus pensamientos fluir sin la distracción de tener que enfocarse en objetos específicos del mundo visible que lo rodeaba.

Finalmente, cuando la oscuridad era ya casi completa, se levantó del sillón y encendió la lámpara de su escritorio. Sacó papel limpio del cajón superior y comenzó a escribir, no una carta porque ya no había nadie a quien dirigir las palabras que necesitaba poner sobre el papel, sino una especie de testimonio o registro de lo que había sido aquella relación durante todos aquellos años de disciplina sostenida y honestidad rigurosa.

Escribió durante toda la noche sin detenerse excepto para prepararse café cuando la fatiga amenazaba con volverse abrumadora. Las palabras fluían con una facilidad que no había experimentado durante años, como si todo lo que había estado contenido durante décadas finalmente encontrara su salida apropiada ahora que ya no había ninguna razón para mantener el silencio cuidadoso que habían cultivado durante tanto tiempo.

Escribió sobre el primer encuentro en aquel evento de recaudación hacía más de treinta y seis años, sobre cómo ninguno de los dos había prestado atención real al otro en aquel momento inicial porque todavía no estaban preparados para reconocer lo que el otro podría llegar a significar. Escribió sobre el segundo encuentro en la librería donde la conversación había fluido con una facilidad que sugería afinidades más profundas de las que podían ser evidentes en una sola tarde de intercambio intelectual.

Escribió sobre todos los encuentros casuales que no habían sido realmente casuales sino búsquedas deliberadas disfrazadas de coincidencias fortuitas, sobre la tarde bajo la lluvia cuando ambos habían reconocido sin nombrarlo completamente que algo estaba emergiendo entre ellos que iba más allá de la amistad cortés entre dos personas con intereses compartidos. Escribió sobre la conversación en el parque donde habían decidido mantener distancia para poder discernir con claridad qué era lo que sentían y qué debían hacer al respecto.

Escribió de manera extensa sobre la carta de Teresa donde había propuesto los términos de lo que se convertiría en su relación durante las siguientes tres décadas, sobre la frase que había capturado perfectamente lo que estaban intentando construir de manera tan deliberada: comunión sin posesión, presencia sin invasión. Escribió sobre el encuentro en el jardín botánico donde habían acordado los detalles específicos de cómo funcionaría

aquello en la práctica cotidiana, sobre los límites que habían establecido con tanto cuidado y que habían mantenido con una disciplina que había requerido esfuerzo constante durante todos aquellos años.

Escribió sobre los años de encuentros bimensuales que habían estructurado sus vidas de manera más fundamental de lo que cualquier trabajo o institución podría haberlo hecho, sobre las conversaciones que habían profundizado de manera progresiva su conocimiento mutuo hasta alcanzar un nivel de intimidad que iba más allá de lo que la mayoría de las personas logran incluso con aquellos con quienes comparten sus vidas de forma completa. Escribió sobre la crisis de la misión en Colombia y la decisión de Teresa de quedarse, sobre lo que había significado para ambos reconocer de manera explícita que esta relación era necesaria de formas que iban más allá de la preferencia personal o la comodidad superficial.

Escribió sobre el envejecimiento y la conciencia creciente de la mortalidad que había traído consigo, sobre cómo los límites físicos que antes habían parecido arbitrarios y mantenibles indefinidamente se habían vuelto cada vez más difíciles de sostener a medida que los cuerpos se deterioraban de manera inevitable. Escribió sobre el primer contacto físico prolongado cuando se habían tomado las manos en el parque reconociendo que después de tantos años de abstención rigurosa podían permitirse cierta flexibilidad sin que eso amenazara la estructura fundamental de lo que habían construido.

Escribió sobre el deterioro final de la salud de Teresa, sobre las visitas cada vez más espaciadas y difíciles, sobre la última visita en la enfermería donde ambos habían sabido sin necesidad de decirlo explícitamente que probablemente no volverían a verse en persona de ninguna manera. Escribió sobre las cartas finales que se habían vuelto progresivamente más breves hasta reducirse a unas pocas líneas apenas legibles, sobre cómo había continuado escribiendo incluso después de que ya no tenía sentido enviar las cartas porque el acto mismo de escribir se había vuelto tan fundamental para su manera de estar en el mundo.

Y escribió sobre lo que todo aquello había significado en términos de lo que era posible dentro de las limitaciones que la vida real impone sobre nuestros deseos y necesidades más profundos, sobre cómo habían encontrado una manera de honrar tanto lo que sentían como los compromisos que habían hecho antes de conocerse, sobre cómo la honestidad sostenida durante tantos años había sido más valiosa que cualquier consumación convencional podría haber sido dadas las circunstancias específicas de sus vidas respectivas.

Cuando finalmente terminó de escribir, el sol estaba comenzando a salir por el horizonte y la luz gris del amanecer entraba por las ventanas de su estudio. Había llenado dieciocho páginas con su caligrafía apretada, un testimonio completo de todo lo que había sido aquella relación durante treinta y siete años de construcción cuidadosa y mantenimiento disciplinado.

Leyó lo que había escrito con la atención completa que requería verificar si había logrado capturar algo de la verdad esencial de lo que había experimentado durante todas aquellas décadas. No estaba completamente satisfecho con el resultado porque sabía que las palabras siempre serían inadecuadas para transmitir la complejidad completa de cualquier experiencia humana genuina, pero sentía que había logrado al menos aproximarse a algo que era verdadero de manera fundamental sobre la naturaleza de lo que él y Teresa habían compartido.

Se levantó del escritorio con los movimientos lentos que el cuerpo de ochenta años le imponía después de una noche completa sin dormir, y caminó hasta el armario donde guardaba la caja de madera que ahora contenía la correspondencia completa de ambos lados. La abrió con cuidado y colocó las dieciocho páginas que acababa de escribir encima de las cartas cuidadosamente organizadas.

Cerró la caja y la devolvió a su lugar en el armario, sabiendo que probablemente nunca volvería a abrirla durante el tiempo que le quedara de vida pero que su simple existencia era importante de alguna manera que no podía articular completamente. Era el archivo físico de una relación que no había dejado ningún otro rastro visible en el mundo, ningún hijo ni propiedad compartida ni institución que llevara testimonio de su existencia. Solo aquellas cartas y el testimonio que acababa de escribir, guardados en una caja de madera en el armario de un anciano que eventualmente moriría y cuyas posesiones serían descartadas por quien fuera que tuviera la responsabilidad de limpiar su apartamento.

Pero por ahora, mientras todavía vivía y mientras todavía podía recordar con claridad razonable todo lo que había sido, la caja y su contenido eran suficientes. Eran la evidencia de que algo verdadero había existido, que dos personas habían encontrado una manera de conectarse profundamente dentro de límites que habrían hecho imposible cualquier relación convencional, que habían logrado sostener esa conexión durante décadas mediante una combinación de honestidad rigurosa y disciplina sostenida que era extraordinaria en su rareza.

Martín se preparó un desayuno simple aunque no tenía hambre real, comiendo de manera mecánica porque sabía que su cuerpo necesitaba alimentarse independientemente de lo que su apetito sugiriera. Luego se sentó nuevamente en su sillón junto a la ventana y observó cómo la ciudad se despertaba de manera gradual para enfrentar otro día ordinario de febrero, pensando que su vida continuaría de alguna manera aunque Teresa ya no existiera en ninguna parte del mundo donde pudiera ser alcanzada.

Habría más días y semanas y meses, tal vez incluso algunos años más si la salud se mantenía de forma razonable, pero todos esos días estarían marcados por la ausencia de algo que había sido fundamental durante más de tres décadas. No sería un duelo dramático con expresiones visibles de angustia, sino más bien una especie de gris persistente que colorearía todo

sin necesariamente impedir que la vida continuara en sus aspectos más básicos y funcionales.

Y en algún momento futuro que no podía predecir con ninguna precisión, él también moriría y todo lo que quedara de aquella relación extraordinaria serían las cartas en la caja de madera que probablemente serían descartadas sin que nadie las leyera o entendiera su significado. Pero eso estaba bien, pensó Martín mientras observaba las primeras personas que comenzaban a transitar por la calle bajo su ventana. No habían construido aquello para la posteridad ni para impresionar a nadie ni para dejar ningún tipo de legado que fuera reconocible para otros.

Lo habían construido simplemente porque era lo único honesto que podían hacer dadas las circunstancias específicas de sus vidas y los compromisos que habían hecho antes de conocerse, y había sido suficiente para hacer que las vidas de ambos valieran la pena de una manera que ninguna otra cosa podría haber logrado de forma equivalente. Y eso, finalmente, era todo lo que importaba de manera fundamental.

CAPÍTULO 12

LA CONTINUACIÓN

Los tres años que siguieron a la muerte de Teresa transcurrieron con la cualidad peculiar del tiempo que ya no tiene ningún propósito específico que lo estructure de manera significativa. Martín continuó viviendo en su apartamento, manteniendo las rutinas básicas que le permitían funcionar de forma adecuada pero sin ningún proyecto particular que le diera sentido a los días más allá de la simple continuación mecánica de estar vivo. Se levantaba cada mañana a la misma hora que había mantenido durante décadas, preparaba su desayuno con el cuidado meticuloso de quien necesita ocupar el tiempo disponible con actividades que requieren cierta concentración, leía el periódico aunque cada vez le importaban menos las noticias de un mundo que parecía alejarse de manera progresiva de todo lo que había conocido durante su vida larga.

Las tardes las pasaba en su estudio leyendo libros que había leído anteriormente durante años pasados, releendo párrafos que había subrayado en momentos de su vida cuando ciertas ideas le habían parecido particularmente importantes o reveladoras. Descubrió que ya no podía concentrarse en textos nuevos con la atención sostenida que estos requerían para ser comprendidos de manera adecuada, pero que podía visitar libros familiares sin ningún esfuerzo excesivo porque su mente ya conocía los contornos generales de los argumentos y solo necesitaba refrescar los detalles específicos.

Ocasionalmente recibía visitas de algunos de sus ex-colegas del departamento de la universidad, personas que habían sido parte de su vida profesional durante décadas pero con quienes nunca había desarrollado el tipo de amistad profunda que habría justificado mantener contacto frecuente

después de la jubilación. Estas visitas eran corteses pero superficiales, conversaciones sobre temas académicos que ya no le interesaban de manera genuina o sobre la salud declinante de personas que ambos habían conocido durante los años compartidos en la universidad. Martín agradecía el gesto de que vinieran a visitarlo pero sentía alivio cuando finalmente se marchaban y podía volver a la soledad que se había convertido en su estado natural durante los últimos años de su vida.

No hablaba con nadie sobre Teresa ni sobre la relación que habían mantenido durante treinta y siete años porque no había nadie en su vida que pudiera entender de manera adecuada lo que aquello había significado o por qué había sido estructurado de la manera específica en que existió durante todas aquellas décadas. Ocasionalmente alguien preguntaba si había estado casado alguna vez más allá del matrimonio que había terminado en divorcio hacía tantos años, y Martín respondía con la verdad técnica de que no, que había vivido solo durante la mayor parte de su vida adulta. No era exactamente una mentira pero tampoco era la verdad completa, y la omisión le pesaba de manera leve aunque sabía que explicar la realidad completa habría requerido más energía de la que tenía disponible para dedicar a conversaciones con personas que de todas formas no volverían a verlo con ninguna frecuencia significativa.

Durante el primer año después de la muerte de Teresa visitó su tumba en el cementerio de la congregación donde habían enterrado a las hermanas que morían sin familia que reclamara sus cuerpos para entierros privados. Era un lugar tranquilo en las afueras de la ciudad, equipado con filas ordenadas de lápidas simples que llevaban solo el nombre de la hermana fallecida y las fechas de nacimiento y muerte sin ningún epitafio elaborado o decoración que individualizara las tumbas de manera particular.

Martín encontró la tumba de Teresa sin ninguna dificultad porque la congregación mantenía un registro cuidadoso de dónde estaba enterrada cada hermana. La lápida decía simplemente: Hermana Teresa Romero, 1943-2014. Nada sobre quién había sido ella realmente, nada sobre su trabajo durante décadas con los niños del orfanato, nada sobre las personas cuyas vidas había tocado de formas que serían olvidadas de manera progresiva a medida que esas personas también murieran eventualmente. Y definitivamente nada sobre Martín ni sobre lo que habían compartido durante todos aquellos años de disciplina sostenida.

Se quedó de pie frente a la tumba durante varios minutos sin saber exactamente qué se suponía que debía hacer en aquel lugar. No era hombre religioso en ningún sentido convencional del término, así que rezar parecía inapropiado e hipócrita. No creía que Teresa pudiera escucharlo de ninguna manera si le hablaba en voz alta, así que hacer eso también parecía carecer de sentido práctico. Finalmente simplemente se quedó allí en silencio, reconociendo de alguna manera el hecho de que este era el lugar físico donde descansaban los restos del cuerpo que había contenido a la persona que había sido lo más importante en su vida durante más de tres décadas.

Después de aquella primera visita regresó al cementerio solamente dos veces más durante los siguientes tres años. No porque la tumba no fuera importante sino porque descubrió que estar allí no le proporcionaba ningún tipo de consuelo o conexión con Teresa que no pudiera encontrar de forma más efectiva simplemente sentándose en su estudio pensando en las conversaciones que habían compartido durante todos aquellos años. La tumba era solo piedra y tierra, un marcador físico de una ausencia definitiva pero no un lugar donde pudiera encontrar ningún rastro real de quien Teresa había sido cuando estaba viva.

Durante el segundo año después de su muerte, Martín notó que su propia salud comenzaba a deteriorarse de maneras que no podían ser ignoradas de ninguna forma convincente. Desarrolló problemas cardíacos que requerían medicación diaria y visitas regulares al médico para monitorear su condición. Su movilidad se redujo de manera progresiva hasta el punto donde caminar más de dos cuadras lo dejaba sin aliento de una manera que era preocupante. Sabía que estos eran los signos inevitables de un cuerpo que estaba llegando al final de su capacidad de funcionar de manera adecuada, pero no sentía ninguna angustia particular al respecto porque la muerte ya no le parecía algo que debiera ser temido sino simplemente el siguiente paso natural en un proceso que eventualmente llega para todos sin excepción.

Hizo algunos arreglos prácticos básicos para asegurar que sus asuntos estuvieran en orden cuando llegara el momento final. Actualizó su testamento, que era un documento simple dado que no tenía herederos directos ni propiedades de valor significativo que dejar a nadie. La mayor parte de sus posesiones modestas serían donadas a instituciones de caridad según las instrucciones que dejó con su abogado. La biblioteca personal sería ofrecida a la universidad con la sugerencia de que conservaran los volúmenes que consideraran valiosos y descartaran el resto según les pareciera apropiado.

No dejó ninguna instrucción específica sobre la caja de madera que contenía las cartas de Teresa y el testimonio que había escrito. Sabía que probablemente sería descartada sin que nadie leyera su contenido, y había una parte de él que encontraba apropiado que fuera así. Lo que él y Teresa habían compartido no necesitaba ser conocido o validado por nadie más para que hubiera tenido el valor que tuvo durante todos aquellos años de existencia cuidadosa. El simple hecho de que había existido era suficiente, y si toda evidencia de su existencia desaparecía después de que ambos estuvieran muertos, eso no cambiaría en absoluto la realidad de lo que había sido mientras duró.

Durante el tercer año después de la muerte de Teresa, que resultó ser también el último año de la vida de Martín, su rutina diaria se redujo aún más hasta consistir principalmente en actividades que requerían el mínimo de esfuerzo físico. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en su sillón junto a la ventana del estudio, observando cómo pasaban las estaciones de

manera cíclica sin que eso le importara de ninguna forma particular. Había en esta existencia reducida una especie de paz que venía de haber aceptado completamente que la parte significativa de su vida ya había terminado y que lo que quedaba era simplemente el proceso de conclusión que no podía ser apresurado ni evitado de ninguna manera.

Pensaba con frecuencia en Teresa durante esas largas tardes de contemplación silenciosa, no con la intensidad dolorosa del duelo reciente sino con una especie de gratitud tranquila por todo lo que habían logrado construir dentro de los límites que las circunstancias habían impuesto sobre ellos. Revisaba mentalmente conversaciones específicas que habían tenido durante los años de encuentros regulares, recordando no tanto las palabras exactas que se habían dicho sino más bien la cualidad de la atención mutua que habían sostenido de manera tan consistente, el sentimiento de ser completamente visto y comprendido que había caracterizado cada uno de sus intercambios durante todas aquellas décadas.

Hubo momentos durante ese último año cuando se preguntó si había tomado las decisiones correctas con respecto a aquella relación, si habría sido mejor romper con los límites autoimpuestos y arriesgar todo para tener una vida compartida de manera más convencional. Pero estas dudas nunca duraban mucho tiempo porque sabía con certeza fundamental que tal cosa no habría sido posible sin que uno o ambos traicionaran algo esencial de quienes eran de manera más profunda. Los límites no habían sido arbitrarios sino necesarios, y mantenerlos había sido precisamente lo que había hecho posible que la relación durara durante tantos años sin corromperse o destruirse a sí misma mediante contradicciones internas que no podían ser resueltas de ninguna otra manera.

En el mes de septiembre del año dos mil dieciocho, Martín sufrió un ataque cardíaco masivo mientras estaba sentado en su sillón habitual junto a la ventana del estudio. Murió de manera casi instantánea según el médico forense que eventualmente examinó el cuerpo, sin dolor significativo ni sufrimiento prolongado. Tenía ochenta y dos años en el momento de su muerte, una edad que era razonablemente larga aunque no excepcional según los estándares actuales de longevidad en países desarrollados.

Su cuerpo fue encontrado dos días después por la portera del edificio que había notado que no había recogido su correo durante varios días consecutivos, algo que era inusual en un hombre que había sido meticulosamente regular en todos sus hábitos durante los años que ella lo había conocido. La policía fue llamada según el protocolo estándar, y después de verificar que no había ninguna evidencia de acto criminal determinaron que había sido una muerte natural por causas relacionadas con la edad y las condiciones médicas preexistentes.

El abogado de Martín fue contactado y comenzó el proceso de ejecutar el testamento según las instrucciones que habían sido dejadas de manera clara. Los pocos parientes lejanos que Martín tenía fueron notificados de su

muerte pero ninguno vino al funeral simple que fue organizado por la universidad donde había enseñado durante tantos años. Asistieron algunos de sus ex-colegas, movidos más por un sentido del deber profesional que por ningún afecto personal profundo, y dijeron las cosas apropiadas sobre su carrera académica y su dedicación a la enseñanza que era esperada en tales circunstancias.

El apartamento fue limpiado de manera eficiente por una empresa especializada en vaciar las propiedades de personas fallecidas que no tienen familia inmediata que se encargue de esas tareas. Los libros fueron empacados y enviados a la universidad según las instrucciones testamentarias. Los muebles fueron vendidos o donados según su condición. La ropa y otros efectos personales fueron descartados de la manera apropiada.

La caja de madera que contenía la correspondencia completa de treinta y siete años entre Martín y Teresa fue encontrada en el armario del estudio. Los empleados de la empresa de limpieza la abrieron brevemente para verificar si contenía algo de valor monetario, vieron que contenía cartas viejas y algún tipo de manuscrito escrito a mano, documentos que parecían tener cierta antigüedad pero ningún valor comercial obvio.

Siguiendo un protocolo vago que la empresa mantenía para casos donde había incertidumbre sobre el valor histórico de ciertos documentos, la caja fue separada del resto de los materiales destinados al descarte y eventualmente donada a la biblioteca municipal de la ciudad junto con otros libros y papeles que parecían tener algún interés potencial para los archivos históricos locales que la biblioteca mantenía en su sección de documentación regional. El bibliotecario que recibió la caja durante aquella semana particularmente ocupada del mes de octubre la registró de manera superficial en el sistema de catalogación bajo la categoría genérica de "Correspondencia privada, siglo XX, documentación local" y la almacenó en uno de los estantes del sótano donde se guardaban cientos de cajas similares que esperaban ser examinadas y catalogadas de manera apropiada cuando hubiera tiempo y recursos disponibles para esa tarea que siempre parecía menos urgente que otras responsabilidades más inmediatas.

La caja permaneció allí sin ser abierta ni examinada de ninguna manera durante las décadas que siguieron, una más entre cientos de contenedores de documentos de importancia variable que la biblioteca había acumulado durante su larga historia de recopilar materiales relacionados con la vida cultural e intelectual de la ciudad. No hubo ningún reconocimiento de que lo que estaba siendo almacenado era el registro completo de una relación que había durado treinta y siete años y que había sido la cosa más significativa en las vidas de dos personas que ahora estaban ambas muertas.

Pero la caja y su contenido sobrevivieron de manera inadvertida en la oscuridad del archivo diocesano, esperando sin que nadie lo supiera el momento eventual cuando alguien la encontraría y leería lo que contenía

con la atención que merecía recibir. Habían construido aquello no para la posteridad ni para impresionar a nadie ni para dejar ningún legado que fuera reconocible para otros. Lo habían construido simplemente porque era lo único honesto que podían hacer dadas las circunstancias específicas de sus vidas y los compromisos que habían hecho antes de conocerse.

Y había sido suficiente para hacer que las vidas de ambos valieran la pena de una manera que ninguna otra cosa podría haber logrado de forma equivalente. El hecho de que quedara evidencia física de su existencia almacenada en un archivo oscuro sin que nadie supiera de su importancia no cambiaba en absoluto la realidad de lo que había sido mientras duró, no disminuía el valor de lo que habían experimentado durante todas aquellas décadas de construcción cuidadosa y mantenimiento disciplinado.

Habían existido el uno para el otro de la manera más completa que las circunstancias permitían, habían visto y sido vistos con una claridad que era extraordinaria en su rareza, habían elegido la honestidad sobre la comodidad en cada momento donde esas dos opciones entraron en conflicto directo. Y eso, al final, era todo lo que realmente importaba de manera fundamental.

La ciudad continuó funcionando después de que tanto Martín como Teresa dejaran de existir en ella, indiferente a la pérdida de dos vidas que habían sido vividas de manera tan discreta que apenas habían dejado ninguna marca visible en el tejido social que las rodeaba. Otros profesores enseñaron en las aulas donde Martín había enseñado durante décadas. Otras religiosas trabajaron en el orfanato donde Teresa había dedicado tantos años de servicio comprometido. Otras personas se sentaron en los bancos de los parques donde Martín y Teresa habían tenido tantas de sus conversaciones más importantes.

La vida continuó de la manera en que siempre continúa, absorbiendo las ausencias individuales sin ninguna interrupción significativa en su flujo constante. Y en algún lugar en las márgenes no registradas de toda esa continuación ordinaria, había existido algo extraordinario que solo dos personas habían conocido completamente y cuyo registro físico yacía ahora olvidado en el sótano de una biblioteca municipal esperando sin que nadie lo supiera el momento en que alguien lo descubriría décadas después.

Pero había existido. Y para Martín y Teresa, mientras vivieron y mientras pudieron sostener lo que habían construido con tanto cuidado, eso había sido absolutamente suficiente.

EPÍLOGO

EL HALLAZGO

La doctora Ifigenia Dorantes encontró la caja de madera por accidente durante una tarde lluviosa del mes de marzo del año dos mil sesenta y ocho, mientras buscaba documentación sobre la vida cultural de la ciudad durante la segunda mitad del siglo veinte para un proyecto de investigación sobre las

redes intelectuales informales que habían existido al margen de las instituciones académicas oficiales. Era profesora de literatura comparada en la universidad de la ciudad, especializada en las formas no canónicas de escritura autobiográfica, y había obtenido permiso de la biblioteca municipal para acceder a sus archivos históricos sin catalogar con la esperanza de encontrar diarios personales o correspondencia privada que pudiera iluminar aspectos de la vida intelectual que raramente aparecían en los registros oficiales.

El sótano de la biblioteca donde se almacenaban estos materiales era un espacio amplio equipado con estanterías metálicas que se extendían desde el suelo hasta el techo, conteniendo cientos de cajas de diversos tamaños que esperaban ser procesadas por un personal que nunca había sido suficiente para la magnitud de la tarea.

Ifigenia había pasado ya tres semanas completas revisando cajas de manera sistemática, encontrando principalmente documentos administrativos de escaso interés y alguna que otra colección de cartas familiares que podían tener valor para historiadores sociales pero que no eran relevantes para su investigación específica.

La caja de madera que contenía la correspondencia entre Martín y Teresa estaba ubicada en uno de los estantes superiores, marcada solamente con la etiqueta escrita a mano que decía "Correspondencia privada, siglo XX, documentación local" sin ninguna información adicional sobre su contenido o procedencia. Ifigenia la bajó con cierta dificultad debido a su ubicación elevada y la colocó sobre la mesa de trabajo que había estado utilizando durante las semanas anteriores.

Cuando abrió la caja y vio las cartas cuidadosamente organizadas, intuyó que tal vez había encontrado algo que era diferente de los materiales rutinarios que había estado examinando durante días. La cantidad de cartas sugería una correspondencia sostenida durante muchos años, y el hecho de que estuvieran organizadas en orden cronológico con ambos lados de la correspondencia presente, indicaba que alguien había preservado esto de manera deliberada como un archivo completo de algo que consideraban importante.

Comenzó a leer de manera aleatoria, tomando cartas de diferentes períodos para tener una idea general del contenido antes de comprometerse a una lectura sistemática completa. Fue durante esta exploración inicial cuando encontró el testimonio manuscrito de dieciocho páginas que Martín había escrito la noche en que recibió la notificación de la muerte de Teresa, y que proporcionaba un resumen narrativo completo de toda la relación que las cartas documentaban con tanto detalle.

Ifigenia leyó el testimonio completo de pie junto a la mesa de trabajo, incapaz de sentarse porque la intensidad de lo que estaba leyendo la mantenía en un estado de atención casi física que no permitía la relajación que vendría de acomodarse en una silla. Cuando terminó de leer las

dieciocho páginas, se sentó finalmente no porque hubiera terminado de procesar lo que acababa de leer sino porque sus piernas ya no podían sostenerla de manera confiable.

Durante los siguientes tres días completos, Ifigenia no hizo nada más que leer la correspondencia completa en orden cronológico, comenzando con las primeras cartas del año mil novecientos ochenta y uno y avanzando de manera sistemática a través de treinta y siete años de intercambio epistolar que documentaba una de las relaciones más extraordinarias que jamás había encontrado en sus años de investigar formas no convencionales de intimidad humana.

No era simplemente el hecho de que se tratara de una relación entre un hombre laico y una mujer religiosa, aunque ese aspecto ciertamente añadía una dimensión de complejidad que era digna de atención. Lo que hacía extraordinaria esta correspondencia era la honestidad absoluta con la que ambas personas habían enfrentado las contradicciones fundamentales de su situación, la manera en que habían construido de forma deliberada una estructura que les permitía honrar tanto lo que sentían como los compromisos que habían hecho antes de conocerse, la disciplina sostenida durante décadas que había sido necesaria para mantener algo que habría sido mucho más fácil abandonar o consumir de manera convencional.

Ifigenia había pasado su carrera académica estudiando las diversas formas en que los seres humanos construyen relaciones significativas al margen de las estructuras sociales establecidas, pero nunca había encontrado un ejemplo que fuera tan puro en su ejecución ni tan riguroso en su mantenimiento de límites que habrían parecido arbitrarios o innecesarios para la mayoría de las personas. Aquí había dos individuos que habían visto con claridad absoluta lo que el otro era de manera fundamental, que habían reconocido una compatibilidad profunda que en otras circunstancias habría justificado plenamente una vida compartida de forma convencional, y que habían elegido conscientemente no perseguir esa posibilidad porque hacerlo habría requerido traicionar algo que consideraban esencial de quienes eran.

No había en esta elección nada de cobardía ni de evasión. Las cartas dejaban completamente claro que ambos habían entendido perfectamente bien lo que estaban renunciando al mantener los límites que habían establecido con tanto cuidado. Habían discutido de manera explícita las alternativas que estaban disponibles para ellos, habían considerado seriamente la posibilidad de que Martín se convirtiera al catolicismo y Teresa abandonara la congregación para que pudieran casarse de manera convencional, habían examinado desde todos los ángulos posibles si los votos religiosos de Teresa podían ser interpretados de una manera que permitiera una relación más íntima sin violar técnicamente sus compromisos.

Y después de todo ese discernimiento cuidadoso y prolongado, habían llegado a la conclusión de que la única manera honesta de proceder era

mantener exactamente los límites que habían establecido desde el principio: encuentros regulares pero espaciados, conversaciones de profundidad extraordinaria pero sin ninguna expresión física significativa más allá del contacto ocasional de las manos, una intimidad emocional e intelectual que era total pero que se detenía deliberadamente antes del punto donde se convertiría en algo que ninguno de los dos podría sostener sin sentir que estaban mintiendo sobre algo fundamental.

Lo que más impresionaba a Ifigenia mientras leía la correspondencia completa era la ausencia casi total de autocompasión en la manera en que ambos escribían sobre su situación. No se lamentaban de las circunstancias que habían hecho imposible una relación convencional entre ellos. No se quejaban de la injusticia de haber encontrado una compatibilidad tan profunda en condiciones que no permitían su realización completa. No fantaseaban con escenarios alternativos donde las cosas hubieran sido diferentes de manera que les permitiera estar juntos sin ninguna restricción.

En lugar de todo eso, simplemente construyeron lo que era posible construir dentro de los límites que existían de manera real, y lo hicieron con una integridad que nunca flaqueó durante treinta y siete años completos de mantenimiento sostenido. Habían creado algo que era tan genuino en su esencia como cualquier matrimonio convencional pero que funcionaba según una lógica completamente diferente, una forma de amor que se realizaba plenamente en su propia imposibilidad de consumarse porque la consumación habría requerido traicionar precisamente los valores y compromisos que hacían a cada persona digna del amor del otro en primer lugar.

Ifigenia pasó las siguientes semanas transcribiendo la correspondencia completa de manera digital, un proceso laborioso que requería descifrar la caligrafía que se había vuelto progresivamente más difícil de leer en las cartas finales a medida que la edad y la enfermedad afectaban las manos de ambos correspondientes. Mientras trabajaba en la transcripción, comenzó a formular las preguntas teóricas que este material planteaba para su campo de estudio sobre las formas no normativas de intimidad humana.

La literatura académica sobre relaciones no convencionales había tendido a enfocarse en dos categorías principales: por un lado, las relaciones que desafiaban las normas sociales precisamente porque rechazaban los límites que esas normas intentaban imponer, como las relaciones poliamorosas o las configuraciones de parentesco que no seguían el modelo nuclear tradicional; por otro lado, las relaciones que permanecían sin consumar debido a circunstancias externas que impedían a las personas involucradas estar juntas de la manera que habrían preferido si hubieran tenido la opción.

Pero la relación entre Martín y Teresa no encajaba cómodamente en ninguna de estas categorías establecidas. No estaban rechazando los límites impuestos desde fuera sino construyendo deliberadamente sus propios límites que eran en muchos sentidos más restrictivos de lo que las

circunstancias externas habrían requerido de manera estricta. Y no estaban siendo impedidos por fuerzas externas de consumir una relación que ambos deseaban sino eligiendo activamente no consumir algo que perfectamente podrían haber consumado si hubieran estado dispuestos a pagar el costo que eso habría implicado en términos de integridad personal y coherencia con sus compromisos previos.

Lo que habían creado era algo que Ifigenia comenzó a conceptualizar como una forma de amor completamente realizado que existía precisamente en y a través de su propia limitación deliberada. No era amor frustrado ni amor reprimido ni amor que esperaba una oportunidad futura para ser consumado de manera más completa. Era amor que había encontrado su forma perfecta en la estructura específica de límites y posibilidades que Martín y Teresa habían construido con tanto cuidado durante todos aquellos años.

Esta realización planteaba preguntas fundamentales sobre las suposiciones que subyacen a la mayoría de las teorías sobre la intimidad humana. La literatura tanto académica como popular tendía a asumir que el amor busca naturalmente la mayor proximidad posible, que los límites sobre la expresión del amor son siempre restricciones lamentables impuestas por circunstancias desafortunadas, que el ideal hacia el cual toda relación amorosa aspira es alguna forma de unión completa sin ninguna barrera significativa entre las personas involucradas.

Pero la correspondencia entre Martín y Teresa demostraba de manera concluyente que esta suposición era demasiado simple. Aquí había dos personas que habían logrado una intimidad que era total en todos los aspectos que importaban de manera fundamental, una intimidad basada en el conocimiento mutuo completo y el reconocimiento sin reservas de quien el otro era en su esencia más profunda. Y habían logrado esto precisamente porque mantenían límites que impedían ciertos tipos de proximidad física que habrían complicado o corrompido la claridad de ese reconocimiento mutuo.

No estaban usando los límites como defensa contra la vulnerabilidad ni como manera de evitar el riesgo que viene con cualquier intimidad genuina. Estaban usando los límites como la estructura misma que hacía posible un tipo particular de intimidad que no podría haber existido sin esa estructura específica de restricciones cuidadosamente mantenidas.

Ifigenia pensó mucho en cómo clasificar o categorizar lo que había encontrado en aquella caja de correspondencia olvidada. Los términos disponibles en el vocabulario académico parecían todos inadecuados de alguna manera. Llamarlo amor platónico sugería que era puramente intelectual o que carecía de dimensión emocional y física, lo cual era claramente falso dado el nivel de conexión que las cartas documentaban de manera tan vívida. Llamarlo amor cortés evocaba una tradición literaria medieval que tenía sus propias convenciones y limitaciones que no capturaban realmente lo que Martín y Teresa habían construido. Llamarlo

simplemente amistad profunda no reconocía adecuadamente la dimensión erótica que estaba claramente presente aunque fuera mantenida dentro de límites muy estrictos que impedían su expresión física directa.

Finalmente llegó a la conclusión de que lo que había encontrado no necesitaba ser forzado a encajar en ninguna categoría existente sino que podía ser reconocido como lo que era en su propia singularidad: una forma de amor que había sido completamente realizado dentro de una estructura de limitaciones que las dos personas involucradas habían elegido mantener porque esas limitaciones eran constitutivas del tipo específico de amor que estaban construyendo, no obstáculos que impedían su realización plena.

Había en esta relación algo que Ifigenia consideraba profundamente admirable en el sentido más estricto de esa palabra. No admiración sentimental ni nostalgia romántica por una época supuestamente más noble donde las personas supuestamente eran capaces de autocontrol que la gente contemporánea supuestamente ha perdido. Sino admiración genuina por el logro extraordinario que representaba sostener durante treinta y siete años completos una forma de relación que requería en cada momento una elección consciente de honrar los límites establecidos cuando habría sido más fácil y en muchos sentidos más gratificante a corto plazo simplemente abandonar esos límites y tomar lo que ambos claramente deseaban de manera profunda.

La disciplina que esto había requerido no era la disciplina fácil de simplemente evitar la tentación mediante la distancia o la falta de oportunidad. Era la disciplina mucho más difícil de estar regularmente en presencia de lo que uno desea, de experimentar la conexión profunda que hace ese deseo completamente comprensible y justificado, y aun así elegir conscientemente mantener los límites que impiden la consumación de ese deseo porque consumarlo sería traicionar algo que se valora aún más que la satisfacción del deseo mismo.

Esta no era ascética en ningún sentido convencional de ese término. No estaban negando la validez del deseo ni tratando de erradicarlo mediante prácticas de mortificación. Reconocían completamente lo que sentían el uno por el otro y la legitimidad de esos sentimientos. Simplemente habían llegado a la conclusión de que actuar sobre esos sentimientos de manera más completa sería incompatible con otros valores y compromisos que consideraban igualmente fundamentales para quienes eran como personas.

Y habían vivido esa conclusión de manera sostenida durante décadas sin aparentemente experimentar eso como una privación insoportable o como un sacrificio heroico que mereciera algún tipo de reconocimiento o recompensa. Las cartas dejaban claro que ambos consideraban que lo que tenían era suficiente, que la estructura de límites dentro de la cual existía su relación no era una restricción lamentable sino la condición de posibilidad misma de lo que habían logrado construir juntos.

Ifigenia escribió un ensayo largo sobre el material que había descubierto, un análisis que intentaba hacer justicia a la complejidad de lo que Martín y Teresa habían logrado sin reducirlo a ninguna categoría fácil o conclusión simplificada. El ensayo fue publicado en una revista académica prestigiosa y generó considerable interés entre los estudiosos de la intimidad humana, las relaciones no normativas, y la historia de la vida afectiva. Algunos de sus colegas propusieron que debería publicar la correspondencia completa con anotaciones académicas apropiadas, convertir el hallazgo en un libro que estaría disponible para un público más amplio que pudiera aprender de este ejemplo extraordinario de lo que es posible cuando los seres humanos se comprometen a vivir con integridad absoluta incluso cuando eso requiere renunciar a cosas que desean profundamente.

Pero Ifigenia decidió después de mucha consideración que la correspondencia debería permanecer sin publicar, que Martín y Teresa habían construido algo que era fundamentalmente privado en su naturaleza y que hacerlo público mediante la publicación sería traicionar de alguna manera el espíritu de lo que habían logrado durante todos aquellos años de intimidad cuidadosamente protegida. Las cartas habían sido escritas solamente el uno para el otro, sin ninguna intención de que alguna vez fueran leídas por terceros, y aunque ambos autores habían estado muertos durante décadas cuando Ifigenia las encontró, sentía que tenía alguna obligación de respetar la privacidad que habían mantenido con tanto cuidado durante sus vidas.

En lugar de eso, escribió sobre lo que las cartas representaban sin citar extensamente de ellas, usando el caso como ejemplo de un fenómeno teórico más amplio sin exponer los detalles íntimos específicos que hacían este caso particular tan conmovedor en su humanidad concreta. El ensayo que publicó argumentaba que necesitamos expandir nuestra comprensión de lo que constituye amor realizado más allá del modelo de unión completa sin restricciones, que debemos reconocer que existen formas de intimidad que alcanzan su perfección precisamente a través de la limitación deliberada en lugar de a pesar de ella.

Las cartas volvieron a la caja de madera y la caja volvió al estante del sótano de la biblioteca, ahora con una catalogación mucho más detallada que explicaba su contenido y significado histórico. Ifigenia había arreglado que la caja fuera preservada de manera apropiada con las medidas de conservación necesarias para asegurar que el papel y la tinta sobrevivieran el mayor tiempo posible, pero había especificado también que el acceso debería estar restringido a investigadores serios que pudieran demostrar una razón académica legítima para examinar el material.

A veces, durante los años que siguieron a aquel descubrimiento inicial, Ifigenia pensaba en Martín y Teresa con algo que se parecía a la envidia aunque no exactamente eso. No envidiaba las circunstancias que habían hecho necesaria la estructura de limitaciones dentro de la cual habían tenido que construir su relación. Pero sí envidiaba la claridad que habían logrado

sobre lo que realmente importaba para ellos como individuos, la capacidad de identificar sus valores fundamentales y luego vivir de acuerdo a esos valores de manera consistente incluso cuando eso requería renunciar a cosas que habrían hecho sus vidas más fáciles o más convencionalmente satisfactorias.

Había algo en esa integridad sostenida que parecía cada vez más raro en un mundo donde la flexibilidad y la adaptabilidad eran valoradas por encima de la coherencia y donde la idea de mantener límites estrictos sobre la expresión del deseo era vista generalmente como represión neurótica en lugar de como elección ética legítima. Martín y Teresa habían vivido de acuerdo a una lógica completamente diferente, una lógica que insistía en que algunos valores son lo suficientemente fundamentales como para justificar mantener compromisos incluso cuando esos compromisos entran en conflicto con deseos profundos y legítimos.

Y habían logrado a través de ese mantenimiento sostenido de compromisos algo que Ifigenia consideraba genuinamente heroico en el sentido más profundo de esa palabra, no heroísmo de grandes gestos dramáticos sino heroísmo de disciplina cotidiana repetida durante décadas, de elegir cada vez la honestidad sobre la comodidad y la integridad sobre la gratificación inmediata.

El mundo no sabría nunca los nombres de Martín Aldecoa y Teresa Romero. La correspondencia que habían mantenido durante treinta y siete años permanecería en el archivo de la biblioteca accesible solo para los pocos académicos que tuvieran razón para buscarla. No habría ninguna conmemoración pública de lo que habían logrado, ningún monumento que marcara la importancia de una relación que había sido vivida completamente al margen de las estructuras sociales que normalmente proporcionan reconocimiento y validación a las formas de intimidad que la sociedad considera legítimas.

Pero había existido. Y para Ifigenia, que había dedicado su carrera a estudiar las maneras en que los seres humanos construyen significado y conexión en circunstancias que no encajan en los modelos normativos establecidos, eso era suficiente. El simple hecho de que dos personas habían logrado crear y sostener durante casi cuatro décadas una forma de amor que era completa en su esencia mientras permanecía limitada en su expresión demostraba que tal cosa era posible, que el amor humano era más flexible y más variado en sus formas posibles de lo que la mayoría de las teorías reconocían, que existían maneras de honrar tanto el deseo como los valores sin tener que sacrificar completamente uno al otro.

En las tardes cuando Ifigenia trabajaba en su oficina de la universidad y miraba por la ventana hacia el parque donde los estudiantes se sentaban en el pasto estudiando o simplemente disfrutando del clima agradable, a veces pensaba en Martín y Teresa sentados en un banco similar hace décadas en aquel mismo parque, sosteniendo conversaciones que nadie más escuchaba

sobre cuestiones que probablemente parecerían abstractas o excesivamente filosóficas para la mayoría de las personas pero que para ellos eran absolutamente fundamentales para entender cómo debían vivir sus vidas de manera honesta.

Y se preguntaba cuántas otras relaciones extraordinarias habían existido a lo largo de la historia de la humanidad sin dejar ningún registro que pudiera ser descubierto por investigadores futuros, cuántas otras formas de intimidad y conexión habían sido construidas por personas que eligieron vivir de acuerdo a lógicas que no encajaban en las categorías establecidas y que por lo tanto permanecían invisibles para el mundo que las rodeaba.

Probablemente nunca lo sabría. Pero el hecho de haber encontrado este único ejemplo era suficiente para confirmar lo que siempre había sospechado, que la capacidad humana para crear relaciones significativas era mucho más amplia y más variada de lo que cualquier teoría o marco conceptual podía capturar completamente, que siempre habría formas de amor que existían en los márgenes no documentados de la historia esperando ser descubiertas por alguien que tuviera la paciencia de buscar en los archivos olvidados donde se guardaban las vidas de personas ordinarias que habían logrado cosas extraordinarias sin ninguna intención de que nadie más supiera de su existencia.